

Boletín Oficial

Diócesis de Lugo

Año CLIII - N° 3

Septiembre-Diciembre 2025



Sumario

IGLESIA DIOCESANA

Obispo Diocesano

Homilías y Cartas Pastorales

- 214 | Vivir en la verdad. Líneas de acción pastoral 2025-2026
- 222 | Vivir na verdade. Liñas de acción pastoral 2025-2026
- 230 | Homilía en la celebración de la festividad de San Froilán
- 234 | Homilía na celebración da festividade de San Froilán
- 238 | Trabajo decente, derecho y no privilegio. XI Jornada Mundial por el Trabajo Decente
- 240 | Traballo decente, dereito e non privilexio. XI Xornada Mundial polo Traballo Decente
- 242 | Tú también puedes ser santo. Día de la Iglesia diocesana
- 244 | Adviento es nombre de esperanza
- 257 | Felicitación de Navidad
- 258 | Felicitación de Nadal
- 259 | Homilía de clausura del Año Jubilar Romano de 2025
- 263 | Homilía de clausura do Ano Xubilar Romano de 2025

Decretos

- 266 | Decreto de convocatoria para la renovación del Colegio de Arciprestes
- 267 | Decreto de suspensión temporal de la concesión de títulos de sepulturas
- 268 | Decreto de nombramiento del Colegio de Arciprestes

Edita

Diócesis de Lugo

www.diocesisdelugo.org

Maquetación e impresión

La Voz de la Verdad

www.lavozdelaverdad.es

Depósito Legal

LU 8-1958



Sumario

Curia Diocesana

Cancillería

- 270 | Nombramientos
- 273 | Defunciones
- 274 | Necrológicas

SANTA SEDE

Santo Padre León XIV

- 281 | Exhortación Apostólica *Dilexi Te* del Santo Padre León XIV sobre el amor hacia los pobres
- 335 | Carta Apostólica *In Unitate Fidei* en el 1700 Aniversario del Concilio de Nicea
- 347 | Carta apostólica *Una fidelidad que genera futuro* del Santo Padre León XIV con motivo del LX Aniversario de los Decretos conciliares *Optatam totius* y *Presbyterorum ordinis*

CONFERENCIA EPISCOPAL

- 363 | Piero Pioppo, nuevo Nuncio Apostólico en España
- 364 | Nota y rueda de prensa final de la 271ª Comisión Permanente
- 368 | Nota y rueda de prensa final de la 128ª Asamblea Plenaria





Iglesia Diocesana

OBISPO DIOCESANO

Homilías y Cartas Pastorales

- Vivir en la verdad. Líneas de acción pastoral 2025-2026
- Vivir na verdade. Liñas de acción pastoral 2025-2026
- Homilía en la celebración de la festividad de San Froilán
- Homilía na celebración da festividade de San Froilán
- Trabajo decente, derecho y no privilegio.
XI Jornada Mundial por el Trabajo Decente
- Traballo decente, dereito e non privilexio.
XI Xornada Mundial polo Traballo Decente
- Tú también puedes ser santo. Día de la Iglesia diocesana
- Adviento es nombre de esperanza
- Felicitación de Navidad
- Felicitación de Nadal
- Homilía de clausura del Año Jubilar Romano de 2025
- Homilía de clausura do Ano Xubilar Romano de 2025

Decretos

- Decreto de convocatoria para la renovación del Colegio de Arciprestes
- Decreto de suspensión temporal de la concesión de títulos de sepulturas
- Decreto de nombramiento del Colegio de Arciprestes



CURIA DIOCESANA

Cancillería

- Nombramientos
- Defunciones
- Necrológicas

OBISPO DIOCESANO

Homilías y Cartas Pastorales

Vivir en la verdad

Líneas de acción pastoral 2025-2026

1. Un nuevo Papa

Comenzamos el nuevo curso 2025-2026, con la novedad de la presencia de nuestro Papa León XIV. El fallecimiento del Papa Francisco y la elección del nuevo Sucesor de Pedro nos ha hecho más atentos, especialmente en aquellos días, a nuestra pertenencia a la Iglesia como realidad no solo local o particular, sino universal.

Y, al mismo tiempo, ha puesto ante nuestros ojos de nuevo la naturaleza peculiar de esta pertenencia, no referida sencillamente a una asociación de tipo religioso, fruto de la voluntad o la buena intención humana. El Sucesor de Pedro nos habla de Cristo y de sus discípulos, de la anterioridad de la Iglesia a todos nuestros planes, de su guía por el Espíritu Santo, como una comunión singular, cuya naturaleza y forma es un don de Dios y no está a nuestra disposición. Pertenece a una realidad nueva de gracia y de verdad, en la que hemos sido injertados por el bautismo, uniéndonos así a Cristo, que se ha entregado por nosotros y nos ha dado compartir plenamente su Espíritu de amor, su vida y su destino.

No se trata de afirmaciones novedosas. Toda nuestra experiencia cristiana nos ha introducido en esta Iglesia de fundamento apostólico, que hemos conocido en nuestras parroquias y en nuestra Diócesis como una realidad ya dada, que camina en la historia desde antiguo y antecede a cada uno de

nosotros. Hemos vivido siempre nuestras comunidades concretas, con sus límites evidentes y su riqueza singular, como un lugar en que recibimos el don inmenso de la unión con Dios y con los hermanos; precisamente porque no se fundaban ni estaban cerradas sobre sí mismas, sino que eran esta misma Iglesia universal presente entre nosotros, de la que el Papa es cabeza y principio visible de unidad.

Nos lo ha recordado la elección del nuevo Sucesor de Pedro; así como también el *Jubileo romano ordinario* que estamos celebrando en el 2025 aniversario del nacimiento del Hijo de Dios en Belén, que dio inicio al «año de gracia», a un tiempo de reconciliación, de bendición, de redención y vida nueva que los apóstoles y sus sucesores han sido enviados a anunciar al mundo entero.

En el primer trimestre del curso terminaremos la celebración de este Jubileo, que ha resonado en nuestra Catedral y en los santuarios de nuestra Diócesis, lugares en que nuestra tradición cristiana lucense es particularmente elocuente; y que nos ha hecho mirar e incluso a muchos ir a Roma durante este año 2025, para celebrar con fieles cristianos de todo el mundo, alrededor del Papa, el don de ser y pertenecer a la Iglesia del Señor.

Como está ya anunciado, el Jubileo se clausurará en nuestra Catedral el próximo 28 de diciembre, día dedicado por la liturgia a la Sagrada Familia, a la que celebramos como algo propio de todos nosotros, que hemos sido hecho miembros de esa gran familia que vive inicialmente en la casa de Nazaret, cuya cabeza es Cristo mismo, que preside a la mesa de la Eucaristía, en la que la Virgen María es madre, y a la que sirve el ministerio del Sucesor de Pedro.

2. La fe es vivir en la verdad

Acoger la realidad de la Iglesia, visible en la celebración de la Santísima Eucaristía y como unidad universal en el Sucesor de Pedro, es reconocer con fe la presencia de Cristo en la historia, en nuestro mundo y en nuestras circunstancias.

Este reconocimiento en la fe es el gesto primero de respuesta que damos al Señor Jesús, a su venida a nosotros, como luz que ilumina el misterio de la

propia vida, la verdad de la propia persona. Y, por eso, conlleva para todos una prioridad, una preferencia primera teórica y práctica a favor de esta comunión en Cristo que es la Iglesia.

De esta manera, hacemos una opción vital primera: el amor a la verdad, que reconoce esta presencia del Señor, aunque pida sin duda cambio, conversión, seguimiento; que no se deja cegar por intereses, comodidades, distracciones; y que se expresa como una voluntad consciente de ser y vivir como cristiano.

El amor a la verdad, el preferir la verdad en medio de tantas conveniencias, siempre ha sido raíz de la vida moral y principio de novedad, ha cambiado la existencia y la sociedad. Así fue de modo profético en Sócrates y así es de modo definitivo en Jesús, nuestro Señor.

Aunque siempre es un desafío para toda persona, para el fiel cristiano preferir la verdad no aparece ya sólo como tarea ardua o incluso arriesgada, sino también como gesto razonable y libre, como una «carga ligera» (Mt 11, 30), por la gracia de Aquel que ha dicho: «yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14, 6).

Resulta prioritario defender hoy de nuevo esta opción primera de la persona, sostenida por la gracia de Dios y apoyada en la presencia de la Iglesia, en un tiempo que ha relegado la verdad a lo irrelevante y que dificulta su búsqueda personal, cuando no la paraliza de diferentes maneras. En nuestra sociedad, extremadamente mediada por la tecnología y el control de la información — por el «relato» imperante—, la salvaguardia del amor a la verdad, de la propia conciencia, es imprescindible para la vida y la dignidad de cada uno, para la convivencia en libertad e incluso para la paz entre los pueblos, hoy tan gravemente amenazada.

Recordemos que, desde su elección, el Papa ha insistido en pedirnos a todos una oración particular por la paz. Y que, en las actuales circunstancias, nuestra propia Conferencia episcopal nos ha invitado a ofrecer la Eucaristía por la paz y a no olvidar nunca esta intención en nuestras preces.

En nuestro tiempo es, sin duda, una urgencia pastoral afirmar sencilla pero constantemente, con certeza, la existencia de esta Comunión que nos antecede a todos —y que es la Iglesia—, como un bien inmenso, nacido de un amor pleno, divino y humano, que nos precede y se nos ofrece como un don,

que podemos reconocer libremente, si, por gracia de Dios, nuestro corazón quiere, dando la preferencia al amor de la verdad.

Existe hoy una prioridad de la llamada sencilla a la fe, expresada en la pertenencia a la realidad de nuestra Iglesia, como forma concreta de preferencia de la verdad, como camino para crecer en conciencia ante sí mismo, ante las cosas y el mundo, ante Dios.

De hecho, así es el anuncio del Evangelio desde el inicio: «Si permanecéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (Jn 8, 31-32). Insistirá en ello Pablo, para quien «la Iglesia del Dios vivo» es «columna y fundamento de la verdad» (1Tm 3, 15), y «el amor a la verdad» camino de salvación (2Ts 2, 10). Siempre será necesario testimoniarlo con palabras, abiertas al diálogo, y con obras.

Esta apertura a la verdad, querida y potenciada por Dios, es imprescindible para la vida de la conciencia y su cuidado es una urgencia en nuestro tiempo; de modo que podamos dar un juicio sobre las cosas con responsabilidad propia, en libertad, sin limitarnos a repetir tópicos y toda clase de propagandas.

Al servicio de esta tarea podemos entender también la invitación constante a vivir de modo sinodal: buscando el discernimiento en una «conversación» verdadera, hecha en la fe, a través de la acogida de la Palabra de Dios, de la oración, del testimonio, la escucha mutua y el diálogo.

La Iglesia está llamada a ser casa y escuela en que la persona aprenda a abrirse a la verdad, a no poner entre paréntesis la propia fe en los desafíos de la existencia, ni tampoco el ejercicio de la caridad; sino a ser responsable ante sí mismo, y ante los demás, ejerciendo así la propia libertad.

Este es muy concretamente el aliento de toda nuestra labor educativa: en familia, en la catequesis, en la educación escolar, etc. No abdicar de esta opción por la verdad, por el bien de la conciencia de los pequeños, es parte de nuestra fe, que conoce la dignidad y la grandeza del destino de cada uno, como hijos amados de Dios. Y es condición para una transmisión real y una educación en la fe.

Pero igualmente, en las celebraciones, en los eventos, en los encuentros, la prioridad de esta opción por la verdad es decisiva. Conviene vivir los gestos

y las acciones procurando que manifiesten siempre todo su sentido. Amar a las personas y a los fieles encomendados, amar al Señor es cuidar el sentido de las cosas que hacemos, de los signos y los símbolos, de las celebraciones en los diferentes momentos que las articulan y su conjunto. Porque importa mucho la verdad de lo que comunicamos, de lo que celebramos, de los sacramentos y de la Sagrada Liturgia.

Y, por último, conviene recordar que esta preferencia primera implica también que demos prioridad a aquellos momentos comunes en los que reconocemos y vivimos nuestra pertenencia a la Iglesia, también como pastores. Los intereses y las urgencias de cada día no deben prevalecer de tal modo que abandonemos los momentos de encuentro que tenemos como «fraternidad presbiteral»: la formación permanente y los retiros, en particular. Seguramente crecerán mucho en riqueza y en interés con la aportación de todos.

3. Implementación del Sínodo

Entre tanto, desde la Santa Sede sigue llegándonos la invitación a privilegiar la dimensión de la sinodalidad¹; es decir, del caminar, discernir y actuar juntos en los diferentes aspectos de la vida cristiana. Y se propone a todas las Diócesis que consideren cuáles serían los ámbitos específicos en que esto es más prioritario, los más relevantes, «en las formas y modalidades que se consideren más oportunas»².

El acceso a funciones de responsabilidad que no requieren el sacramento del Orden por parte de fieles no ordenados³ es una realidad que habrá de continuar en nuestra Diócesis, tanto en los ámbitos parroquiales como en la Curia Diocesana.

Procuraremos también seguir dando pasos en el desarrollo de formas adecuadas de transparencia»⁴; por ejemplo, en el campo de la comunicación, particularmente digital, o en del «cumplimiento normativo».

1 SECRETARÍA GENERAL DEL SÍNODO, *Pistas para la implementación del Sínodo 2025-2028*, Ciudad del Vaticano 2025

2 *Pistas*, 3.2

3 Cf. *Pistas* 3.2.b; 4.1

4 *Pistas*, 3.2.f

Hemos de seguir avanzando igualmente en el camino de la «renovación misionera sinodal de las parroquias»⁵, que exige dar prioridad al cuidado y la renovación de nuestras comunidades cristianas; lo que, en nuestras circunstancias, encuentra un desafío particular por las condiciones propias de nuestro mundo rural.

Hemos de continuar una reordenación pastoral que permita una plena vida eclesial también en estas zonas de la Diócesis. Se nos pide procurar «la promoción de una participación más viva en la celebración dominical»⁶; así como hacer posible la vivencia, la transmisión y la educación en la fe, junto con un testimonio misionero y caritativo, de un modo cercano a la propia tierra.

Se nos invita explícitamente a acompañar este proceso en estilo sinodal, con «deliberaciones concretas, con miras a la renovación de prácticas y estructuras»⁷, a lo que confiamos poder dar alguna forma concreta en este nuevo curso.

En este mismo sentido, conviene proseguir la tarea ya iniciada por la «Delegación para la educación en la fe» para la renovación de los itinerarios catequéticos⁸, a través igualmente de un proceso sinodal de escucha, de diálogo y de participación de los protagonistas de esta acción en la vida diocesana. Será ocasión de verificar también, al mismo tiempo, «los caminos de la iniciación cristiana y, en general, de los itinerarios formativos»⁹ en nuestras comunidades parroquiales y diocesana.

Dar así algunos pasos ayudará a nuestra percepción de ser Pueblo de Dios en esta tierra, en el que todos los miembros comparten la misión de testimoniar con la propia vida, con palabras y obras, la fe en nuestro Señor, el anuncio de su presencia salvadora en medio de nosotros.

Todas las acciones pastorales son, al final, instrumentos para este fin, como ya nos enseñaba desde siempre el Catecismo: para la gloria de Dios, es decir, para que lo reconozcamos, confiemos en Él y le demos gracias; y para la felicidad del hombre, para su salvación.

5 *Pistas*, 3.2.j

6 *Pistas*, 4.2.b

7 *Pistas*, 4.1

8 *Pistas*, 4.2.f

9 *Pistas*, 3.2.k

4. En el horizonte del 900 aniversario de nuestra Catedral

La presencia de la Iglesia en nuestra tierra es simbolizada por nuestra Catedral de Santa María, posiblemente la primera iglesia en nuestra ciudad. Sus orígenes hacen referencia a la tradición apostólica, incluso a Santiago mismo, cuya continuidad se manifiesta hoy en el Sucesor de Pedro, en comunión con el cual seguimos viviendo la fe.

Nuestra Catedral nos habla también desde el inicio de Santa María, a quien está dedicada; y, por tanto, del hecho, singular y decisivo de la Encarnación del Hijo de Dios, del origen de nuestra historia cristiana, que ha llegado hasta nosotros y ha hecho posible nuestra fe a través de la realidad cercana y amiga de los hermanos, de los fieles, de nuestras comunidades y parroquias. A ello hace referencia también la convocatoria del Jubileo Romano ordinario en 2025, anunciando a todos que esta historia es la de una vida nueva de gracia y bendición, reconciliación y de caridad, de unidad con Dios y con los hermanos.

Nuestra Catedral tiene también la singularidad de su tradición eucarística, a través de la cual, nos dicen nuestros mayores, se ha querido poner ante los ojos de todos en Galicia el signo de la verdadera fe. La Eucaristía nos habla de nuevo de la Persona nacida de María Virgen, de la humanidad verdadera del Hijo de Dios, de su misión y su Evangelio, que alcanza su plenitud en la entrega de su cuerpo y su sangre por amor, por la salvación de todos los hombres.

Y así de nuevo se nos habla de una historia, de una encarnación y un amor acontecido, presente, de Dios mismo que nos viene al encuentro, conduciendo nuestra vida por caminos de gracia y de verdad, descubriéndonos una dignidad impensable, una esperanza que no defrauda y la certeza de un destino bueno.

Por todo ello, podemos ver la celebración en el próximo 2029 de los 900 años de nuestra Catedral actual —que es, en realidad su cuarta reconstrucción— como una invitación a volver la mirada con agradecimiento a nuestra historia, a reconocer y vivir de nuevo de todo corazón la pertenencia a esta gran comunión de la Iglesia, la relación cercana y verdadera con el Señor Jesús, con María nuestra Madre, con toda la gran compañía de hermanos y hermanas, de santos, con la que el Señor nos ha enriquecido y ha hecho posible nuestro camino más personal, nuestra propia fe.

Si Dios quiere, utilizaremos los tres años previos, 2026, 2027 y 2028, para la preparación de este aniversario festivo de 2029; dedicando cada año a un aspecto propio de nuestra Catedral y de nuestro ser cristianos e Iglesia.

El año 2026 lo dedicaremos a la Santísima Virgen, en su advocación de los Ojos Grandes. El año 2027 subrayaremos el significado de la Eucaristía, tal como se ha querido poner de manifiesto en nuestra Catedral desde antiguo. Mientras que el año 2028 pondremos en el centro el hecho de ser Iglesia, la realidad de vida nueva a la que el edificio sirve y de la que es símbolo.

No es posible proponer aquí una programación detallada de estos años, que se procurará ofrecer con tiempo suficiente. En todo caso, confiamos en que sea posible llevar a cabo en la Catedral este triduo de preparación para el 2029. El objetivo, sin embargo, es que la Diócesis entera pueda hacer propio y participar de lo propuesto para cada año, en los gestos y los modos más apropiados.

En este curso, durante el 2026, el año de preparación estará dedicado a Santa María de Lugo, la Virgen de los Ojos Grandes. Antes de nada, quisiera encomendar a Ella esta planificación de tres años, que solo podremos llevar a cabo de modo fructuoso con la gracia de Dios.

Que Santa María nos alcance vivir de corazón la fe en su Hijo, reconocerlo presente en nuestra historia; ya que se encarnó en su seno y nació en Belén, entregó por y para nosotros su Cuerpo y su Espíritu, para darnos participación en su vida, en su amor y en su destino de gloria.

Volver la mirada a nuestra Catedral será así ocasión de confirmar el realismo de nuestra fe; y una invitación a guardar siempre ante los ojos a María, a Cristo presente en la Eucaristía, el misterio de comunión y fraternidad que nos es dado vivir.

Vivir na verdade

Liñas de acción pastoral 2025-2026

1. Un novo Papa

Comezamos o novo curso 2025-2026, coa novidade da presenza do noso Papa León XIV. O falecemento do Papa Francisco e a elección do novo Sucesor de Pedro fíxonos máis atentos, especialmente naqueles días, á nosa pertenza á Igrexa como realidade non só local ou particular, senón universal.

E, ao mesmo tempo, puxo ante os nosos ollos de novo a natureza peculiar desta pertenza, non referida sinxelamente a unha asociación de tipo relixioso, froito da vontade ou a boa intención humana. O Sucesor de Pedro fálanos de Cristo e dos seus discípulos, da anterioridade da Igrexa a todos os nosos plans, da súa guía polo Espírito Santo, como unha comunión singular, cuxa natureza e forma é un don de Deus e non está á nosa disposición. Pertencemos a unha realidade nova de graza e de verdade, na que fomos enxertados polo bautismo, uníndonos así a Cristo, que se entregou por nós e deunos compartir plenamente o seu Espírito de amor, a súa vida e o seu destino.

Non se trata de afirmacións novas. Toda a nosa experiencia cristiá introduciunos nesta Igrexa de fundamento apostólico, que coñecemos nas nosas parroquias e na nosa Diocese como unha realidade xa dada, que camiña na historia desde antigo e antecede a cada un de nós. Vivimos sempre as nosas comunidades concretas, cos seus límites evidentes e a súa riqueza singular, como un lugar en que recibimos o don inmenso da unión con Deus e cos

irmáns; precisamente porque non se fundaban nin estaban pechadas sobre si mesmas, senón que eran esta mesma Igrexa universal presente entre nós, da que o Papa é cabeza e principio visible de unidade.

Lembrárono a elección do novo Sucesor de Pedro; así como tamén o Xubileo romano ordinario que estamos celebrando no 2025 aniversario do nacemento do Fillo de Deus en Belén, que deu inicio ao «ano de graza», a un tempo de reconciliación, de bendición, de redención e vida nova que os apóstolos e os seus sucesores foron enviados a anunciar ao mundo enteiro.

No primeiro trimestre do curso terminaremos a celebración deste Xubileo, que resouu na nosa Catedral e nos santuarios da nosa Diocese, lugares en que a nosa tradición cristiá lucense é particularmente elocuente; e que nos fixo mirar e mesmo a moitos ir a Roma durante este ano 2025, para celebrar con fieis cristiáns de todo o mundo, ao redor do Papa, o don de ser e pertencer á Igrexa do Señor.

Como está xa anunciado, o Xubileo clausurarase na nosa Catedral o próximo 28 de decembro, día dedicado pola liturxia á Sagrada Familia, á que celebramos como algo propio de todos nós, que fomos feitos membros desa gran familia que vive inicialmente na casa de Nazaret, cuxa cabeza é Cristo mesmo, que preside á mesa da Eucaristía, na que a Virxe María é nai, e á que serve o ministerio do Sucesor de Pedro.

2. A fe é vivir na verdade

Acoller a realidade da Igrexa, visible na celebración da Santísima Eucaristía e como unidade universal no Sucesor de Pedro, é recoñecer con fe a presenza de Cristo na historia, no noso mundo e nas nosas circunstancias.

Este recoñecemento na fe é o xesto primeiro de resposta que damos ao Señor Xesús, á súa vinda a nós, como luz que ilumina o misterio da propia vida, a verdade da propia persoa. E, por iso, conleva para todos unha prioridade, unha preferencia primeira teórica e práctica a favor desta comunión en Cristo que é a Igrexa.

Desta maneira, facemos unha opción vital primeira: o amor á verdade, que recoñece esta presenza do Señor, aínda que pida sen dúbida cambio, conversión,

seguimento; que non se deixa cegar por intereses, comodidades, distraccións; e que se expresa como unha vontade consciente de ser e vivir como cristián.

O amor á verdade, o preferir a verdade no medio de tantas conveniencias, sempre foi raíz da vida moral e principio de novidade, cambiou a existencia e a sociedade. Así foi de modo profético en Sócrates e así é de modo definitivo en Xesús, o noso Señor.

Aínda que sempre é un desafío para toda persoa, para o fiel cristián preferir a verdade non aparece xa só como tarefa ardua ou mesmo arriscada, senón tamén como xesto razoable e libre, como unha «carga lixeira» (Mt 11, 30), pola graza daquel que dixo: «eu son o camiño, a verdade e a vida» (Xn 14, 6).

Resulta prioritario defender hoxe de novo esta opción primeira da persoa, sostida pola graza de Deus e apoiada na presenza da Igrexa, nun tempo que relegou a verdade ao irrelevante e que dificulta a súa procura persoal, cando non a paraliza de diferentes maneiras. Na nosa sociedade, extremadamente mediada pola tecnoloxía e o control da información —polo «relato» imperante—, a salvagarda do amor á verdade, da propia conciencia, é imprescindible para a vida e a dignidade de cada un, para a convivencia en liberdade e mesmo para a paz entre os pobos, hoxe tan gravemente ameazada.

Lembremos que, desde a súa elección, o Papa insistiu en pedirnos a todos unha oración particular pola paz. E que, nas actuais circunstancias, a nosa propia Conferencia episcopal convidounos a ofrecer a Eucaristía pola paz e a non esquecer nunca esta intención nas nosas preces.

No noso tempo é, sen dúbida, unha urxencia pastoral afirmar sinxela pero constantemente, con certeza, a existencia desta Comunión que nos antecede a todos —e que é a Igrexa—, como un ben inmenso, nacido dun amor pleno, divino e humano, que nos precede e ofrécenos como un don, que podemos recoñecer libremente, se, por graza de Deus, o noso corazón quere, dando a preferencia ao amor da verdade.

Existe hoxe unha prioridade da chamada sinxela á fe, expresada na pertenza á realidade de nosa Igrexa, como forma concreta de preferencia da verdade, como camiño para crecer en conciencia ante si mesmo, ante as cousas e o mundo, ante Deus.

De feito, así é o anuncio do Evanxeo desde o inicio: «Se permanecedes na miña palabra, seredes de verdade discípulos meus; coñeceredes a verdade, e a verdade faravos libres» (Xn 8, 31-32). Insistirá niso Paulo, para quen «a Igrexa do Deus vivo» é «columna e fundamento da verdade» (1Tm 3, 15), e «o amor á verdade» camiño de salvación (2Ts 2, 10). Sempre será necesario testemuñalo con palabras, abertas ao diálogo, e con obras.

Esta apertura á verdade, querida e potenciada por Deus, é imprescindible para a vida da conciencia e o seu coidado é unha urxencia no noso tempo; de modo que podamos dar un xuízo sobre as cousas con responsabilidade propia, en liberdade, sen limitarnos a repetir tópicos e toda clase de propagandas.

Ao servizo desta tarefa podemos entender tamén a invitación constante a vivir de modo sinodal: buscando o discernimento nunha «conversación» verdadeira, feita na fe, a través da acollida da Palabra de Deus, da oración, do testemuño, a escoita mutua e o diálogo.

A Igrexa está chamada a ser casa e escola en que a persoa aprenda a abrirse á verdade, a non poñer entre paréntese a propia fe nos desafíos da existencia, nin tampouco o exercicio da caridade; senón a ser responsable ante si mesmo, e ante os demais, exercendo así a propia liberdade.

Este é moi concretamente o alento de todo o noso labor educativo: en familia, na catequese, na educación escolar, etc. Non abdicar desta opción pola verdade, polo ben da conciencia dos pequenos, é parte da nosa fe, que coñece a dignidade e a grandeza do destino de cada un, como fillos amados de Deus. E é condición para unha transmisión real e unha educación na fe.

Pero igualmente, nas celebracións, nos eventos, nos encontros, a prioridade desta opción pola verdade é decisiva. Convén vivir os xestos e as accións procurando que manifesten sempre todo o seu sentido. Amar ás persoas e aos fieis encomendados, amar ao Señor é coidar o sentido das cousas que facemos, dos signos e os símbolos, das celebracións nos diferentes momentos que as articulan e o seu conxunto. Porque importa moito a verdade do que comunicamos, do que celebramos, dos sacramentos e da Sagrada Liturxia.

E, por último, convén lembrar que esta preferencia primeira implica tamén que deamos prioridade a aqueles momentos comúns nos que recoñecemos

e vivimos a nosa pertenza á Igrexa, tamén como pastores. Os intereses e as urxencias de cada día non deben prevalecer de tal modo que abandonemos os momentos de encontro que temos como «fraternidade presbiteral»: a formación permanente e os retiros, en particular. Seguramente crecerán moito en riqueza e en interese coa aportación de todos.

3. Implementación do Sínodo

Entre tanto, desde a Santa Sé segue chegándonos a invitación para privilexiar a dimensión da sinodalidade¹; é dicir, do camiñar, discernir e actuar xuntos nos diferentes aspectos da vida cristiá. E propónse a todas as Dioceses que consideren cales serían os ámbitos específicos en que isto é máis prioritario, os máis relevantes, «nas formas e modalidades que se consideren máis oportunas»².

O acceso a funcións de responsabilidade que non requiren o sacramento da Orde por parte de fieis non ordenados³ é unha realidade que haberá de continuar na nosa Diocese, tanto nos ámbitos parroquiais como na Curia Diocesana.

Procuraremos tamén seguir dando pasos no desenvolvemento de formas adecuadas de transparencia⁴; por exemplo, no campo da comunicación, particularmente dixital, ou no do «cumprimento normativo».

Habemos de seguir avanzando igualmente no camiño da «renovación misioneira sinodal das parroquias»⁵, que esixe dar prioridade ao coidado e a renovación das nosas comunidades cristiás; o que, nas nosas circunstancias, atopa un desafío particular polas condicións propias do noso mundo rural.

Habemos de continuar unha reordenación pastoral que permita unha plena vida eclesial tamén nestas zonas da Diocese. Pídesenos procurar «a promo-

1 SECRETARÍA XERAL DO SÍNODO, *Pistas para a implementación do Sínodo 2025-2028*, Cidade do Vaticano 2025

2 *Pistas*, 3.2

3 Cf. *Pistas* 3.2.b; 4.1

4 *Pistas*, 3.2.f

5 *Pistas*, 3.2.j

ción dunha participación máis viva na celebración dominical»⁶; así como facer posible a vivencia, a transmisión e a educación na fe, xunto cun testemuño misioneiro e caritativo, dun modo próximo á propia terra.

Convídasenos explicitamente a acompañar este proceso en estilo sinodal, con «deliberacións concretas, con miras á renovación de prácticas e estruturas»⁷, ao que confiamos poder dar algunha forma concreta neste novo curso.

En neste mesmo sentido, convén proseguir a tarefa xa iniciada pola «Delegación para a educación na fe» para a renovación dos itinerarios catequéticos⁸, a través igualmente dun proceso sinodal de escoita, de diálogo e de participación dos protagonistas desta acción na vida diocesana. Será ocasión de verificar tamén, ao mesmo tempo, «os camiños da iniciación cristiá e, en xeral, dos itinerarios formativos»⁹ nas nosas comunidades parroquiais e diocesana.

Dar así algúns pasos axudará á nosa percepción de ser Pobo de Deus nesta terra, no que todos os membros comparten a misión de testemuñar coa propia vida, con palabras e obras, a fe no noso Señor, o anuncio da súa presenza salvadora no medio de nós.

Todas as accións pastorais son, ao final, instrumentos para este fin, como xa nos ensinaba desde sempre o Catecismo: para a gloria de Deus, é dicir, para que o recoñezamos, confiemos nel e lle deamos grazas; e para a felicidade do home, para a súa salvación.

4. No horizonte do 900 aniversario da nosa Catedral

A presenza da Igrexa na nosa terra é simbolizada pola nosa Catedral de Santa María, posiblemente a primeira igrexa na nosa cidade. As súas orixes fan referencia á tradición apostólica, incluso a Santiago mesmo, cuxa continuidade se manifesta hoxe no Sucesor de Pedro, en comunión co cal seguimos vivindo a fe.

6 *Pistas*, 4.2.b

7 *Pistas*, 4.1

8 *Pistas*, 4.2.f

9 *Pistas*, 3.2.k

A nosa Catedral fálanos tamén desde o inicio de Santa María, a quen está dedicada; e, por tanto, do feito, singular e decisivo da Encarnación do Fillo de Deus, da orixe da nosa historia cristiá, que chegou ata nós e fixo posible a nosa fe a través da realidade próxima e amiga dos irmáns, dos fieis, das nosas comunidades e parroquias. A iso fai referencia tamén a convocatoria do Xubileu Romano ordinario en 2025, anunciando a todos que esta historia é a dunha vida nova de graza e bendición, reconciliación e de caridade, de unidade con Deus e cos irmáns.

A nosa Catedral ten tamén a singularidade da súa tradición eucarística, a través da cal, dinnos os nosos maiores, quíxose poñer ante os ollos de todos en Galicia o signo da verdadeira fe. A Eucaristía fálanos de novo da Persoa nacida de María Virxe, da humanidade verdadeira do Fillo de Deus, da súa misión e o seu Evanxeo, que alcanza a súa plenitude na entrega do seu corpo e o seu sangue por amor, pola salvación de todos os homes.

E así de novo fálasenos dunha historia, dunha encarnación e un amor acontecido, presente, de Deus mesmo que nos vén ao encontro, conducindo a nosa vida por camiños de graza e de verdade, descubríndonos unha dignidade impensable, unha esperanza que non defrauda e a certeza dun destino bo.

Por todo iso, podemos ver a celebración no próximo 2029 dos 900 anos da nosa Catedral actual —que é, en realidade a súa cuarta reconstrución— como unha invitación para volver a mirada con agradecemento á nosa historia, a recoñecer e vivir de novo de todo corazón a pertenza a esta gran comunión da Igrexa, a relación próxima e verdadeira co Señor Xesús, con María nosa Nai, con toda a gran compañía de irmáns e irmás, de santos, coa que o Señor nos enriqueceu e fixo posible o noso camiño máis persoal, a nosa propia fe.

Se Deus quere, utilizaremos os tres anos previos, 2026, 2027 e 2028, para a preparación deste aniversario festivo de 2029; dedicando cada ano a un aspecto propio da nosa Catedral e do noso ser cristiáns e Igrexa.

O ano 2026 dedicarémolo á Santísima Virxe, na súa advocación dos Ollos Grandes. O ano 2027 subliñaremos o significado da Eucaristía, tal como se quixo poñer de manifesto na nosa Catedral desde antigo. Mentres que o ano 2028 poñeremos no centro o feito de ser Igrexa, a realidade de vida nova á que o edificio serve e da que é símbolo.

Non é posible propoñer aquí unha programación detallada destes anos, que se procurará ofrecer con tempo suficiente. En todo caso, confiamos en que sexa posible levar a cabo na Catedral este triduo de preparación para o 2029. O obxectivo, con todo, é que a Diocese enteira poida facer propio e participar do proposto para cada ano, nos xestos e os modos máis apropiados.

Neste curso, durante o 2026, o ano de preparación estará dedicado a Santa María de Lugo, a Virxe dos Ollos Grandes. Antes de nada, quixera encomendar a Ela esta planificación de tres anos, que só poderemos levar a cabo de modo frutuoso coa graza de Deus.

Que Santa María nos alcance vivir de corazón a fe no seu Fillo, recoñecelo presente na nosa historia; xa que se encarnou no seu seo e naceu en Belén, entregou por e para nós o seu Corpo e o seu Espírito, para darnos participación na súa vida, no seu amor e no seu destino de gloria.

Volver a mirada á nosa Catedral será así ocasión de confirmar o realismo da nosa fe; e unha invitación para gardar sempre ante os ollos a María, a Cristo presente na Eucaristía, o misterio de comunión e fraternidade que nos é dado vivir.

Homilía en la celebración de la festividad de San Froilán

Queridos hermanos,

Celebramos hoy la fiesta de San Froilán, nuestro conciudadano y nuestro patrón, nacido aquí cerca no *Regueiro dos hortos* y llegado a las alturas de una humanidad dichosa y gloriosa, a la plena comunión con Dios y con los hermanos propia de la patria celestial.

Para nosotros es modelo, compañero en el camino, razón para no decaer en la esperanza: a todos se nos ofrece el don inmenso del tiempo de nuestra vida, la libertad de un corazón humano, el cuidado de la Providencia divina y la mano de muchos hermanos. Cada uno de nosotros es llamado a un esplendor de vida, a una vocación y una fecundidad que sólo Dios ve en sus verdaderas dimensiones.

Nosotros nos alegramos hoy contemplando la grandeza alcanzada por uno de los nuestros, y en la esperanza por el destino de bien, de vida y de gloria de cada uno de nosotros.

Damos gracias a Dios por nuestra tierra y por Lugo; por haber nacido, por el pueblo y la familia que encontramos, por la comunión en su Iglesia; por San Froilán y todos nuestros santos patronos, siempre también por la Santísima Virgen María y sus grandes ojos misericordiosos.

Podríamos decir que San Froilán vivió un tiempo en que era necesario construir civilización, en un mundo de grandes cambios provocados por el encuentro y también el conflicto entre culturas y religiones, reinos cristianos y musul-

manes. Sus padres seguramente habían sido testigos de la reconstrucción de la Catedral por Odoario, quemada con la ciudad no mucho antes.

Llegó a ser abad de grandes comunidades monásticas, con centenares de monjes y monjas. Comunidades que eran germen de vida nueva, animadas por un espíritu que había hecho voto de castidad, pobreza y obediencia, de dejar atrás una vida guiada por la búsqueda incluso violenta de riquezas, placeres y poder humano. No querían vivir guiados por la soberbia, la avaricia o la lujuria, sino por la humildad, el desprendimiento, el amor verdadero.

Por la elocuencia de su testimonio y de su palabra, por la claridad de su conciencia y de su juicio ante los problemas de la vida, Froilán fue apreciado por el pueblo cristiano y buscado para ser su obispo en la ciudad de León, capital entonces del Reino.

En él se unía el espectáculo de una vida admirable y el don de la palabra, de la predicación y la enseñanza; junto con una paternidad largamente ejercida y abierta a todos.

A esto nos sigue invitando San Froilán hoy, a la misma tarea que une verdad y bien, inteligencia y corazón; y a un compartir generoso y sin miedo, de cuerpo y alma, fiados del mismo Señor Jesús. A nuestro modo y en nuestras circunstancias, esta manera de estar en el mundo resulta imprescindible también en nuestro tiempo.

San Froilán no lo consiguió desde sí mismo, sino gracias a la fe, que lo invitaba a seguir los caminos de la experiencia, de la doctrina, de la oración cristiana. El cuidado verdadero de su propio corazón, de su propia persona, hecho posible por su dedicación a la Palabra de Dios, al Evangelio, especialmente en los años de soledad de su ermita, fue razón de su crecimiento personal, de las muchas gracias que recibió; hizo posible la riqueza de su personalidad y de su palabra, y su fecundidad para su pueblo.

Es una lección para nosotros: en el conflicto de las interpretaciones, en la multiplicación de las propuestas culturales y religiosas, en el maremágnum de la información que quiere conformar nuestra conciencia y determinar nuestra manera de vivir, resulta decisivo encontrar uno mismo el camino, la verdad y la vida.

San Froilán creció en el encuentro con el Señor Jesús, en el reconocimiento del verdadero Dios y la escucha de su Palabra. Supo dar una forma buena a la vida, vivirla realmente con muchos y a la vista de todos, convirtiéndola en un ejemplo de construcción de la ciudad humana. Así, el esplendor de su humanidad hablaba de modo elocuente y creíble del verdadero Dios.

Su historia nos recuerda a todos la prioridad del cuidado de nuestro corazón y de nuestra conciencia, la preferencia que debemos dar a vivir uno mismo en la verdad. Y que ello es una labor decisiva, que necesita de voluntad y esfuerzo, que madura con el tiempo; y que encuentra sostén y es potenciada por la gracia de encontrar y seguir al verdadero Señor, de reconocer la luz del Evangelio.

Froilán nos testimonia el significado de la conciencia propia y de la búsqueda de la verdad, de la libertad de conciencia. Conviene insistir en ello hoy. No podemos construir sin preservar y promover la libertad de conciencia; no podemos ceder en la defensa de esta libertad en nuestra sociedad, permitir su censura por miedo a conflictos. Quien niega la libertad religiosa y, por tanto, pretende imponer su verdad o simplemente controlar personas y conciencias, se equivoca. No es nunca el modo de construir la ciudad, ni de trabajar por la paz.

El Evangelio, bien vivido, guió a Froilán y nos guía a nosotros por los caminos de la libertad y de la verdad. Enseña a reconocer el valor inapreciable de la persona del prójimo, creada y querida por Dios mismo, el de su libertad y sus bienes fundamentales.

Hemos de valorar inmensamente, por tanto, todo lo que nos ayuda a este vivir en la verdad del Evangelio, en nuestras casas y comunidades, en los diferentes ámbitos educativos, en los que crece y madura la conciencia de los más jóvenes.

Hemos de apreciar todo lo que contribuye a esta libertad en nuestra sociedad y en nuestras instituciones. Por eso, no dejamos de celebrar cada año esta fiesta de San Froilán en Lugo, volviendo a nuestras casas y a la verdad de nuestro corazón, mirando con alegría y esperanza a los propios seres queridos, a nuestra ciudad.

Pidamos al Señor, como nuestro santo patrón, la gracia de la elocuencia, del saber decir la palabra justa y constructiva, del saber transmitir y comunicar la fe en libertad, de ayudar a abrir caminos de verdad al hermano que la busca.

Pues, por otra parte, nuestras mismas convicciones creyentes se mantendrían más difícilmente en el tiempo sin inteligencia, y la fe, falta de palabra, quedaría muy limitada en su capacidad de construir, de proponer y dialogar, de generar unidad, de sostener la convivencia y la paz.

Encomendemos hoy esta ciudad de Lugo a nuestro patrón San Froilán, nuestras casas, los caminos en la vida de cada uno. Pidámosle que, con la Virgen de los Ojos Grandes, interceda especialmente por quienes sufren y están enfermos, por quienes están entre nosotros, pero lejos de sus familias y de su tierra. Como buen maestro, que cuide de nuestros jóvenes, que están creciendo. Que interceda por nuestras familias, por nuestras parroquias, por nuestras autoridades civiles.

Que a todos nos dé celebrar con alegría este día de fiesta de nuestro patrón, promesa de las grandes fiestas preparadas para quienes llegan, como Froilán, a la casa del Padre, donde todos somos esperados y a donde quiere conducirnos nuestro maestro y pastor, Jesús el Señor.

Homilía na celebración da festividade de San Froilán

Queridos irmáns,

Celebramos hoxe a festa de San Froilán, o noso concidadán e o noso patrón, nacido preto de aquí no *Regueiro dos hortos* e chegado ás alturas dunha humanidade ditosa e gloriosa, á plena comunión con Deus e cos irmáns propia da patria celestial.

Para nós é modelo, compañeiro no camiño, razón para non decaer na esperanza: a todos ofrécesenos o don inmenso do tempo da nosa vida, a liberdade dun corazón humano, o coidado da Providencia divina e a man de moitos irmáns. Cada un de nós é chamado a un esplendor de vida, a unha vocación e unha fecundidade que só Deus ve nas súas verdadeiras dimensións.

Nós alegrámonos hoxe contemplando a grandeza alcanzada por un dos nosos, e na esperanza polo destino de ben, de vida e de gloria de cada un de nós.

Damos grazas a Deus pola nosa terra e por Lugo; por haber nacido, polo pobo e a familia que encontramos, pola comunión na súa Igrexa; por San Froilán e todos os nosos santos patróns, sempre tamén pola Santísima Virxe María e os seus grandes ollos misericordiosos.

Poderíamos dicir que San Froilán viviu un tempo en que era necesario construír civilización, nun mundo de grandes cambios provocados polo encontro e tamén o conflito entre culturas e relixións, reinos cristiáns e musulmáns. Os

seus pais seguramente foran testemuñas da reconstrución da Catedral por Odoario, queimada coa cidade non moito antes.

Chegou a ser abade de grandes comunidades monásticas, con centenaes de monxes e monxas. Comunidades que eran xerme de vida nova, animadas por un espírito que fixera voto de castidade, pobreza e obediencia, de deixar atrás unha vida guiada pola procura mesmo violenta de riquezas, praceres e poder humano. Non querían vivir guiados pola soberbia, a avaricia ou a luxuria, senón pola humildade, o desprendemento, o amor verdadeiro.

Pola elocuencia do seu testemuño e da súa palabra, pola claridade da súa conciencia e do seu xuízo ante os problemas da vida, Froilán foi apreciado polo pobo cristián e buscado para ser o seu bispo na cidade de León, capital entón do Reino.

Nel uníase o espectáculo dunha vida admirable e o don da palabra, da predicación e o ensino; xunto cunha paternidade longamente exercida e aberta a todos.

A isto séguenos convidando San Froilán hoxe, á mesma tarefa que une verdade e ben, intelixencia e corazón; e a un compartir xeneroso e sen medo, de corpo e alma, fiados do mesmo Señor Xesús. Ao noso modo e nas nosas circunstancias, esta maneira de estar no mundo resulta imprescindible tamén no noso tempo.

San Froilán non o conseguiu desde si mesmo, senón grazas á fe, que o invitaba a seguir os camiños da experiencia, da doutrina, da oración cristiá. O coidado verdadeiro do seu propio corazón, da súa propia persoa, feito posible pola súa dedicación á Palabra de Deus, ao Evanxeo, especialmente nos anos de soidade da súa ermida, foi razón do seu crecemento persoal, das moitas grazas que recibiu; fixo posible a riqueza da súa personalidade e da súa palabra, e a súa fecundidade para o seu pobo.

É unha lección para nós: no conflito das interpretacións, na multiplicación das propostas culturais e relixiosas, no mare mágnun da información que quere conformar a nosa conciencia e determinar a nosa maneira de vivir, resulta decisivo atopar un mesmo o camiño, a verdade e a vida.

San Froilán creceu no encontro co Señor Xesús, no recoñecemento do verdadeiro Deus e a escoita da súa Palabra. Soubo dar unha forma boa á vida,

vivila realmente con moitos e á vista de todos, e converteuna nun exemplo de construción da cidade humana. Así, o esplendor da súa humanidade falaba de modo elocuente e crible do verdadeiro Deus.

A súa historia lémbra-nos a todos a prioridade do coidado do noso corazón e da nosa conciencia, a preferencia que debemos dar a vivir un mesmo na verdade. E que iso é un labor decisivo, que necesita de vontade e esforzo, que madura co tempo; e que resulta sostido e potenciado pola graza de atopar e seguir ao verdadeiro Señor, de recoñecer a luz do Evanxeo.

Froilán testemuñanos o significado da conciencia propia e da procura da verdade, da liberdade de conciencia. Convén insistir niso hoxe. Non podemos construír sen preservar e promover a liberdade de conciencia; non podemos ceder na defensa desta liberdade na nosa sociedade, permitir a súa censura por medo a conflitos. Quen nega a liberdade relixiosa e, por tanto, pretende impoñer a súa verdade ou simplemente controlar persoas e conciencias, equívocase. Non é nunca o modo de construír a cidade, nin de traballar pola paz.

O Evanxeo, ben vivido, guiou a Froilán e guíanos a nós polos camiños da liberdade e da verdade. Ensina a recoñecer o valor inapreciable da persoa do próximo, creada e querida por Deus mesmo, o da súa liberdade e os seus bens fundamentais.

Habemos de valorar inmensamente, por tanto, todo o que nos axuda a este vivir na verdade do Evanxeo, nas nosas casas e comunidades, nos diferentes ámbitos educativos, nos que crece e madura a conciencia dos máis novos.

Habemos de apreciar todo o que contribúe a esta liberdade na nosa sociedade e nas nosas institucións. Por iso, non deixamos de celebrar cada ano esta festa de San Froilán en Lugo, volvendo ás nosas casas e á verdade do noso corazón, mirando con alegría e esperanza aos propios seres queridos, á nosa cidade.

Pidamos ao Señor, como o noso santo patrón, a graza da elocuencia, do saber dicir a palabra xusta e construtiva, do saber transmitir e comunicar a fe en liberdade, de axudar a abrir camiños de verdade ao irmán que a busca.

Pois, por outra banda, as nosas mesmas conviccións crentes manteríanse máis dificilmente no tempo sen intelixencia, e a fe, falta de palabra, quedaría

moi limitada na súa capacidade de construír, de propoñer e dialogar, de xerar unidade, de soste a convivencia e a paz.

Encomendemos hoxe esta cidade de Lugo ao noso patrón San Froilán, as nosas casas, os camiños na vida de cada un. Pidámoslle que, coa Virxe dos Ollos Grandes, interceda especialmente por quen sofre e está enfermo, por quen está entre nós, pero lonxe das súas familias e da súa terra. Como bo mestre, que coide dos nosos mozos, que están crecendo. Que interceda polas nosas familias, polas nosas parroquias, polas nosas autoridades civís.

Que a todos nos dea celebrar con alegría este día de festa do noso patrón, promesa das grandes festas preparadas para quen chega, como Froilán, á casa do Pai, onde todos somos esperados e onde quere conducirnos o noso mestre e pastor, Xesús o Señor.

Trabajo decente, derecho y no privilegio

XI Jornada Mundial por el Trabajo Decente

En este 7 de octubre, la Iglesia se une a la celebración de la *Jornada Mundial por el Trabajo Decente*, alzando su voz para pedir no un privilegio, sino el respeto de un derecho de toda persona, creada a imagen y semejanza de Dios.

El trabajo no es solo una fuente de sustento, sino también expresión de la propia responsabilidad para consigo mismo, la familia y el mundo. De esta manera, la persona responde a la llamada a participar activamente en la construcción del Reino, a poner sus dones al servicio de los demás.

Así pues, el trabajo es camino de la realización de la persona, parte constitutiva de su vocación y de su vida; y es servicio al bien común. Es forma fundamental de participación en la vida de la sociedad en que uno se encuentra, en igualdad de derechos y obligaciones con todos los demás ciudadanos. No puede ser despreciado, negándose a asumirlo y a hacerlo en conciencia; ni puede ser comprendido como mera mercancía, rebajado a condiciones degradantes, no respetuosas de la persona, no concordes con su dignidad, no decentes.

Por ello, como comunidad creyente, no podemos dejar de denunciar que aún hoy, en pleno 2025, muchos hermanos y hermanas son heridos por la precariedad, los salarios injustos, la inseguridad laboral o la discriminación. El trabajo que no dignifica, hiere; el trabajo que excluye, empobrece; el trabajo sin derechos, no es trabajo decente.

En particular, dirigimos nuestra mirada con respeto y gratitud a tantas personas trabajadoras migrantes que cumplen tareas muy necesarias, que sostienen el desarrollo de nuestra tierra y que, sin embargo, muchas veces encuentran graves dificultades para regularizar su situación, están mal remuneradas o sometidas a condiciones indignas. Y, según las intenciones de este Año Jubilar romano, recordamos especialmente a todas las víctimas de trata, a menudo también migrantes. Es ciertamente injusto aprovecharse del débil o explotar al necesitado, personalmente o como sociedad. La Iglesia, Madre y Maestra, nos enseña a reconocer en cada uno el rostro de Cristo, a acoger, acompañar y defender su dignidad, y concretamente en el ámbito laboral.

Movidos por la esperanza, no dejemos de anhelar y luchar por una sociedad en la que el trabajo sea libremente elegido, justamente remunerado, seguro, estable, compatible con la vida familiar y el descanso, y que sea también un espacio de fraternidad y crecimiento humano. Un trabajo que cuide y no explote, que integre y no excluya, que construya futuro y no desgaste la vida.

Que esta *Jornada Mundial por el Trabajo Decente* nos impulse, como Pueblo de Dios, a orar por quienes sufren explotación y precariedad, a anunciar con esperanza la Buena Noticia de la dignidad humana, a denunciar proféticamente las injusticias que degradan el trabajo y a actuar juntos para que toda persona pueda ejercer su derecho a un trabajo en condiciones dignas, en el que se refleje la ternura y la justicia del Dios de la vida.

**+ Alfonso,
Obispo de Lugo**

Traballo decente, dereito e non privilexio

XI Xornada Mundial polo Traballo Decente

Neste 7 de outubro, a Igrexa únese á celebración da Xornada Mundial polo Traballo Decente, alzando a súa voz para pedir non un privilexio, senón o respecto dun dereito de toda persoa, creada a imaxe e semellanza de Deus.

O traballo non é só unha fonte de sustento, senón tamén expresión da propia responsabilidade para consigo mesmo, a familia e o mundo. Desta maneira, a persoa responde á chamada para participar activamente na construción do Reino, a poñer os seus dons ao servizo dos demais.

Así pois, o traballo é camiño da realización da persoa, parte constitutiva da súa vocación e da súa vida; e é servizo ao ben común. É forma fundamental de participación na vida da sociedade en que un se atopa, en igualdade de dereitos e obrigacións con todos os demais cidadáns. Non pode ser desprezado, negándose a asumilo e a facelo en conciencia; nin pode ser comprendido como mera mercadoría, rebaixado a condicións degradantes, non respectuosas da persoa, non concordes coa súa dignidade, non decentes.

Por iso, como comunidade crente, non podemos deixar de denunciar que aínda hoxe, en pleno 2025, moitos irmáns e irmás son feridos pola precariedade, os salarios inxustos, a inseguridade laboral ou a discriminación. O traballo que non dignifica, fere; o traballo que exclúe, empobrece; o traballo sen dereitos, non é traballo decente.

En particular, diriximos a nosa mirada con respecto e gratitude a tantas persoas traballadoras migrantes que cumpren tarefas moi necesarias, que sos-

teñen o desenvolvemento da nosa terra e que, con todo, moitas veces atopan graves dificultades para regularizar a súa situación, están mal remuneradas ou sometidas a condicións indignas. E, segundo as intencións deste Ano Xubilario romano, lembramos especialmente a todas as vítimas de trata, a miúdo tamén migrantes. É certamente inxusto aproveitarse do débil ou explotar ao necesitado, persoalmente ou como sociedade. A Igrexa, Nai e Mestra, ensínanos a recoñecer en cada un o rostro de Cristo, a acoller, acompañar e defender a súa dignidade, e concretamente no ámbito laboral.

Movidos pola esperanza, non deixemos de anhelar e loitar por unha sociedade na que o traballo sexa libremente elixido, xustamente remunerado, seguro, estable, compatible coa vida familiar e o descanso, e que sexa tamén un espazo de fraternidade e crecemento humano. Un traballo que coide e non explote, que integre e non exclúa, que constrúa futuro e non desgaste a vida.

Que esta Xornada Mundial polo Traballo Decente nos impulse, como Pobo de Deus, a orar por quen sofre explotación e precariedade, a anunciar con esperanza a Boa Noticia da dignidade humana, a denunciar profeticamente as inxustizas que degradan o traballo e a actuar xuntos para que toda persoa poida exercer o seu dereito a un traballo en condicións dignas, no que se reflecta a tenrura e a xustiza do Deus da vida.

**+ Alfonso,
Bispo de Lugo**

Tú también puedes ser santo

Día de la Iglesia diocesana 2025

Queridos hermanos,

La Iglesia es antes de nada una propuesta de vida para la persona, con la pretensión extraordinaria de abrirle el camino de la plenitud, de la verdad de la propia existencia, en relación con el mundo entero y con Dios mismo. Nos hace sistemáticamente esta propuesta, la hace siempre, en teoría y de palabra, pero sobre todo en la práctica.

En efecto, a pesar de todo el ruido mediático, la Iglesia hace presente constantemente el Evangelio, en el que resuena la verdad más luminosa sobre el ser humano. Y es también, al mismo tiempo, lugar en que recibimos un ejemplo vivo de humanidad, en tanta gente que nos ha precedido y en la que nos acompaña hoy, en nuestras familias, casas y parroquias.

En ella entramos en contacto con experiencias admirables de plenitud humana, santas y santos famosos o desconocidos, que de muchas maneras han dado cuerpo al amor más grande. Han despertado nuestra esperanza, nos han hablado de Dios, nos han devuelto la certeza de la dignidad de la persona humana.

Y también en la Iglesia hemos descubierto el lugar de la misericordia sin límites, que no imaginábamos que existiese; el abrazo del Señor Jesús, que sabe y puede perdonar, que lo ha entregado todo por nosotros y nos abre expectativas que superan nuestros propios límites.

Y nos alegramos de experimentar así la humanidad verdadera, la que permite el camino desde lo injusto a lo justo, la que hace posible a los pecadores vivir en fraternidad y llama a todos al esplendor de la santidad.

Pero nada de todo esto, ninguna paz y ninguna plenitud sería posible sin Dios, sin poder conocerlo y acercarnos a Él sencillamente, como Padre nuestro; sin reconocernos amados en su Hijo, nuestro Señor, que no nos abandona. Sin su presencia, real en los sacramentos, sin su aliento y su gracia, no se daría ninguna santidad.

Porque esta esperanza de humanidad verdadera, esta llamada a una vida buena y santa, es fruto de la caridad divina misma: para esto, por nosotros, entregó su vida el Señor Jesús. Y de esta caridad surgirán todos los bienes: la unidad profunda y la ayuda mutua, la inteligencia ante los retos de la vida, el deseo de vencer las injusticias y la mentira, la compasión y la solidaridad, la construcción de la paz.

Permanezcamos, pues, en nuestra Iglesia diocesana, cuidémosla, aportemos lo propio, lo más personal y lo más material, para mejorar y sostener su vida. Reconozcámonos como miembros suyos, hijos de Dios y hermanos; porque aquí radica nuestra vocación en la vida y se fundamenta nuestra esperanza, que no declina ni en las circunstancias más difíciles, y que el Señor nos envía a hacer brillar en medio del mundo.

**+ Alfonso,
Obispo de Lugo**

Adviento es nombre de esperanza

Introducción

El Adviento es tiempo de esperanza, por su estructura misma. Nos encamina con toda certeza a la buena noticia del nacimiento del Hijo de Dios en Belén. Nos invita a estar vigilantes, a no olvidar entre las agitaciones del mundo el acontecimiento de la Navidad, que llena de gloria y de paz nuestra tierra, y que despierta siempre en nuestros corazones una luz de esperanza.

Movido por un amor ya nunca desmentido, viene a nosotros Aquel que da sentido definitivo, que llena de valor nuestra existencia en el mundo, que la redime del mal, de todo lo que la niega y no la ama. La alegría de Belén entra de hecho en todas nuestras casas, resuena en nuestras familias, en nuestros seres queridos y en nosotros mismos.

En esta conversación vamos a intentar volver la mirada hacia nuestra esperanza, la nuestra personal y la del mundo, que es Cristo, como nos anuncia con elocuencia y perseverancia el Adviento de cada año.

Para ello, conviene una consideración preliminar. Que alguien mire al mundo a su alrededor y encuentre aliento para su esperanza, sucede debido a su manera de comprender la realidad, a su forma personal de situarse ante las cosas, y al ámbito de experiencia del que puede partir.

En nuestro caso, lo vemos bien: no preguntaríamos por esta esperanza, si no siguiésemos celebrando su presencia en nuestra vida; si no hubiésemos tenido ya experiencia de ella y no supiésemos que necesitamos que se renueve en nosotros, que haga revivir nuestra persona y nuestra capacidad de acción.

Hay, pues, dos cosas: nuestro yo, que determina cómo entendemos la vida y lo que pasa en ella; y la esperanza, que se refiere al corazón mismo de nuestro actuar, de nuestro existir como cristianos en el mundo, y a la que nos invita anualmente la celebración del Adviento.

1. Prioridad de la persona

Así pues, hablando de la esperanza, estamos tratando de nosotros mismos, del yo de cada uno en concreto. No solo porque la esperanza es una virtud teologal del alma y no existe de otro modo; sino porque en ella encuentra expresión el interés primero y legítimo de la persona, que está llamada a buscar su bien verdadero. Como dijo el Señor: ¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su vida, la malogra? ¿De qué sirven las cosas y los acontecimientos, si lo que sucede no tiene que ver conmigo, no es algo mío?

Esta valoración de nuestra persona está en el corazón mismo del Evangelio, que no sería creíble para el hombre de ninguna época sin este interés primero por su bien pleno, por la salvación de cada uno.

Pero no es posible hacer este anuncio evangélico, si no implica a la propia persona, si la excluye u olvida, si considera secundario o sin importancia al propio yo. En tal caso, ¿con qué credibilidad anunciaría uno que Cristo ha venido a salvarnos?

El ámbito de la propia experiencia es, pues, referencia imprescindible para reconocer los signos de esperanza que me presente la realidad, e igualmente para poder mostrarlos al otro.

Esta atención a la propia persona, este dar peso al propio yo, no desvirtúa nuestro testimonio ni nuestra vivencia ministerial; sino que permite que no sean sólo formales, rutinarias en el mal sentido de la palabra, dificultando percibir la prioridad radical de la vida y la salvación de cada uno.

Las estrategias y las técnicas pastorales serán ocasión de comunicar esperanza, serán instrumentos, incluso providenciales, para ello; pero la esperanza es inseparable de la experiencia personal, de la fe del propio corazón.

Podríamos recordar la palabra del Señor en San Juan: «el que cree en mí ... de sus entrañas manarán ríos de agua viva. Dijo esto refiriéndose al Espíritu que habían de recibir...» (Jn 7, 38-39). El agua viva de la fe, del conocimiento de Dios, de la esperanza, que nada detiene y salta hasta la vida eterna, brota de las entrañas, de lo más propio, del corazón libre de la persona, y sirve al bien de muchos.

La esperanza aparece así como virtud del alma, suscitada y sostenida por la presencia del Señor —por la gracia de Dios—, como expresión elemental de nuestra experiencia creyente, de nuestro asentimiento personal a la Palabra y al amor del Señor. E implica la afirmación definitiva de la propia persona y el sentido de nuestras acciones, un horizonte de bien definitivo para la propia historia y la del mundo.

En esta experiencia creyente, nacida del encuentro con Cristo, halla respuesta la inquietud profunda que atraviesa nuestro mundo moderno, tan orgulloso de su ciencia y su poder: que las personas no lleguen a ser consideradas en su identidad misma, no puedan ser afirmadas por sí mismas, sino por su utilidad al servicio de grandes proyectos y de horizontes ideológicos.

«Cuando considero lo poco que dura mi vida, absorbida por la eternidad precedente y siguiente, el poco espacio que ocupo y el poco que veo, yo, perdido en la inmensidad infinita de un espacio que ignoro y que no me conoce, me espanto, y me extraño de verme aquí en vez de ahí, porque no hay motivo ninguno ...». «El silencio eterno de los espacios infinitos me espanta» (B. PASCAL, *Pensées*, ed. L. Brunschvicg, nº 205, 206).

Pero, mientras el universo por sí mismo, con sus leyes naturales, no justifica la existencia de mi persona, el conocimiento del Señor da razón de mi ser y del mundo entero, da sentido a la propia existencia, integrándola en la verdadera historia de salvación, según la tarea o misión que cumpla cada uno. Esta es la esperanza y es inseparable de la propia persona.

Y, de hecho, todos necesitamos signos de esta novedad de vida que sucedan ante nuestros ojos, testimonios vivos que sean palabras de esperanza.

2. La fragilidad moral no es objeción

Surge entonces una pregunta. Ya que la esperanza es connatural a la experiencia creyente y testimoniarla es misión propia del sacerdote, ¿por qué entonces la fatiga para mantener viva la esperanza, la tentación del desencanto ante el mundo y nuestra historia?

No puede deberse sólo a nuestra incoherencia moral, a nuestros pecados y traiciones cotidianas. Porque precisamente en nuestro pecado ha brillado luminosamente la luz de la esperanza, la misericordia del Señor, que nos amó hasta el extremo. El pecado es el lugar en que puede brotar la petición más humilde, la de un corazón quebrantado y humillado, alentada por la esperanza en el amor del Señor y en su perdón.

Desde la historia de Pedro, que negó abiertamente al Señor Jesús en el momento del peligro, desde sus lágrimas y la mirada compasiva del Señor, la esperanza del perdón es parte constitutiva de la vivencia de fe de la Iglesia.

«Cualquiera que haya renegado del Hijo de Dios durante una persecución parece haber caído bien ligeramente, en comparación con el bienaventurado Pedro. Si ha negado a quien no ha visto, si ha negado a quien no ha conocido, si negó quien no había prometido nada, si negó una sola vez! En Pedro el pecado se ha dilatado... Cuando los demás no lo habían reconocido, él sólo lo había reconocido [como Hijo de Dios]; mientras que los demás no habían hecho ninguna promesa, él había prometido; mientras que los demás no negaron ni una sola vez, él sólo renegó tres veces! ... Comprendemos que todo fue ordenado así por la providencia del Señor, para que éste recibiese las llaves. ... Tantos inocentes están de pie y es un pecador quien recibe las llaves, para instituirlo como símbolo de la unidad!. Se ha procurado que el pecador abra a los inocentes, para que los inocentes no cierren su puerta a los pecadores y que la unidad, que es indispensable, pueda existir.» (OPTATO DE MILEVO, *Tratado contra los donatistas*, VII, 3, 7.10-12)

Cristo reconcilió a Pedro, haciendo revivir de nuevo el corazón de su experiencia, interpelándolo del modo más personal, haciéndole volver al gesto más íntimo de su libertad: ¿me amas tú? Y abriéndole entonces la tarea de la vida, su misión en la historia, en una historia radicalmente buena, cargada

de sentido y esperanza para el mundo, en la que su persona, su respuesta de amor, su fidelidad y su entrega, estaban en el centro.

Ante el amor y la misericordia del Señor, que nos defiende incluso de nuestra propia infidelidad, brota una esperanza inquebrantable, como de la raíz misma de la propia experiencia cristiana: ¿quién me separará del amor de Cristo? Me pondré en camino a donde está mi padre (Lc 15, 18). Porque si nuestra conciencia nos condena, nos tranquilizará que Dios es más grande que nuestra conciencia y conoce todo (1Jn 3, 19-20).

3. La tentación de la secularización

La dificultad para sostener la esperanza, su apagamiento paulatino, no proviene en primer lugar de nuestra fragilidad moral. Está causada, más bien, por la fatiga ante el desafío de una conciencia alternativa socialmente dominante y la tentación de ceder silenciosamente a su pretension, modificando la propia posición personal creyente.

Se trata de una pretendida conciencia «crítica», propia de nuestros tiempos modernos, que pone en cuestión sistemáticamente la pretensión de verdad propia de la fe cristiana, el significado de la existencia y la misión de la Iglesia en el mundo. Y plantea una interpretación alternativa de la presencia cristiana, explicándola como un factor o un momento más del proceso histórico, de la evolución del espíritu humano. Se la presenta entonces a veces en negativo, como una alienación, quizá explicable circunstancialmente, pero que ha de ser superada; y a veces en positivo, por ejemplo como un momento pedagógico, parte de una evolución necesaria de la humanidad. En ambos casos, la experiencia cristiana aparece siempre como un momento interno dentro de la lógica de la historia.

Lo que implica la reducción de los contenidos del cristianismo a las medidas del mundo. Y, por tanto, dejar atrás inevitablemente todos los aspectos sacramentales, dogmáticos, jerárquicos, que no son reconducibles a la dinámica de la mera razón y se explicarían por condicionamientos históricos.

En este horizonte puede entenderse la pretensión de proponer la secularización como el punto de llegada inevitable del cristianismo en la historia, como la forma adecuada de presencia y de posible diálogo con la sociedad actual.

Puede resultar ilustrativa, a este respecto, una reflexión reciente de J. HABERMAS sobre la relevancia posible de lo religioso en nuestra sociedad cada vez más secularizada.

Presenta el desafío con palabras de TH. ADORNO: «Ningún contenido teológico permanecerá sin transformación; cada uno tendrá que someterse a la prueba de emigrar a lo secular, a lo profano»¹; en continuidad de fondo con las opciones filosóficas y las afirmaciones explícitas ya de G. E. LESSING² en el s. XVIII o con la propuesta sistemática de I. KANT³.

Y responde que la conciencia religiosa podrá subsistir como tal y ser relevante en la medida en que «toma cuerpo en la praxis litúrgica de una comunidad de creyentes y afirma con ello una forma de presencia del Espíritu. El rito pretende establecer la unión con un poder que desde la transcendencia entra en el mundo. Mientras la experiencia religiosa pueda apoyarse en esta praxis de presencialización de una transcendencia fuerte, seguirá siendo una espina en la carne de la modernidad, que cede a la tendencia hacia un ser carente de transcendencia...»⁴.

Así pues, la presencia del Misterio trascendente, de Dios, en la praxis de la comunidad cristiana que celebra litúrgicamente el sacramento, no puede ser reducida al marco de lo secular, a diferencia de todo contenido conceptual o sentimiento religioso.

De hecho, según toda la tradición católica, este «método sacramental» es el que se corresponde con el hecho de la Encarnación, el que permite afirmar la continuidad de la presencia del Señor en el espacio y el tiempo de los hombres. De modo que la identidad de la Iglesia, el cumplimiento de su misión en la historia, su protagonismo propio, aparecen claramente vinculados a su dimensión litúrgica y a su naturaleza sacramental.

Esto significa, en concreto, el Adviento, la preparación para la Navidad, intrínsecamente no secularizable; y, por eso, fundamento de nuestra esperanza,

1 Th. W. ADORNO, *Vernunft und Offenbarung*, in: «Stichworte, Kritische Modelle», 2, Frankfurt a. M., 1969, 20

2 Cf., por ejemplo, su *Die Erziehung des Menschengeschlechts* [1777]

3 Por ejemplo en su *Die Religion innerhalb der Grenzen der bloßen Vernunft* [1793-94]

4 J. HABERMAS, *Auch eine Geschichte der Philosophie*, II, Berlin 2019, 807

que brota siempre de nuevo en el portal de Belén, ante el Señor, ante su misericordia y su promesa de salvación.

4. La respuesta conciliar

A la urgencia de afirmar el significado de la experiencia cristiana y de la misión de la Iglesia en la historia, ha dado respuesta el concilio Vaticano II, convencido de vivir un momento providencial para entrar en diálogo con el hombre moderno y con los pueblos y las culturas del mundo, y dispuesto a buscar las formas y los lenguajes que pudiesen hacer más comprensible el mensaje del Evangelio. *Aggiornamento* será el término programático en aquel momento, no *secularización*.

En efecto, tras la Primera y la Segunda Guerras Mundiales pareció por un momento evidente el fracaso de los grandes sistemas ideológicos, de la pretensión del poder humano, y se hizo muy patente la necesidad de afirmar la dignidad de la persona, sus derechos fundamentales, su libertad de conciencia, por la que no puede ser reducida a un factor más de un proceso histórico, guiado por el Estado. La Iglesia entenderá como misión propia defender esta trascendencia de la persona (GS 76b).

El Concilio subrayará que sólo en presencia de Cristo descubre el hombre la dignidad y el destino de su persona (GS 22); que ningún sistema o ideología puede dar razón del corazón humano, de la vida o de la historia. Y que la Iglesia, de naturaleza sacramental, es signo e instrumento para el mundo de esta luz de Cristo (LG 1).

Se reafirmaba así, al mismo tiempo, el significado radical de la persona y el fundamento de la experiencia cristiana específica. A ello se corresponderá la comprensión conciliar de la Iglesia misma; es decir, la prioridad otorgada por el Vaticano II al Pueblo de Dios, al fiel cristiano, a su existencia (participando todos de los *tria munera* de Cristo, con la misma dignidad de hijos, bajo la misma ley de caridad, con el mismo destino de vida y de gloria), antes de toda distinción de servicios y ministerios.

Sin embargo, tras dos o tres generaciones, cambiada radicalmente la situación de nuestro mundo, tras nuevas revoluciones culturales y el surgir o evo-

lucionar de nuevos proyectos históricos, y como si no hubiéramos sabido o podido hacer valer suficientemente la respuesta conciliar, a los 60 años de su clausura se nos plantea de nuevo con fuerza la misma objeción de fondo que afrontó el Vaticano II: la irrelevancia de lo cristiano en la historia, la inexistencia de una pretendida experiencia propiamente cristiana, de una misión específica de la Iglesia, necesaria para la vida de los hombres, para los pueblos y las culturas.

En nuestra sociedad parecen estar en vigor de nuevo comprensiones del mundo, que, aunque no se presenten como grandes relatos alternativos, pretenden explícitamente imponer una propia antropología y englobar el camino de las naciones, resultando así al mismo tiempo propuestas secularizadoras de lo cristiano.

Una manifestación cotidiana de estos horizontes mundanos globalizantes puede ser lo que se llama «lo políticamente correcto», cada vez más dominante —debido a la creciente organización del poder económico y político, de la tecnología y de los medios de comunicación—, y que tiende a sustituirse al conocimiento y la responsabilidad libre ante el bien y el mal, diluyendo los desafíos de la conciencia personal por medio de un relativismo histórico y cultural.

Pero aceptar entenderse al interior de cualquier proyecto histórico —necesariamente intramundano—, equivale a la negación de la trascendencia. Se niega así, lo específicamente cristiano y lo propio de la esperanza teológica, que cambia de naturaleza, ahogada en un horizonte pragmático, junto con la conciencia misma.

5. El desafío de la persona de Cristo

Implicada en estas propuestas, ahora como en los inicios de la Modernidad, se encuentra una reinterpretación de la figura de Jesucristo, de su persona y de su función histórica. Pues de Él depende la comprensión de todo el cristianismo, de la Iglesia y, en concreto, de la experiencia cristiana y su lugar en la historia —como, a la inversa, la comprensión de la Iglesia conlleva una percepción de la figura del Señor.

En realidad, Jesús siempre fue el fundamento de nuestra fe, como nos recuerda el reciente 1700º aniversario del concilio de Nicea. Afirmar la verdadera filiación divina —el *homoousios*—, que no parecía integrable en el gran pensamiento helénico, fue entonces el reto definitivo. También en la actualidad, la singularidad incomparable de la figura de Jesús sigue constituyendo un desafío radical al pensamiento contemporáneo y a los corazones de todos: ¿puede un hombre de hoy afirmar con fe plena a Cristo como Hijo de Dios y único Salvador, ante las exigencias de la razón, de la pluralidad de culturas y religiones de nuestro mundo?

«Hay, sin embargo, otro desafío, que definiría como un «regreso del arrianismo», presente en la cultura actual y a veces hasta en los propios creyentes, cuando se ve a Jesús con admiración humana, incluso aún con espíritu religioso, pero sin considerarlo realmente como el Dios vivo y verdadero presente entre nosotros. Su ser Dios, Señor de la historia, viene de esta manera oscurecido y nos limitamos a considerarlo un personaje histórico, un maestro sabio, un profeta que ha luchado por la justicia, pero nada más. Nicea nos lo recuerda: Cristo Jesús no es un personaje del pasado, es el Hijo de Dios presente entre nosotros que guía la historia hacia el futuro que Dios nos ha prometido.»⁵

Aunque no entremos en las discusiones sobre el método histórico, la teoría crítica de la raza o el relativismo religioso, y aunque queramos seguir profesando el Credo niceno, la puesta en cuestión racional del significado incomparable de Jesús en la historia puede introducirse como una duda en nuestra posición personal, modificando nuestro punto de partida creyente.

Parece inducirnos a ello incluso nuestra propia debilidad, que no desea ponerse en juego en primera persona. No nos parece verosímil que el riesgo de nuestra libertad sea imprescindible, que nuestra respuesta ante la vida, ante la revelación del Señor sea fundamental. No nos parece posible que la fe y la vida de los demás tengan relación con mi persona, con mi experiencia y mi esperanza. Y preferimos pensar que lo esencial será más bien un conjunto de verdades morales y religiosas, de reglas y de principios de acción.

5 LEÓN XIV, *Encuentro de oración con los obispos, sacerdotes, diáconos, consagrados, consagradas y operadores pastorales*, Estambul, 28-11-2025

No nos parece verosímil que la persona concreta sea decisiva. De algún modo aceptamos, con nuestro mundo, que el hombre, su relación libre con Dios, no puede ser el centro de la creación. Y, en efecto, de ningún modo esto sería posible cuando se ha negado o perdido la relación con Dios; la persona sola, aislada, reducida, a sí misma, no tiene significado universal —sólo para mí mismo—.

La fe apostólica es sin embargo el anuncio de esta novedad radical: Dios, lo universal, presente en una humanidad singular. El Hijo de Dios se hace carne y nace en Belén, «lleno de gracia y de verdad» (Jn 1, 14); en Él están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento» (Col 2, 3), «en Él habita la plenitud de la divinidad corporalmente» (Col 2, 9). Y sus discípulos se definen como testigos de este hecho, como seguidores de Aquel que es el camino, la verdad y la vida.

A nosotros, en cambio, cediendo a la mentalidad de nuestra época, puede parecernos que no es razonable afirmar una singularidad tan única del ser humano de Jesús; que una realidad personal individual no podría tener tanto significado. Por lo que habría que recurrir a la ley general, a las verdades universales que todos pueden compartir. Y así, casi sin darse cuenta, en el centro ya no está la relación con Cristo, el anuncio de su presencia real y salvadora, que sería el verdadero tesoro que habríamos de ofrecer al hermano.

De este modo, tendemos a reducir la presencia del Señor, lo que significa su venida, a los contenidos que nos aporta: las verdades, las palabras bonitas, los sentimientos compasivos y religiosos —siempre acomodados al marco de la mentalidad actual. Éstos contenidos serían para todos, pero Él, en cambio, no. Olvidamos que el don verdadero es el de su Persona, de su Amor, del que nos vienen todas las cosas, que pierden vida e importancia sin Él; sin Él y sin mí, sin nosotros, a cuyo encuentro vino el Señor.

Dejamos en un segundo plano esta dimensión personal; pero con ello relegamos también la propia vocación, la historia con Él, en medio de su Pueblo, en nombre de contenidos generales, correctos, útiles.

Esta no es solo una debilidad personal, sino un desplazamiento en los planteamientos fundamentales. Es un gran desafío cultural, la forma concreta en que

acontece para nosotros la reinterpretación la figura de Jesús: conservando contenidos, pero separados de Él. Esta reducción moderna del significado de Jesús a contenido de razón, a verdades metafísicas, principios éticos o sentimientos piadosos, deja a Jesús en el pasado como una figura asimilable a otras, de la que podemos saber muchas cosas, pero perteneciente a otro tiempo. Hoy estarían vigentes los contenidos que pueden valorarse convenientemente en nuestro mundo.

Pero así no brota la fe ni la esperanza, no hay novedad real en el presente. Pues aunque habláramos con la mejor intención y dijésemos cosas acertadas y bellas, siempre serían sólo palabras nuestras y nosotros no podemos hacer nacer algo más grande que nosotros mismos. Permaneciendo Jesús en el pasado, sabemos que no podemos pretender ninguno de nosotros ser la verdad del otro y, siendo honestos, no ponemos en primer plano nuestra persona, nuestro testimonio, sino que callamos sobre nosotros mismos y exponemos verdades generales y universales.

De esta manera, desaparece la experiencia cristiana propiamente dicha. Sin una relación viva con Cristo, proponemos los contenidos desde una vida que no es diversa a la que todos tienen. Y son recibidos como una teoría, una doctrina sobre la vida y, al final, como una exigencia, unas indicaciones que recuerdan al otro desde fuera sus deberes. La libertad no solo no podrá creer en Cristo, que no se le propone, sino que responderá: ¿por qué debo hacerte caso? A mí me importa mi vida y tú no estás hablando de mí, sino que me estás dando reglas, y ya hay demasiadas para mi gusto.

Si no hay una novedad de vida, si Cristo no permite que se realice algo nuevo y grande, divino, en el mundo, no es posible la adhesión de la fe, ni nace una esperanza que ilumine la vida.

Y así, si no evitamos caer en este error, si no dejamos llevar por esta gran propuesta moderna de reinterpretación del cristianismo, trabajaremos y nos cansaremos, pero sin mucho éxito, sin la esperanza que brota de los signos de una vida plena, del encuentro, la amistad, la alegría.

Lo más importante es, pues el encuentro con Cristo y mi persona, mi yo que vive y sufre en el tiempo, y tu persona, a la que quiero hablar, por cuya salvación he asumido al ministerio.

Conclusión

Esta novedad real de vida, aportada por Cristo, anunciada por los profetas, esperada por los justos, es proclamada en el Adviento, que nos invita a prepararnos para saber recibirla, a vigilar para no perderla de vista entre los afanes de la vida.

Se manifestará ya en el presente de muchas maneras a quien sepa acogerla, en signos de esperanza que son hoy consuelo y alegría, pero también promesa de plenitud, que ponen nuestra vida y nuestra historia en el horizonte del bien definitivo.

Se llena así de valor e intensidad el tiempo presente, que vivimos como una misión que participa de la de Jesús, el Salvador del mundo. Y nuestra mirada sobre la propia persona y la del prójimo, sobre el valor del presente y del futuro, queda iluminada por la luz de la esperanza.

Cada uno de nosotros puede observarlo a partir de su experiencia; y, en primer lugar, en la memoria de la propia vocación, del encuentro con Cristo, de la propia historia, de los modos en que se hizo personal nuestra fe.

Pero se manifiesta en la oración, en la conciencia clara del sentido verdadero de lo que hago, y en el cuidado de los gestos, como expresión de fe y de caridad profunda (Carlos Borromeo).

Renovamos también la esperanza cuando cuidamos la pertenencia a la Iglesia, en una forma histórica concreta; por ejemplo, en una determinada modalidad espiritual, en la fraternidad sacerdotal, participando en sus gestos. La prioridad de nuestra pertenencia a la Iglesia, en un lugar y una historia, es la prioridad de Cristo; pues me asegura que no nos referimos simplemente a nosotros mismos, sino a su presencia, externa, histórica, verdadera.

Todos los aspectos de una novedad real de vida, pequeños y grandes, siempre milagrosos, se nos ofrecen como motivo de esperanza, si tenemos los ojos para verlos, si el afecto está despierto y encuentran eco en mi persona, viva e interesada.

Pensemos, por ejemplo, en la viuda pobre del Evangelio, la visitación de María. Pero es elocuente también el matrimonio vivido en fidelidad, la muerte o la

enfermedad afrontadas con fe, poniéndose en manos del Señor, la entrega callada e incansable de quien ama; pero igualmente quien educa en la fe, quien sacrifica, etc., Por supuesto, brilla de modo único el testimonio de los Mártires, ejemplos conmovedores de fe, esperanza y caridad.

Pero igualmente todos los carismas, grandes y pequeños, son modalidades en que el Espíritu manifiesta la vida nueva del Señor en el tiempo, en modos adecuados a nuestras circunstancias y a nuestro temperamento.

Celebrar un año más el Adviento nos recuerda que estamos en una historia y en una Alianza nueva, a 2025 años de la Encarnación del Señor, del inicio del tiempo definitivo de gracia para el mundo. Esta es nuestra esperanza.

Existe realmente en el mundo una vida nueva, personal y eclesial, que no es del mundo (Jn 15, 19; 17, 16), pero está en él (Jn 17, 11). Una presencia cristiana que no ha de retirarse del mundo (Jn 17, 15), sino que es enviada por el Señor mismo al mundo (Jn 17, 18; Mc 16, 15) como testimonio del Amor de Dios y como signo e instrumento de verdadera esperanza para el corazón abierto a reconocerla.

Felicitación de Navidad

Celebramos un año más la fiesta de la Navidad. Es el día del nacimiento del Hijo de Dios en Belén, del Niño Jesús. Lo vemos en brazos de María y con San José.

Todos vamos hacia la Navidad con un sentimiento de hogar. Y es con motivo; porque, en realidad, aquí, ante esta Familia Sagrada, estamos todos en nuestra propia casa. A ninguno de nosotros se nos dirá que no estamos en nuestro sitio. Somos queridos por Aquel que envió a su Hijo al mundo. Es Dios nuestro Padre quien nos quiere, quien nos ama, y nos lo muestra aquí. Y nosotros percibimos que somos familia, que estamos en nuestro verdadero hogar.

En este mundo vale mucho poder decir eso; porque a veces estamos muy lejos unos de otros, por guerras, por peleas, por injusticias.

Pero ante el portal de Belén estamos todos y cada uno en nuestro hogar. Y se nos llena de alegría el corazón, pensando en nuestros orígenes, en nuestra familia, en el amor de Dios y de nuestros padres. Y comprendiendo que así es también nuestro destino; porque el que nace, nuestro Salvador, es Aquel que ha reconstituido la casa que es de verdad propia de todos, y nos lleva a cada uno al hogar definitivo.

Así que celebremos juntos con toda alegría: ¡muy feliz Navidad!

Felicitación de Nadal

Celebramos un ano máis a festa do Nadal. É o día do nacemento do Fillo de Deus en Belén, do Neno Xesús. Vémolo en brazos de María e con San Xosé.

Todos imos cara ao Nadal cun sentimento de fogar. E é con motivo; porque, en realidade, aquí, ante esta Familia Sagrada, estamos todos na nosa propia casa. A ningún de nós se nos dirá que non estamos no noso sitio. Somos queridos por Aquel que enviou ao seu Fillo ao mundo. É Deus o noso Pai quen nos quere, quen nos ama, e móstranolo aquí. E nós percibimos que somos familia, que estamos no noso verdadeiro fogar.

Neste mundo vale moito poder dicir iso; porque ás veces estamos moi lonxe uns doutros, por guerras, por pelexas, por inxustizas.

Pero ante o portal de Belén estamos todos e cada un no noso fogar. E énchenos de alegría o corazón, pensando nas nosas orixes, na nosa familia, no amor de Deus e dos nosos pais. E comprendendo que así é tamén o noso destino; porque o que nace, o noso Salvador, é Aquel que reconstituíu a casa que é de verdade propia de todos, e lévanos a cada un ao fogar definitivo.

Así que celebremos xuntos con toda alegría: moi bo Nadal!

Homilía de clausura del Año Jubilar Romano de 2025

Queridos hermanos,

Nos encontramos reunidos aquí como fieles cristianos, provenientes de muchos lugares de nuestra diócesis de Lugo, en el día de la Sagrada Familia, convocados por el Santo Padre, el papa León XIV, a celebrar juntos la clausura del Año Jubilar Romano de 2025.

Concluye así un evento en el que hemos celebrado de forma singular el nacimiento del Hijo de Dios, como inicio del tiempo nuevo de la gracia, en el que se nos concede el perdón de nuestras deudas, la reconciliación con Dios y con los hermanos, y la paz verdadera.

El amor del Padre lo ha hecho, que ha enviado a su Hijo al mundo, no para condenarlo, sino para salvarlo; y el amor del Hijo, de Jesús, manifiesto en la ternura de la Navidad y que llegará hasta el sacrificio de sí mismo, a fin de ser para todos ya desde ahora el camino de la verdad y de la vida. El amor lo ha hecho y la misericordia, la caridad infinita del Padre y del Hijo, el aliento y el fuego de su Espíritu.

Somos partícipes de esta historia de salvación, iniciada hace 2025 años con el nacimiento del Señor Jesús; porque así quiso Dios cumplir sus promesas y llevar a cabo su designio de paz y no de aflicción. El Año Jubilar nos ha recordado que las deudas están pagadas, que ha venido nuestro Redentor, que ya no estamos solos o abandonados, sino llamados a caminar siempre juntos, como miembros de su Pueblo.

El Espíritu Santo nos ayuda a entender este misterio divino de amor, revelado plenamente en Jesús; nos hace sentir amados y perdonados, con una indulgencia sin límite; nos alienta y guía para vivir como protagonistas, cada uno, en esta gran historia de amor y salvación manifestada en Belén y que es la esperanza del mundo.

Hoy clausuramos aquí el Jubileo romano, en la fiesta litúrgica de la Sagrada Familia, que se nos presenta como una indicación para el camino. Al contemplarla, la sentimos como algo propio, como el inicio y el rostro plenamente humano de la historia en que nos encontramos hoy. Sabemos de quién somos, rescatados y abrazados por el Señor Jesús, hechos hijos con Él del verdadero y eterno Padre, teniendo con Él a María como Madre, para vivir reconciliados una fraternidad verdadera, que supera el pecado, con sus consecuencias dañinas de odio y división.

Todas las parroquias de nuestra Diócesis son presencia de este Pueblo de Dios en Lugo. En todas, nuestras familias desde antiguo y hoy nosotros participamos de esta esperanza inmensa, de la pertenencia a esta compañía buena en la que encontramos perdón para nuestros pecados, consuelo en los momentos oscuros, fortaleza ante las dificultades y los retos; y sobre todo esperanza y luz para el camino, una palabra verdadera que orienta nuestra conciencia y la manera de afrontar la vida.

No estamos solos. Nuestro horizonte no es la tristeza, las dudas sin fin de quien no sabe a dónde va, el desconuelo de una vida en lucha constante unos contra otros. Formamos parte de una Familia Sagrada, revelada en Belén y ya universal, que se ha extendido a nuestra tierra, a nuestras comunidades, parroquias y santuarios. Echó raíces entre nosotros hace muchos siglos y se convirtió en nuestro patrimonio. Conformó la comprensión del mundo y de Dios, la forma de las relaciones personales, como familias y como pueblo; sustentó nuestra esperanza en esta vida y también ante la muerte; se hizo nuestra cultura.

El Jubileo, en este sentido, ha sido como una llamada a volver a nuestra casa y a nuestra tradición, y a renovarla; pero recordándonos que esto sólo se puede hacer desde el corazón, con la fe y la esperanza recuperada de la propia persona, ciertos del bien y de la verdad que nos vienen del Señor, que salva al mundo y a cada uno de nosotros.

El año 2025 termina, pero no la misericordia y la gracia, la historia vivida en comunión con el Señor Jesús. El que ha nacido en Belén, ha muerto en la cruz y ha resucitado, permanece con nosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Nos acompaña como Cabeza de su Iglesia, con su Palabra y sus sacramentos, como Buen Pastor. Su presencia es real de modo singular en la Santísima Eucaristía, como celebramos especialmente en nuestra Diócesis y en esta Catedral.

Hoy, ante la exposición permanente de Jesús Sacramentado en nuestro Altar mayor, recordamos que tenemos también el privilegio de una indulgencia plenaria cotidiana y perpetua, de poder recibir la misma gracia extraordinaria que nos ha ofrecido el Año Santo, en Roma y en nuestros santuarios.

Aquí profesamos firmemente que la Santísima Eucaristía es el centro de nuestra fe cristiana. Sabemos que cuando celebramos juntos la Santa Misa, en las circunstancias más cotidianas y en el templo más humilde, está realmente presente con nosotros el Señor Jesús, con todas las riquezas de su amor y de su gracia. Hacemos memoria de su historia, que culmina en la resurrección, y es ya también la nuestra; caminamos a la luz de su palabra, rezamos como Él nos enseñó, participamos del sacrificio en la cruz como el hecho decisivo de su vida, como la forma que toma el amor que quita el pecado y lleva hasta Dios. Y así vivimos en comunión con Él y en comunión con nuestros hermanos, en una unidad reconciliada.

Demos testimonio de nuestra fe y nuestra esperanza. Que nuestra presencia, en nuestras parroquias, sea la de una casa de puertas abiertas, regida por la caridad, que anuncie a todos la posibilidad de la reconciliación y el perdón de los pecados, de una amistad nueva, por obra del Redentor, del amor de Dios. Demos testimonio de la dignidad de hijos que hemos recibido, que todos necesitamos recordar y en primer lugar los más pobres, abandonados y descartados. Cuidemos al débil y necesitado, defendamos la justicia y el derecho; para que no se imponga la ley del más fuerte, la arrogancia y la mentira. Abramos caminos de paz.

El Jubileo nos ha recordado que vivimos en un tiempo de gracia, de reconciliación y de paz. Este testimonio, la presencia de este Pueblo nacido por la Encarnación del Hijo de Dios hace 2025 años, es urgente en nuestro mundo,

que, olvidada muchas veces la fe de sus mayores, parece privilegiar estrategias de división y de guerra. Pero es imprescindible también para nuestro camino personal en la vida, para la felicidad y la salvación de cada uno.

Que San José y la Santísima Virgen María intercedan por nosotros, para que vivamos como miembros de esta gran familia cristiana; para que seamos en el mundo un hogar abierto y acogedor, testigos de la misericordia divina, constructores de paz en nuestro tiempo.

Homilía de clausura do Ano Xubilar Romano de 2025

Queridos irmáns,

Atopámonos reunidos aquí como fieis cristiáns, provenientes de moitos lugares da nosa diocese de Lugo, no día da Sagrada Familia, convocados polo Santo Padre, o papa León XIV, a celebrar xuntos a clausura do Ano Xubilar Romano de 2025.

Conclúe así un evento no que celebramos de forma singular o nacemento do Fillo de Deus, como inicio do tempo novo da graza, no que se nos concede o perdón das nosas débedas, a reconciliación con Deus e cos irmáns, e a paz verdadeira.

O amor do Pai fíxoo, que enviou ao seu Fillo ao mundo, non para condenalo, senón para salvalo; e o amor do Fillo, de Xesús, manifesto na tenrura do Nadal e que chegará ata o sacrificio de si mesmo, a fin de ser para todos xa desde agora o camiño da verdade e da vida. O amor fíxoo e a misericordia, a caridade infinita do Pai e do Fillo, o alento e o lume do seu Espírito.

Somos partícipes desta historia de salvación, iniciada hai 2025 anos co nacemento do Señor Xesús; porque así quixo Deus cumprir as súas promesas e levar a cabo o seu designio de paz e non de aflición. O Ano Xubilar lembrounos que as débedas están pagas, que veu o noso Redentor, que xa non estamos sos ou abandonados, senón chamados a camiñar sempre xuntos, como membros do seu Pobo.

O Espírito Santo axúdanos a entender este misterio divino de amor, revelado plenamente en Xesús; fainos sentir amados e perdoados, cunha indulxencia sen

límite; aléntanos e guía para vivir como protagonistas, cada un, nesta gran historia de amor e salvación manifestada en Belén e que é a esperanza do mundo.

Hoxe clausuramos aquí o Xubileu romano, na festa litúrxica da Sagrada Familia, que se nos presenta como unha indicación para o camiño. Ao contemplala, sentímola como algo propio, como o inicio e o rostro plenamente humano da historia en que nos atopamos hoxe. Sabemos de quen somos, rescatados e abrazados polo Señor Xesús, feitos fillos con El do verdadeiro e eterno Pai, tendo con El a María como Nai, para vivir reconciliados unha fraternidade verdadeira, que supera o pecado, coas súas consecuencias daniñas de odio e división.

Todas as parroquias da nosa Diocese son presenza deste Pobo de Deus en Lugo. En todas, as nosas familias desde antigo e hoxe nós participamos desta esperanza inmensa, da pertenza a esta compañía boa na que atopamos perdón para os nosos pecados, consolo nos momentos escuros, fortaleza ante as dificultades e os retos; e sobre todo esperanza e luz para o camiño, unha palabra verdadeira que orienta a nosa conciencia e a maneira de afrontar a vida.

Non estamos sos. O noso horizonte non é a tristeza, as dúbidas sen fin de quen non sabe onde vai, o desconsolo dunha vida en loita constante uns contra outros. Formamos parte dunha Familia Sagrada, revelada en Belén e xa universal, que se estendeu á nosa terra, ás nosas comunidades, parroquias e santuarios. Botou raíces entre nós hai moitos séculos e converteuse no noso patrimonio. Conformou a comprensión do mundo e de Deus, a forma das relacións persoais, como familias e como pobo; sustentou a nosa esperanza nesta vida e tamén ante a morte; fíxose a nosa cultura.

O Xubileu, neste sentido, foi como unha chamada para volver á nosa casa e á nosa tradición, e a renova-la; pero lembrándonos que isto só se pode facer desde o corazón, coa fe e a esperanza recuperada da propia persoa, certos do ben e da verdade que nos veñen do Señor, que salva ao mundo e a cada un de nós.

O ano 2025 termina, pero non a misericordia e a graza, a historia vivida en comunión co Señor Xesús. O que naceu en Belén, morreu na cruz e resucitou, permanece connosco todos os días, ata o fin do mundo. Acompáñanos como Cabeza da súa Igrexa, coa súa Palabra e as seus sacramentos, como Bo Pastor. A súa presenza é real de modo singular na Santísima Eucaristía, como celebramos especialmente na nosa Diocese e nesta Catedral.

Hoxe, ante a exposición permanente de Xesús Sacramentado no noso Altar maior, lembramos que temos tamén o privilexio dunha indulxencia plenaria cotiá e perpetua, de poder recibir a mesma graza extraordinaria que nos ofreceu o Ano Santo, en Roma e nos nosos santuarios.

Aquí profesamos firmemente que a Santísima Eucaristía é o centro da nosa fe cristiá. Sabemos que cando celebramos xuntos a Santa Misa, nas circunstancias máis cotiás e no templo máis humilde, está realmente presente connosco o Señor Xesús, con todas as riquezas do seu amor e da súa graza. Facemos memoria da súa historia, que culmina na resurrección, e é xa tamén a nosa; camiñamos á luz da súa palabra, rezamos como El nos ensinou, participamos do sacrificio na cruz como o feito decisivo da súa vida, como a forma que toma o amor que quita o pecado e leva ata Deus. E así vivimos en comunión con El e en comunión cos nosos irmáns, nunha unidade reconciliada.

Demos testemuño da nosa fe e a nosa esperanza. Que a nosa presenza, nas nosas parroquias, sexa a dunha casa de portas abertas, rexida pola caridade, que anuncie a todos a posibilidade da reconciliación e o perdón dos pecados, dunha amizade nova, por obra do Redentor, do amor de Deus. Demos testemuño da dignidade de fillos que recibimos, que todos necesitamos lembrar e en primeiro lugar os máis pobres, abandonados e descartados. Coidemos ao débil e necesitado, defendamos a xustiza e o dereito; para que non se imponha a lei do máis forte, a arrogancia e a mentira. Abramos camiños de paz.

O Xubileu lembrounos que vivimos nun tempo de graza, de reconciliación e de paz. Este testemuño, a presenza deste Pobo nado pola Encarnación do Fillo de Deus hai 2025 anos, é urxente no noso mundo, que, esquecida moitas veces a fe dos seus maiores, parece privilexiar estratexias de división e de guerra. Pero é imprescindible tamén para o noso camiño persoal na vida, para a felicidade e a salvación de cada un.

Que San Xosé e a Santísima Virxe María intercedan por nós, para que vivamos como membros desta gran familia cristiá; para que sexamos no mundo un fogar aberto e acolledor, testemuñas da misericordia divina, construtores de paz no noso tempo.

Decretos



Nos, Dr. D. Alfonso Carrasco Rouco,

por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica, Obispo de Lugo

Por el presente decreto y en uso de nuestra potestad ordinaria, ante la proximidad del día 16 de noviembre de 2025, fecha en que, conforme al art. 20 del *Estatuto-Directorio de Arciprestes*, se cumple el quinquenio para el que fueron nombrados los actuales Arciprestes y Vicariprestes de la diócesis de Lugo,

DECRETO

Que se proceda a la consulta preceptiva, a tenor de los artículos 3-11 del *Estatuto-Directorio de Arciprestes*, a fin de proceder a la renovación del Colegio de Arciprestes con el nombramiento de los Arciprestes y Vicariprestes de los 10 arciprestazgos de la diócesis:

Abeancos-Ulloa, Becerréa, Bolaño-Fonsagrada, Chantada, Cotos de Lugo Derecha, Cotos de Lugo Izquierda, Deza, Lugo, Monforte y Sarria-Samos.

La consulta se realizará del siguiente modo:

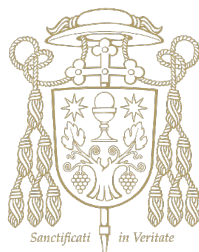
- 1º. Se enviarán sobres con papeletas a los actuales arciprestes para que recojan la propuesta de cada uno de los sacerdotes que deben ser consultados.
- 2º. Cada sacerdote, escribirá en la papeleta la propuesta de un candidato para Arcipreste y otro para Vicaripreste, cerrará el sobre y se lo entregará al actual arcipreste, que hará llegar los sobres cerrados con las propuestas a Vicaría General antes del día 20 de octubre, donde tendrá lugar su escrutinio y se levantará acta para entregar al Sr. Obispo.

Este decreto entrará en vigor con su publicación en la página web de la Diócesis de Lugo (can. 8 §2)

Dado en Lugo, Ciudad del Sacramento, a 26 de septiembre de 2025.

+ Alfonso Carrasco Rouco
Obispo de Lugo

Por mandato de S.E. Rvdma.
José Manuel Penela Campos
Canciller-Secretario



Prot. n.º: 173/2025

Nos, Dr. D. Alfonso Carrasco Rouco, por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica, Obispo de Lugo

Habiendo recibido la solicitud por parte de la Comisión para la reforma del Reglamento de Cementerios y contando con el parecer favorable del Consejo Presbiteral. Atendidas las razones aducidas de insuficiencia de la normativa de cementerios actual, y en previsión de su reforma,

DECRETO

La suspensión temporal de la concesión de títulos de usufructo para la edificación de nuevas sepulturas en los cementerios parroquiales de la Diócesis de Lugo, así como el cambio de titularidad por transmisión tanto inter vivos como *mortis causae* cuando dicha transmisión implique una concesión *ex novo*. No se perjudicarán en ningún caso los derechos adquiridos si consta la concesión. Si concurriese una urgencia grave se procurará dar una solución justa para el caso concreto, habilitando al Canciller-Secretario para conceder títulos de usufructo por un tiempo inferior al establecido en la normativa en vigor. Dicha suspensión se extenderá durante el tiempo de seis meses desde la entrada en vigor de este decreto.

Dado en Lugo, Ciudad del Sacramento, a 17 de noviembre de 2025.

+ Alfonso Carrasco Rouco

Obispo de Lugo

Por mandato de S.E. Rvdma.
Rubén Ponce Díaz
Canciller-Secretario



Prot. nombramientos n.º: 038/2025

Nos, Dr. D. Alfonso Carrasco Rouco, por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica, Obispo de Lugo

Habiendo transcurrido el tiempo para el que fueron nombrados los actuales Arciprestes y Vicariprestes, de acuerdo con el c. 553 §2 del CIC y después de seguir el procedimiento previsto por los art. 3-11 del Estatuto-Directorio de Arciprestes de la Diócesis de Lugo, por el presente Decreto,

NOMBRAMOS

Para el Oficio de Arciprestes y Vicariprestes a los siguientes sacerdotes:

1. Arciprestazgo de Abeancos - Ulloa:
 - Arcipreste: Rvdo. D. Manuel Otero Méndez
 - Vicaripreste: Rvdo. D. Carlos Jesús Sánchez Márquez
2. Arciprestazgo de Becerreá:
 - Arcipreste: Rvdo. D. Antonio Agra Salgado
 - Vicaripreste: Rvdo. D. José Río Ramilo
3. Arciprestazgo de Bolaño - Fonsagrada:
 - Arcipreste: Rvdo. D. Miguel Ángel Álvarez Pérez
 - Vicaripreste: Rvdo. D. Miguel Asorey Otero
4. Arciprestazgo de Chantada:
 - Arcipreste: Rvdo. D. Alejandro Asorey Novoa
 - Vicaripreste: Rvdo. D. Jean de Dieu Kimenyi Nkaka
5. Arciprestazgo de Cotos de Lugo Derecha:
 - Arcipreste: Rvdo. D. Ramón Álvarez Varela
 - Vicaripreste: Rvdo. D. Francisco Moreiras Calvo

6. Arciprestazgo de Cotos de Lugo Izquierda:
 - Arcipreste: Rvdo. D. Eduardo Funcasta Teijeiro
 - Vicearcipreste: Rvdo. D. Rubén Ponce Díaz

7. Arciprestazgo de Deza:
 - Arcipreste: Rvdo. D. José Criado Sánchez
 - Vicearcipreste: Rvdo. D. Emilio Alvito García Fente

8. Arciprestazgo de Lugo:
 - Arcipreste: Rvdo. D. José Antonio Ferreiro Varela
 - Vicearcipreste: Rvdo. D. Alberto Leiva Torreiro

9. Arciprestazgo de Monforte:
 - Arcipreste: Rvdo. D. Rafael Mella Vázquez
 - Vicearcipreste: Rvdo. D. José Luis Vázquez Coego

10. Arciprestazgo de Sarria:
 - Arcipreste: Rvdo. D. Julio Jorge Fernández Doval
 - Vicearcipreste: Rvdo. D. José Luis González Regueiro

Desempeñarán su oficio por un período de tiempo de cinco años. Confíen para el desempeño de esta misión pastoral en la oración de la Iglesia y en la bendición de su Obispo.

Dado en Lugo, Ciudad del Sacramento, el 12 de diciembre de 2025,
memoria de la Bienaventurada Virgen María de Guadalupe.

+ Alfonso Carrasco Rouco
Obispo de Lugo

Por mandato de S.E. Rvdma.
Rubén Ponce Díaz
Canciller-Secretario

CURIA DIOCESANA



Cancillería

Nombramientos

- 19/10/2025 Javier Dorante Leal
Administrador parroquial de Nosa Señora do Rosario de Sarria, San Vicenzo Betote, San Estevo de Calvor, Santiago de Castelo dos Infantes, San Xoán de Fafián, San Martiño de Fontao, San Miguel de Frollais, Santa María de Lier, San Martiño de Lou-seiro, San Miguel de Monseiro, San Estevo de Reiriz, San Pedro de Seteventos, San Vicenzo de Toldaos y San Salvador de Vilar de Sarria
- 22/10/2025 Rubén Ponce Díaz
Canciller-Secretario General
- 22/10/2025 José Manuel Penela Campos
Vicario Judicial (6 años)
- 16/11/2025 Marcos Torres Gómez
Párroco de la Unidad nº 1 de la Zona de Abeancos (6 años)
- 16/11/2025 Carlos Jesús Sánchez Márquez
Administrador parroquial de Santa María de Barazón, San Pedro de Belmil, San Pelaxio de Niñodaguía, Santa María de Novela, Santo Estevo de Pezobrés, San Xoán de Ponte Arcediago, Santa Eulalia de Rairiz, Santa María de Santiso y Santa Eulalia de Serantes

- 16/11/2025 Evanán Enrique González Atencio
Administrador parroquial de las Unidades Patorales 3 y 4 y de las siguientes parroquias de la Unidad Pastoral Nº 2: San Cosme de Beigondo, San Cristovo de Pezobre, San Vicenzo de Ribadulla, San Pedro de San Román y San Xoán de Visantóña, en la Zona de Abeancos en el Arciprestazgo de Abeancos-A Ulloa
- 16/11/2025 Evanán Enrique González Atencio
Vicario parroquial de la Unidad Pastoral nº1 de la zona de Abeancos en el arciprestazgo de Abeancos-A Ulloa
- 16/11/2025 Carlos Jesús Sánchez Márquez
Vicario parroquial de la Unidad Pastoral nº 1 de la zona de Abeancos en el arciprestazgo de Abeancos-A Ulloa
- 16/11/2025 José Criado Sánchez
Párroco-Moderador de Santa María das Dores de Lalín y Unidas
- 16/11/2025 José Ramón Pena Taboada
Párroco in solidum - miembro de Santa María das Dores de Lalín y Unidas
- 16/11/2025 Santiago Lillo Ortiz
Vicario Parroquial de Santa María das Dores de Lalín y Unidas
- 16/11/2025 José Antoino Salgado Agromartín
Adscrito a Santa María das Dores de Lalín
- 02/11/2025 Ignacio Felpeto Criado
Vicario parroquial de San Francisco Javier de Lugo
- 2/11/2025 Rubén Ponce Díaz
Administrador parroquial de San Cibrao de Aspai, San Vicenzo de Candai, San Pedro de Martul, y Santa María de Vicinte
- 22/11/2025 José Pérez Barreiro
Administrador parroquial de San Pedro de Ansemil, Santiago de Breixa, Santa María de Carboeiro, San Mamede do Castro,

San Salvador de Escuadro, San Fiz de Margaride, San Cristovo de Martixe, San Martiño de Negreiros, San Xoán de Saídres, y San Martiño de Vilar

- 22/11/2025 José Catanga (MS)
Administrador parroquial de Santa María de Abades, San Salvador de Cervaña, San Miguel de Lamela, San Tirso de Manduas, Santa María de Merza, San Mamede de Moalde, San Martiño de Pazos, San Xiao de Piñeiro, San Martiño de Rellas, y san Cibrao de Chapa
- 22/11/2025 José Pérez Barreiro
Renovación del nombramiento de párroco de Silleda (6 años)
- 28/11/2025 Salomón Andrés Nakhel Akel
Secretario y Notario-Actuario del Tribunal
- 12/12/2025 Arciprestes y Vicearciprestes
- Arciprestazgo de Abeancos-Ulloa:
Arcipreste: Rvdo. D. Manuel Otero Méndez
Vicearcipreste: Rvdo. D. Carlos Jesús Sánchez Márquez
 - Arciprestazgo de Becerreá:
Arcipreste: Rvdo. D. Antonio Agra Salgado
Vicearcipreste: Rvdo. D. José Río Ramilo
 - Arciprestazgo de Bolaño-Fonsagrada:
Arcipreste: Rvdo. D. Miguel Ángel Álvarez Pérez
Vicearcipreste: Rvdo. D. Miguel Asorey Otero
 - Arciprestazgo de Chantada:
Arcipreste: Rvdo. D. Alejandro Asorey Novoa
Vicearcipreste: Rvdo. D. Jean de Dieu Kimenyi Nkaka
 - Arciprestazgo de Cotos de Lugo Dereita:
Arcipreste: Rvdo. D. Ramón Álvarez Varela
Vicearcipreste: Rvdo. D. Francisco Moreiras Calvo

- Arciprestazgo de Cotos de Lugo Esquerda:
Arcipreste: Rvdo. D. Eduardo Funcasta Teijeiro
Vicearcipreste: Ilmo. Sr. D. Rubén Ponce Díaz
- Arciprestazgo de Deza:
Arcipreste: Rvdo. D. José Criado Sánchez
Vicearcipreste: Rvdo. D. Emilio Alvito García Fente
- Arciprestazgo de Lugo:
Arcipreste: Rvdo. D. José Antonio Ferreiro Varela
Vicearcipreste: Rvdo. D. Alberto Leiva Torreiro
- Arciprestazgo de Monforte:
Arcipreste: Rvdo. D. Rafael Mella Vázquez
Vicearcipreste: Rvdo. D. José Luis Vázquez Coego
- Arciprestazgo de Sarria:
Arcipreste: Rvdo. D. Julio Jorge Fernández Doval
Vicearcipreste: Rvdo. D. José Luis González Regueiro

Defunciones

- 18/09/2025 D. Ramón Rodríguez González
Sacerdote de Penarrubia
- 01/10/2025 D. José Raúl Vázquez Diéguez
Jubilado
- 04/11/2025 D. José Otero Seijas
Jubilado
- 11/11/2025 D. Ángel Castro Granja
Jubilado
- 10/12/2025 D. Manuel Villar Diéguez
Jubilado

Necrológicas

Rvdo. D. Ramón Rodríguez González

El Rvdo. D. Ramón Rodríguez González nació en la Parroquia de Santo Estevo de Valcarría (Viveiro, Lugo) el día 14 de agosto de 1936. Después de realizar los Estudios Eclesiásticos en el Seminario Diocesano de Lugo fue ordenado presbítero el día 23 de agosto de 1964 por el Dr. D. Antonio Ona de Echave. El mismo año de su ordenación es nombrado ecónomo de San Pedro de Herne en el municipio de Negueira de Muñiz, en el límite con Asturias, y en la comarca de A Fonsagrada. Allí realizó una gran labor con los feligreses a los que más tarde acompañó a la Parroquia de Matodoso, en Castro de Rey, por el fenómeno de la colonización por el que se crearon en la Terra Chá nuevos pueblos, entre ellos Matodoso con su nueva parroquia.

A petición del entonces obispo de Mondoñedo-El Ferrol, Dr. D. Jacinto Argaya Goicoechea, el Obispo de Lugo, en atención a las circunstancias que concurrían en este caso, dio la autorización oportuna para que D. Ramón se encargase de la nueva parroquia conforme a los deseos que manifestaron también los Directivos de la Colonización.

En 1998, de nuevo ya en la Diócesis de Lugo, se le nombra Administrador Parroquial de Santiago de Cobas, San Pedro de Laxes, Santiago de Pousada y San Martín de Verselos, todas ellas en el municipio de Baralla. En el año 1999 se le nombra también Administrador parroquial de Santo Tomás de Lebruxo. En abril del año 2006 se encarga de San Jorge de Vale y en el 2012 de Santiago de Aranza y Santa María de Pol. Finalmente, en febrero del año 2014, se hace también cargo de las parroquias de Santa María de Cascallá, San Xoán de Piedrafita de Camporredondo, San Miguel de Neira de Rei, Santa María de Penarrubia y San Pedro de San Martín de Neira de Rei.

En Matodoso, fundó una escuela de la Ciudad de los Muchachos, cuidando la formación y la educación de los niños de la zona; y en Baralla, colaboró con

gran ilusión en la pastoral de los ancianos promoviendo la construcción de la actual residencia San Vitorio, en la actualidad de la Fundación San Rosendo.

Trabajador incansable y siempre preocupado por el cuidado de sus feligreses, a pesar de su débil salud, continuó siempre y en todo momento, con su labor pastoral.

Cuidado con cariño y acompañado por su familia, fallecía en la paz de Dios el día 18 de septiembre en el Hospital Universitario de Lugo. Descanse en paz.

Nota: El funeral por su eterno descanso tuvo lugar el día 19 de septiembre en la parroquia de Santa María Magdalena de Baralla a las 17.00 horas presidido por el Sr. Obispo de la Diócesis, Dr. D. Alfonso Carrasco.

Rvdo. D. José Raúl Vázquez Diéguez

El Rvdo. D. José Raúl Vázquez Diéguez nació en la Parroquia de San Esteban de Cartelos el día 21 de marzo de 1935 en una familia numerosa de ocho hermanos. Con 10 años ingresa en el Seminario Diocesano de Lugo y después de realizar los Estudios Eclesiásticos fue ordenado sacerdote por D. Antonio Ona de Echave, siendo este Obispo Auxiliar en la Diócesis. El mismo relataba que fue muy feliz en el Seminario y que guardaba muy buenos recuerdos, aunque ingresaron 130 y fueron ordenados 33. De su estancia formativa destaca el compañerismo y la amistad que de allí surgió y que siempre mantuvieron los compañeros quienes le apodaban «el joven» por su carácter siempre alegre y jovial. Allí también comenzó a germinar su vocación de emprendedor de actividades sociales y económicas. Ya en el Seminario representaba a una empresa catalana que hacía sotanas y contaba que lo que ganó entonces lo invirtió en una máquina de escribir.

Después de su ordenación sacerdotal en marzo de 1958, es nombrado ecónomo de San Juan de Padornelo y encargado de San Esteban de Liñares en Piedrafita del Cebreiro, en agosto del mismo año. En el año 1961 es trasladado a San Juan de Sixto, en el municipio de Dozón, y encargado de Santa María de Álceme en el municipio de Rodeiro. En 1968 se le nombra también Ecónomo de San Martín de Maceira en el municipio de Lalín. En noviembre de 1999 se

le nombra, de nuevo, Administrador Parroquial de Sixto. Desde el año 2001 fue miembro del Consejo Diocesano de Asuntos Económicos. Y desde el año 2018 hasta el 2024 Capellán de la Residencia de mayores Nosa Señora das Dores de Lalín, donde colaboraba también como miembro del Consejo de Administración.

Aficionado al deporte, especialmente al fútbol, que siempre practicó hasta que sus posibilidades físicas se lo permitieron, fue Presidente del Lalín cuando el equipo estaba en 2ª B y recuerda que, en O Cebreiro, todos los domingos después de misa se juntaban 400 jóvenes para practicar este deporte.

Cuidó del patrimonio, arregló todas las Iglesias y su entorno, de tal modo que siempre permaneció viva en él, su vocación de emprendedor fundando la empresa Avícola Tratante que hoy tiene más de 50 trabajadores.

Alto, atlético, bromista y generoso, siempre preocupado por su familia y por sus feligreses, decía que no se dio cuenta de que se estaba haciendo mayor hasta que cumplió 84 años. También ellos, los feligreses le hicieron múltiples homenajes, le dedicaron esculturas en sus parroquias y hoy le reconocen como un padre de todos. Galardonado como Lucense del Año, en el año 2007, por su gran labor empresarial y social, afirmaba que un sacerdote tiene un mensaje extraordinario que llevar a los demás, la Buena Nueva de Cristo que es siempre consuelo, felicidad, resurrección y esperanza para todos.

Que descanse en paz.

Nota: El funeral por su eterno descanso fue presidido por el Obispo de la Diócesis, Mons. Alfonso Carrasco Rouco en la Iglesia de Nuestra Señora de los Dolores de Lalín, el día 2 de octubre del año 2025.

Rvdo. D. José Otero Seijas

El Rvdo. D. José Otero Seijas nació en la Parroquia de San Miguel de Covelas (Castroverde) en una familia cristiana de cinco hermanos el día 13 de noviembre de 1939. Después de realizar los Estudios Eclesiásticos en el Seminario Diocesano de Lugo, fue ordenado sacerdote el día 11 de agosto de 1963 por el Dr. D. Antonio Ona de Echave. En ese mismo año es nombrado Coadjutor

de Santa María de Tuiriz y su unida Santa Eulalia en el municipio de Ferreira de Pantón. Tres años después, en el año 1966 se le nombra Vicario de Santa María de Lamas de Moreira en A Fonsagrada.

En el año 1968 substituye en el verano al capellán de emigrantes que ejercía en Delemont (Suiza) y en 1969 es destinado, por mediación del Delegado Diocesano de Migraciones, como Capellán de Emigrantes primero en Ginebra y después en Winterthur (Suiza), donde trabajó con ardor pastoral con los emigrantes españoles, realizando una gran labor social, de acogida y de catequesis, promoviendo también la formación bíblica y teológica. Durante su estancia en Suiza acompañó a los jóvenes en el proceso de formación para el sacramento de la Confirmación. Para ello, todos los años invitaba al Obispo Fr. José quien se desplaza a sus parroquias para visitar allí a los fieles y celebrar los sacramentos. Allí recibió el reconocimiento de todos los fieles y de los compañeros sacerdotes suizos, que valoraron siempre muy positivamente su trabajo y compromiso.

El año 2007 regresó a la Diócesis de Lugo y en el 2008 fue nombrado por D. Alfonso Carrasco, Delegado Episcopal de Santuarios y Peregrinaciones, cargo que ejerció hasta el año 2014 con buen hacer e ilusión promoviendo peregrinaciones y procurando la atención a los peregrinos en los distintos caminos de Santiago que atraviesan la Diócesis de Lugo. Durante este tiempo ayudó desinteresadamente a muchos compañeros haciendo substituciones en casos de enfermedad y vacaciones.

Durante su jubilación y su enfermedad, fue cuidado con cariño por su hermana Teresa con la que convivió desde su regreso a la Diócesis. Falleció en Lugo el pasado día 4 de noviembre después de recibir la Santa Unción. Descanse en paz.

Nota: El funeral por su eterno descanso tuvo lugar el jueves, día 6 a las 16.00 horas en su parroquia natal de San Miguel de Covelas presidido por el Sr. Obispo, el Dr. D. Alfonso Carrasco Rouco.

Rvdo. D. Ángel Castro Granja

El Rvdo. D. Ángel Castro Granja nació el día 19 de mayo de 1939 en la parroquia de Santa María de Noceda en el municipio de Lalín, Pontevedra.

Después de realizar los Estudios Eclesiásticos en el Seminario Diocesano de Lugo fue ordenado sacerdote el día 24 de junio de 1965 por el Dr. D. Antonio Ona de Echave.

En el año 1967 inicia su ministerio pastoral en la Parroquia de Santa María de A Regoa, en Monforte de Lemos. En 1982 es nombrado coordinador y responsable del Equipo Sacerdotal que atendía a diversas comunidades en la comarca de Becerreá: San Xoán de Becerreá, Santa María de San Lorenzo de Penamaior, San Xoán de Furco, Sancti Spíritus de Fontarón, San Cosme de Oselle y San Martiño de Cruzul. En 1985, asumió también el cargo de Ecónomo de San Lorenzo de Villarmiel y en ese mismo año fue designado Arcipreste de Ferreiros de Balboa, responsabilidad que ejerció de nuevo en 1990. En 1987, es nombrado Administrador Parroquial de Santa Eulalia de Guilfrei. Desde enero de 1984 continuó desempeñando su labor pastoral como Párroco de San Juan de Becerreá, San Pedro de Cadoalla, San Eulalia de Guilfrei y Santa Mariña de Vilouta hasta que, en octubre de 2020 se retiró a su parroquia natal con su familia por razones de salud.

Generoso y fiel, comprometido siempre con sus feligreses, falleció en la paz de Dios el día 11 de noviembre de 2025, en su tierra natal, acompañado por sus familiares y amigos que le cuidaron con cariño.

Nota: El miércoles, 12 de noviembre a las 16:30 en la Iglesia de Santa María de Noceda se celebró el funeral por su eterno descanso presidido por el Obispo, Mons. Alfonso Carrasco.

Rvdo. D. Manuel Villar Diéguez

El Rvdo. D. Manuel Villar Diéguez nació en la Parroquia de El Salvador de Escuadro el día 16 de diciembre de 1936 en el seno de una familia numerosa de 7 hijos. En el año 1947 ingresa en el Seminario. El mismo afirmaba que era cura «de carrera larga y de buena formación». Después de realizar los Estudios

Eclesiásticos en el Seminario Diocesano de Lugo fue ordenado presbítero en el año 1960 por el Dr. D. Antonio Ona de Echave siendo este Obispo Auxiliar de Lugo. En este mismo año es nombrado Ecónomo de San Pedro de Hernes en Negueira de Muñiz. En la década de los 60, Hernes, Ouviaño y otras parroquias quedaron aisladas por el embalse sin otra comunicación que las embarcaciones náuticas. Las capillas e iglesias que se salvaron de las aguas se convirtieron también en escuelas y centros sociales.

En 1964 se le traslada para Santa Marina de Librán y Santa María de Fonteio en Baleira donde permanece hasta el año 1970. Aquí, según manifestaba D. Manuel, se sintió muy realizado como sacerdote ya que tenía «fieles a quienes servir, enfermos que visitar, niños que catequizar y numerosos jóvenes con quienes dialogar». Se sintió muy acogido, querido y útil.

Pero le tiraba la tierra natal y en 1970 le destinan como Ecónomo de San Julián de Piñeiro (Silleda) y, dada la proximidad con Santiago de Compostela, decidió completar sus estudios filosófico-teológicos con los de Magisterio. En el año 1972 obtiene el título y ejerce también como maestro en el Instituto de Formación Profesional Ramón Aller de Lalín, enseñando Religión y otras asignaturas.

En Piñeiro construyó la rectoral. La mayor parte de la casa la construyó con sus propias manos, incluso la obra de carpintería y la electrificación. Sus compañeros le llamaban «milmañas».

En 1990 le encargan también de la parroquia de San María de Abades. En mayo de 1998 es nombrado Administrador Parroquial de Moalde y en febrero de 2007 Administrador Parroquial de El Salvador de Cervaña y San Miguel de Lamela.

Por razones de salud se jubila y vive con su familia donde fue cuidado y querido. Pero siguió colaborando con sus compañeros sacerdotes ya que siempre estaba disponible para servir donde se le llamase. Generoso, bueno, cercano y humilde era muy apreciado y querido por los feligreses. Descanse en paz.

Nota: El funeral por su eterno descanso tuvo lugar el día 11 de diciembre de 2025 en la Iglesia Parroquial de El Salvador de Escuadro a las 17.00 presidido por el Ilmo. Sr. Vicario General de la Diócesis, D. José Mario Vázquez Carballo.



Santa Sede

Santo Padre León XIV

- Exhortación Apostólica *Dilexi Te* del Santo Padre León XIV sobre el amor hacia los pobres
- Carta Apostólica *In Unitate Fidei* en el 1700 Aniversario del Concilio de Nicea
- Carta apostólica *Una fidelidad que genera futuro* del Santo Padre León XIV con motivo del LX Aniversario de los Decretos conciliares *Optatam totius* y *Presbyterorum ordinis*

SANTO PADRE LEÓN XIV



Exhortación Apostólica *Dilexi Te* del Santo Padre León XIV sobre el amor hacia los pobres

1. «Te he amado» (Ap 3, 9), dice el Señor a una comunidad cristiana que, a diferencia de otras, no tenía ninguna relevancia ni recursos y estaba expuesta a la violencia y al desprecio: «A pesar de tu debilidad [...] obligaré [...] a que se postren delante de ti» (Ap 3, 8-9). Este texto evoca las palabras del cántico de María: «Derribó a los poderosos de su trono y elevó a los humildes. Colmó de bienes a los hambrientos y despidió a los ricos con las manos vacías» (Lc 1, 52-53).
2. La declaración de amor del Apocalipsis remite al misterio inextinguible que el Papa Francisco ha profundizado en la encíclica *Dilexit nos* sobre el amor divino y humano del Corazón de Cristo. En ella hemos admirado el modo en el que Jesús se identifica «con los más pequeños de la sociedad» y cómo con su amor, entregado hasta el final, muestra la dignidad de cada ser humano, sobre todo cuando es «más débil, miserable y sufriente». [1] Contemplar el amor de Cristo «nos ayuda a prestar más atención al sufrimiento y a las carencias de los demás, nos hace fuertes para participar en su obra de liberación, como instrumentos para la difusión de su amor». [2]
3. Por esta razón, en continuidad con la encíclica *Dilexit nos*, el Papa Francisco estaba preparando, en los últimos meses de su vida, una exhortación apostólica sobre el cuidado de la Iglesia por los pobres y con los pobres, titulada *Dilexi te*, imaginando que Cristo se dirigiera a cada uno de

ellos diciendo: no tienes poder ni fuerza, pero «yo te he amado» (*Ap 3, 9*). Habiendo recibido como herencia este proyecto, me alegra hacerlo mío —añadiendo algunas reflexiones— y proponerlo al comienzo de mi pontificado, compartiendo el deseo de mi amado predecesor de que todos los cristianos puedan percibir la fuerte conexión que existe entre el amor de Cristo y su llamada a acercarnos a los pobres. De hecho, también yo considero necesario insistir sobre este camino de santificación, porque en el «llamado a reconocerlo en los pobres y sufrientes se revela el mismo corazón de Cristo, sus sentimientos y opciones más profundas, con las cuales todo santo intenta configurarse». [3]

CAPÍTULO PRIMERO ALGUNAS PALABRAS INDISPENSABLES

4. Los discípulos de Jesús criticaron a la mujer que le había derramado un perfume muy valioso sobre su cabeza: «¿Para qué este derroche? —decían— Se hubiera podido vender el perfume a buen precio para repartir el dinero entre los pobres». Pero el Señor les dijo: «A los pobres los tendrán siempre con ustedes, pero a mí no me tendrán siempre» (*Mt 26, 8-9.11*). Aquella mujer había comprendido que Jesús era el Mesías humilde y sufriente sobre el que debía derramar su amor. ¡Qué consuelo ese unguento sobre aquella cabeza que algunos días después sería atormentada por las espinas! Era un gesto insignificante, ciertamente, pero quien sufre sabe cuán importante es un pequeño gesto de afecto y cuánto alivio puede causar. Jesús lo comprende y sanciona su perennidad: «Allí donde se proclame esta Buena Noticia, en todo el mundo, se contará también en su memoria lo que ella hizo» (*Mt 26, 13*). La sencillez de este gesto revela algo grande. Ningún gesto de afecto, ni siquiera el más pequeño, será olvidado, especialmente si está dirigido a quien vive en el dolor, en la soledad o en la necesidad, como se encontraba el Señor en aquel momento.

5. Y es precisamente en esta perspectiva que el afecto por el Señor se une al afecto por los pobres. Aquel Jesús que dice: «A los pobres los tendrán siempre con ustedes» (*Mt 26, 11*) expresa el mismo concepto que cuando promete a los discípulos: «Yo estaré siempre con ustedes» (*Mt 28, 20*). Y al mismo tiempo

nos vienen a la mente aquellas palabras del Señor: «Cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo» (Mt 25, 40). No estamos en el horizonte de la beneficencia, sino de la Revelación; el contacto con quien no tiene poder ni grandeza es un modo fundamental de encuentro con el Señor de la historia. En los pobres Él sigue teniendo algo que decirnos.

San Francisco

6. El Papa Francisco, recordando la elección de su nombre, contó que, después de haber sido elegido, un cardenal amigo lo abrazó, lo besó y le dijo: «¡No te olvides de los pobres!». [4] Se trata de la misma recomendación hecha a san Pablo por las autoridades de la Iglesia cuando subió a Jerusalén para confirmar su misión (cf. Ga 2, 1-10). Años más tarde, el Apóstol pudo afirmar que fue esto lo que siempre había tratado de hacer (cf. v. 10). Y fue también la opción de san Francisco de Asís: en el leproso fue Cristo mismo quien lo abrazó, cambiándole la vida. La figura luminosa del *Poverello* nunca dejará de inspirarnos.

7. Fue él, hace ocho siglos, quien provocó un renacimiento evangélico entre los cristianos y en la sociedad de su tiempo. Al joven Francisco, antes rico y arrogante, le impactó encontrarse con la realidad de los marginados. El impulso que provocó no cesa de movilizar el ánimo de los creyentes y de muchos no creyentes, y «ha cambiado la historia». [5] El mismo Concilio Vaticano II, según las palabras de san Pablo VI, se encuentra en este camino: «la antigua historia del buen samaritano ha sido el paradigma de la espiritualidad del Concilio». [6] Estoy convencido de que la opción preferencial por los pobres genera una renovación extraordinaria tanto en la Iglesia como en la sociedad, cuando somos capaces de liberarnos de la autorreferencialidad y conseguimos escuchar su grito.

El grito de los pobres

8. A este respecto, hay un texto de la Sagrada Escritura al que siempre es necesario volver. Se trata de la revelación de Dios a Moisés junto a la zarza ardiente: «Yo he visto la opresión de mi pueblo, que está en Egipto, y he oído los gritos de dolor, provocados por sus capataces. Sí, conozco muy bien sus sufrimientos. Por eso he bajado a librarlo [...]. Ahora ve, yo te envío» (Ex

3, 7-8.10). [7] Dios se muestra solícito hacia la necesidad de los pobres: «clamaron al Señor, y él hizo surgir un salvador» (*Jc* 3, 1-5). Por eso, escuchando el grito del pobre, estamos llamados a identificarnos con el corazón de Dios, que es premuroso con las necesidades de sus hijos y especialmente de los más necesitados. Permaneciendo, por el contrario, indiferentes a este grito, el pobre apelaría al Señor contra nosotros y seríamos culpables de un pecado (cf. *Dt* 15, 9), alejándonos del corazón mismo de Dios.

9. La condición de los pobres representa un grito que, en la historia de la humanidad, interpela constantemente nuestra vida, nuestras sociedades, los sistemas políticos y económicos, y especialmente a la Iglesia. En el rostro herido de los pobres encontramos impreso el sufrimiento de los inocentes y, por tanto, el mismo sufrimiento de Cristo. Al mismo tiempo, deberíamos hablar quizás más correctamente de los numerosos rostros de los pobres y de la pobreza, porque se trata de un fenómeno variado; en efecto, existen muchas formas de pobreza: aquella de los que no tienen medios de sustento material, la pobreza del que está marginado socialmente y no tiene instrumentos para dar voz a su dignidad y a sus capacidades, la pobreza moral y espiritual, la pobreza cultural, la del que se encuentra en una condición de debilidad o fragilidad personal o social, la pobreza del que no tiene derechos, ni espacio, ni libertad.

10. En este sentido, se puede decir que el compromiso en favor de los pobres y con el fin de remover las causas sociales y estructurales de la pobreza, aun siendo importante en los últimos decenios, sigue siendo insuficiente. Esto también porque vivimos en una sociedad que a menudo privilegia algunos criterios de orientación de la existencia y de la política marcados por numerosas desigualdades y, por tanto, a las viejas pobreza de las que hemos tomado conciencia y que se intenta contrastar, se agregan otras nuevas, en ocasiones más sutiles y peligrosas. Desde este punto de vista, es encomiable el hecho de que las Naciones Unidas hayan puesto la erradicación de la pobreza como uno de los objetivos del Milenio.

11. Al compromiso concreto por los pobres también es necesario asociar un cambio de mentalidad que pueda incidir en la transformación cultural. En efecto, la ilusión de una felicidad que deriva de una vida acomodada mueve a muchas personas a tener una visión de la existencia basada en la acumu-

lación de la riqueza y del éxito social a toda costa, que se ha de conseguir también en detrimento de los demás y beneficiándose de ideales sociales y sistemas políticos y económicos injustos, que favorecen a los más fuertes. De ese modo, en un mundo donde los pobres son cada vez más numerosos, paradójicamente, también vemos crecer algunas élites de ricos, que viven en una burbuja muy confortable y lujosa, casi en otro mundo respecto a la gente común. Eso significa que todavía persiste —a veces bien enmascarada— una cultura que descarta a los demás sin advertirlo siquiera y tolera con indiferencia que millones de personas mueran de hambre o sobrevivan en condiciones indignas del ser humano. Hace algunos años, la foto de un niño tendido sin vida en una playa del Mediterráneo provocó un gran impacto y, lamentablemente, aparte de alguna emoción momentánea, hechos similares se están volviendo cada vez más irrelevantes, reduciéndose a noticias marginales.

12. No debemos bajar la guardia respecto a la pobreza. Nos preocupan particularmente las graves condiciones en las que se encuentran muchísimas personas a causa de la falta de comida y de agua. Cada día mueren varios miles de personas por causas vinculadas a la malnutrición. En los países ricos las cifras relativas al número de pobres tampoco son menos preocupantes. En Europa hay cada vez más familias que no logran llegar a fin de mes. En general, se percibe que han aumentado las distintas manifestaciones de la pobreza. Esta ya no se configura como una única condición homogénea, más bien se traduce en múltiples formas de empobrecimiento económico y social, reflejando el fenómeno de las crecientes desigualdades también en contextos generalmente acomodados. Recordemos que «doblemente pobres son las mujeres que sufren situaciones de exclusión, maltrato y violencia, porque frecuentemente se encuentran con menores posibilidades de defender sus derechos. Sin embargo, también entre ellas encontramos constantemente los más admirables gestos de heroísmo cotidiano en la defensa y el cuidado de la fragilidad de sus familias». [8] Si bien en algunos países se observan cambios importantes, «la organización de las sociedades en todo el mundo todavía está lejos de reflejar con claridad que las mujeres tienen exactamente la misma dignidad e idénticos derechos que los varones. Se afirma algo con las palabras, pero las decisiones y la realidad gritan otro mensaje», [9] sobre todo si pensamos en las mujeres más pobres.

Prejuicios ideológicos

13. Más allá de los datos —que a veces son «interpretados» en modo tal de convencernos que la situación de los pobres no es tan grave—, la realidad general es bastante clara: «Hay reglas económicas que resultaron eficaces para el crecimiento, pero no así para el desarrollo humano integral. Aumentó la riqueza, pero con inequidad, y así lo que ocurre es que «nacen nuevas pobrezas». Cuando dicen que el mundo moderno redujo la pobreza, lo hacen midiéndola con criterios de otras épocas no comparables con la realidad actual. Porque en otros tiempos, por ejemplo, no tener acceso a la energía eléctrica no era considerado un signo de pobreza ni generaba angustia. La pobreza siempre se analiza y se entiende en el contexto de las posibilidades reales de un momento histórico concreto». [10] Sin embargo, más allá de las situaciones específicas y contextuales, en un documento de la Comunidad Europea, en 1984, se afirmaba que «se entiende por personas pobres los individuos, las familias y los grupos de personas cuyos recursos (materiales, culturales y sociales) son tan escasos que no tienen acceso a las condiciones de vida mínimas aceptables en el Estado miembro en que viven». [11] Pero si reconocemos que todos los seres humanos tienen la misma dignidad, independientemente del lugar de nacimiento, no se deben ignorar las grandes diferencias que existen entre los países y las regiones.

14. Los pobres no están por casualidad o por un ciego y amargo destino. Menos aún la pobreza, para la mayor parte de ellos, es una elección. Y, sin embargo, todavía hay algunos que se atreven a afirmarlo, mostrando ceguera y crueldad. Obviamente entre los pobres hay también quien no quiere trabajar, quizás porque sus antepasados, que han trabajado toda la vida, han muerto pobres. Pero hay muchos —hombres y mujeres— que de todas maneras trabajan desde la mañana hasta la noche, a veces recogiendo cartones o haciendo otras actividades de ese tipo, aunque este esfuerzo sólo les sirva para sobrevivir y nunca para mejorar verdaderamente su vida. No podemos decir que la mayor parte de los pobres lo son porque no hayan obtenido «méritos», según esa falsa visión de la meritocracia en la que parecería que sólo tienen méritos aquellos que han tenido éxito en la vida.

15. También los cristianos, en muchas ocasiones, se dejan contagiar por actitudes marcadas por ideologías mundanas o por posicionamientos polí-

ticos y económicos que llevan a injustas generalizaciones y a conclusiones engañosas. El hecho de que el ejercicio de la caridad resulte despreciado o ridiculizado, como si se tratase de la fijación de algunos y no del núcleo incandescente de la misión eclesial, me hace pensar que siempre es necesario volver a leer el Evangelio, para no correr el riesgo de sustituirlo con la mentalidad mundana. No es posible olvidar a los pobres si no queremos salir fuera de la corriente viva de la Iglesia que brota del Evangelio y fecunda todo momento histórico.

CAPÍTULO SEGUNDO DIOS OPTA POR LOS POBRES

La opción por los pobres

16. Dios es amor misericordioso y su proyecto de amor, que se extiende y se realiza en la historia, es ante todo su descenso y su venida entre nosotros para liberarnos de la esclavitud, de los miedos, del pecado y del poder de la muerte. Con una mirada misericordiosa y el corazón lleno de amor, Él se dirigió a sus criaturas, haciéndose cargo de su condición humana y, por tanto, de su pobreza. Precisamente para compartir los límites y las fragilidades de nuestra naturaleza humana, Él mismo se hizo pobre, nació en carne como nosotros, lo hemos conocido en la pequeñez de un niño colocado en un pesebre y en la extrema humillación de la cruz, allí compartió nuestra pobreza radical, que es la muerte. Se comprende bien, entonces, por qué se puede hablar también teológicamente de una opción preferencial de Dios por los pobres, una expresión nacida en el contexto del continente latinoamericano y en particular en la Asamblea de Puebla, pero que ha sido bien integrada en el magisterio de la Iglesia sucesivo. [12] Esta “preferencia” no indica nunca un exclusivismo o una discriminación hacia otros grupos, que en Dios serían imposibles; esta desea subrayar la acción de Dios que se compadece ante la pobreza y la debilidad de toda la humanidad y, queriendo inaugurar un Reino de justicia, fraternidad y solidaridad, se preocupa particularmente de aquellos que son discriminados y oprimidos, pidiéndonos también a nosotros, su Iglesia, una opción firme y radical en favor de los más débiles.

17. Se comprenden en esta perspectiva las numerosas páginas del Antiguo Testamento en las que Dios es presentado como amigo y liberador de los pobres, Aquel que escucha el grito del pobre e interviene para liberarlo (cf. *Sal* 34, 7). Dios, refugio del pobre, por medio de los profetas —recordemos en particular a Amós e Isaías— denuncia las iniquidades en perjuicio de los más débiles y dirige a Israel la exhortación a renovar también el culto desde dentro, porque no se puede rezar ni ofrecer sacrificios mientras se oprime a los más débiles y a los más pobres. Desde el comienzo, la Escritura manifiesta con mucha intensidad el amor de Dios a través de la protección de los débiles y de los que menos tienen, hasta el punto de poder hablar de una auténtica “debilidad” de Dios para con ellos. «El corazón de Dios tiene un sitio preferencial para los pobres [...]. Todo el camino de nuestra redención está signado por los pobres». [13]

Jesús, Mesías pobre

18. Toda la historia veterotestamentaria de la predilección de Dios por los pobres y el deseo divino de escuchar su grito —que he evocado brevemente— encuentra en Jesús de Nazaret su plena realización. [14] En su encarnación, Él «se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor y haciéndose semejante a los hombres. Y presentándose con aspecto humano» (*Flp* 2, 7), de esa forma nos trajo la salvación. Se trata de una pobreza radical, fundada sobre su misión de revelar el verdadero rostro del amor divino (cf. *Jn* 1, 18; *1Jn* 4, 9). Por tanto, con una de sus admirables síntesis, san Pablo puede afirmar: «Ya conocen la generosidad de nuestro Señor Jesucristo que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros, a fin de enriquecernos con su pobreza» (*2Co* 8, 9).

19. En efecto, el Evangelio muestra que esta pobreza incidió en cada aspecto de su vida. Desde su llegada al mundo, Jesús experimentó las dificultades relativas al rechazo. El evangelista Lucas, narrando la llegada a Belén de José y María, ya próxima a dar a luz, observa con amargura: «No había lugar para ellos en el albergue» (*Lc* 2, 7). Jesús nació en condiciones humildes; recién nacido fue colocado en un pesebre y, muy pronto, para salvarlo de la muerte, sus padres huyeron a Egipto (cf. *Mt* 2, 13-15). Al inicio de la vida pública, fue expulsado de Nazaret después de haber anunciado que en Él se cumple el año de gracia del que se alegran los pobres (cf. *Lc* 4, 14-30). No hubo un lugar

acogedor ni siquiera a la hora de su muerte, ya que lo condujeron fuera de Jerusalén para crucificarlo (cf. *Mc* 15, 22). En esta condición se puede resumir claramente la pobreza de Jesús. Se trata de la misma exclusión que caracteriza la definición de los pobres: ellos son los excluidos de la sociedad. Jesús es la revelación de este *privilegium pauperum*. Él se presenta al mundo no sólo como Mesías pobre sino como Mesías de los pobres y para los pobres.

20. Hay algunos indicios a propósito de la condición social de Jesús. En primer lugar, Él realizaba el oficio de artesano o carpintero, *téktōn* (cf. *Mc* 6, 3). Se trata de una categoría de personas que vivían de su trabajo manual. Además, al no poseer tierras, eran considerados inferiores respecto a los campesinos. Cuando el pequeño Jesús fue presentado en el Templo por José y María, sus progenitores ofrecieron una pareja de tórtolas o de pichones (cf. *Lc* 2, 22-24), que según las prescripciones del libro del Levítico (cf. 12,8) era la ofrenda de los pobres. Un episodio evangélico significativo es el que relata cómo Jesús, junto con sus discípulos, arrancaban espigas para comer mientras atravesaban los campos (cf. *Mc* 2, 23-28), y esto —espigar los sembrados— sólo le era permitido a los pobres. Jesús mismo, luego, dice de sí: «Los zorros tienen sus cuevas y las aves del cielo sus nidos; pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza» (*Mt* 8, 20; *Lc* 9, 58). Él, en efecto, es un maestro itinerante, cuya pobreza y precariedad es signo de su vínculo con el Padre y es lo que se le pide también a quien quiere seguirlo en el camino del discipulado, precisamente para que la renuncia a los bienes, a las riquezas y a las seguridades de este mundo sean signo visible de la confianza en Dios y en su providencia.

21. Al comienzo de su ministerio público, Jesús se presenta en la sinagoga de Nazaret leyendo el libro del profeta Isaías y aplicándose a sí mismo la palabra del profeta: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado por la unción. Él me envió a llevar la Buena Noticia a los pobres» (*Lc* 4, 18; cf. *Is* 61, 1). Él, por tanto, se presenta como Aquel que viene a manifestar en el hoy de la historia la cercanía amorosa de Dios, que es ante todo obra de liberación para quienes son prisioneros del mal, para los débiles y los pobres. Los signos que acompañan la predicación de Jesús son manifestación del amor y de la compasión con la que Dios mira a los enfermos, a los pobres y a los pecadores que, en virtud de su condición, eran marginados por la sociedad,

pero también por la religión. Él abre los ojos a los ciegos, cura a los leprosos, resucita a los muertos y anuncia la buena noticia a los pobres; Dios se acerca, Dios los ama (cf. *Lc 7, 22*). Esto explica por qué Él proclama: «¡Felices ustedes, los pobres, porque el Reino de Dios les pertenece!» (*Lc 6, 20*). En efecto, Dios muestra predilección hacia los pobres, a ellos se dirige la palabra de esperanza y de liberación del Señor y, por eso, aun en la condición de pobreza o debilidad, ya ninguno debe sentirse abandonado. Y la Iglesia, si quiere ser de Cristo, debe ser la Iglesia de las Bienaventuranzas, una Iglesia que hace espacio a los pequeños y camina pobre con los pobres, un lugar en el que los pobres tienen un sitio privilegiado (cf. *St 2, 2-4*).

22. Los indigentes y enfermos, incapaces de procurarse lo necesario para vivir, se encontraban muchas veces obligados a la mendicidad. A esto se añadía el peso de la vergüenza social, alimentado por la convicción de que la enfermedad y la pobreza estuvieran vinculadas a algún pecado personal. Jesús se opuso con firmeza a ese modo de pensar, afirmando que Dios «hace salir el sol sobre malos y buenos y hace caer la lluvia sobre justos e injustos» (*Mt 5, 45*). Es más, dio un vuelco completo a esa concepción, como queda bien ejemplificado en la parábola del rico epulón y del pobre Lázaro: «Hijo mío, [...] recuerda que has recibido tus bienes en vida y Lázaro, en cambio, recibí males; ahora él encuentra aquí su consuelo, y tú, el tormento» (*Lc 16, 25*).

23. Entonces es claro que «de nuestra fe en Cristo hecho pobre, y siempre cercano a los pobres y excluidos, brota la preocupación por el desarrollo integral de los más abandonados de la sociedad». [15] Muchas veces me pregunto por qué, aun cuando las Sagradas Escrituras son tan precisas a propósito de los pobres, muchos continúan pensando que pueden excluir a los pobres de sus atenciones. Por el momento, sigamos aún en el ámbito bíblico e intentando reflexionar sobre nuestra relación con los últimos de la sociedad y su lugar fundamental en el pueblo de Dios.

La misericordia hacia los pobres en la Biblia

24. El apóstol Juan escribe: «¿Cómo puede amar a Dios, a quien no ve, el que no ama a su hermano, a quien ve?» (*1Jn 4, 20*). Del mismo modo, en su réplica al doctor de la ley, Jesús retoma los dos antiguos mandamientos: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas»

(Dt 6, 5) y «amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Lv 19, 18) fundiéndolos en un único mandamiento. El evangelista Marcos recoge la respuesta de Jesús en estos términos: «El primero es: Escucha, Israel: el Señor nuestro Dios es el único Señor; y tú amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma, con todo tu espíritu y con todas tus fuerzas. El segundo es: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento más grande que estos» (Mc 12, 29-31).

25. El pasaje citado del Levítico exhorta a honrar al conciudadano, mientras en otros textos se encuentra una enseñanza que también invita al respeto —por no decir incluso al amor— del enemigo: «Si encuentras perdido el buey o el asno de tu enemigo, se los llevarás inmediatamente. Si ves al asno del que te aborrece, caído bajo el peso de su carga, no lo dejarás abandonado; más aún, acudirás a auxiliarlo junto con su dueño» (Ex 23, 4-5). De todo esto se trasluce el valor intrínseco del respeto a la persona: cualquiera, incluso el enemigo, si se encuentra en dificultad, merece siempre nuestra ayuda.

26. Es innegable que el primado de Dios en la enseñanza de Jesús va acompañado de otro punto fijo: no se puede amar a Dios sin extender el propio amor a los pobres. El amor al prójimo representa la prueba tangible de la autenticidad del amor a Dios, como asevera el apóstol Juan: «Nadie ha visto nunca a Dios: si nos amamos los unos a los otros, Dios permanece en nosotros y el amor de Dios ha llegado a su plenitud en nosotros. [...] Dios es amor, y el que permanece en el amor permanece en Dios, y Dios permanece en él» (1Jn 4, 12.16). Son dos amores distintos, pero inseparables. Incluso en los casos en los que la relación con Dios no es explícita, el Señor mismo nos enseña que todo acto de amor hacia el prójimo es de algún modo un reflejo de la caridad divina: «Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo» (Mt 25, 40).

27. Por esta razón se recomiendan las obras de misericordia, como signo de la autenticidad del culto que, mientras alaba a Dios, tiene la tarea de disponernos a la transformación que el Espíritu puede realizar en nosotros, para que seamos todos imagen de Cristo y de su misericordia hacia los más débiles. En este sentido, la relación con el Señor, que se expresa en el culto, pretende también liberarnos del riesgo de vivir nuestras relaciones en la lógica del cálculo y del interés, para abrirnos a la gratuidad que circula entre aquellos

que se aman y que, por eso, ponen todo en común. A este respecto, Jesús aconseja: «Cuando des un almuerzo o una cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos ricos, no sea que ellos te inviten a su vez, y así tengas tu recompensa. Al contrario, cuando des un banquete, invita a los pobres, a los lisiados, a los paralíticos, a los ciegos. ¡Feliz de ti, porque ellos no tienen cómo retribuirte!» (Lc 14, 12-14).

28. La llamada del Señor a la misericordia para con los pobres ha encontrado una expresión plena en la gran parábola del juicio final (cf. Mt 25, 31-46), que es también una descripción gráfica de la bienaventuranza de los misericordiosos. Allí el Señor nos ofrece la clave para alcanzar nuestra plenitud, porque «si buscamos esa santidad que agrada a los ojos de Dios, en este texto hallamos precisamente un protocolo sobre el cual seremos juzgados». [16] Las palabras fuertes y claras del Evangelio deberían ser vividas «sin comentario, sin elucubraciones y excusas que les quiten fuerza. El Señor nos dejó bien claro que la santidad no puede entenderse ni vivirse al margen de estas exigencias suyas». [17]

29. En la primera comunidad cristiana el programa de caridad no derivaba de análisis o de proyectos, sino directamente del ejemplo de Jesús, de las mismas palabras del Evangelio. La Carta de Santiago dedica mucho espacio al problema de la relación entre ricos y pobres, lanzando a los creyentes dos enérgicos llamados que cuestionan su fe: «¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Acaso esa fe puede salvarlo? ¿De qué sirve si uno de ustedes, al ver a un hermano o una hermana desnudos o sin el alimento necesario, les dice: “Vayan en paz, caliéntense y coman”, y no les da lo que necesitan para su cuerpo? Lo mismo pasa con la fe: si no va acompañada de las obras, está completamente muerta» (St 2, 14-17).

30. «Su oro y su plata se han herrumbrado, y esa herrumbre dará testimonio contra ustedes y devorará sus cuerpos como un fuego. ¡Ustedes han amontonado riquezas, ahora que es el tiempo final! Sepan que el salario que han retenido a los que trabajaron en sus campos está clamando, y el clamor de los cosechadores ha llegado a los oídos del Señor del universo. Ustedes llevaron en este mundo una vida de lujo y de placer, y se han cebado a sí mismos para el día de la matanza» (St 5, 3-5). ¡Qué fuerza tienen estas palabras, aunque prefiramos hacernos los sordos! En la Primera Carta de san Juan encontramos

una exhortación parecida: «Si alguien vive en la abundancia, y viendo a su hermano en la necesidad, le cierra su corazón, ¿cómo permanecerá en él el amor de Dios?» (1Jn 3, 17).

31. Lo que dice la Palabra revelada «es un mensaje tan claro, tan directo, tan simple y elocuente, que ninguna hermenéutica eclesial tiene derecho a relativizarlo. La reflexión de la Iglesia sobre estos textos no debería oscurecer o debilitar su sentido exhortativo, sino más bien ayudar a asumirlos con valentía y fervor. ¿Para qué complicar lo que es tan simple? Los aparatos conceptuales están para favorecer el contacto con la realidad que pretenden explicar, y no para alejarnos de ella». [18]

32. Por otra parte, un claro ejemplo eclesial de compartir los bienes y asistir a los pobres lo encontramos en la vida cotidiana y en el estilo de la primera comunidad cristiana. Podemos recordar en particular el modo en el que fue resuelta la cuestión de la distribución cotidiana de ayuda a las viudas (cf. Hch 6, 1-6). Se trataba de un problema difícil de resolver, porque algunas de estas viudas, que provenían de otros países, eran desatendidas por ser extranjeras. De hecho, el episodio relatado por los Hechos de los Apóstoles pone de manifiesto un cierto descontento por parte de los helenistas, que eran judíos de cultura griega. Los apóstoles no responden con un discurso doctrinal abstracto, sino que, volviendo a poner en el centro la caridad hacia todos, reorganizan la asistencia a las viudas pidiendo a la comunidad que busquen personas sabias y estimadas a quienes confiar el servicio de las mesas, mientras ellos se ocupaban de la predicación de la Palabra.

33. Cuando Pablo fue a Jerusalén a consultar a los apóstoles para asegurarse de «que no corría o no había corrido en vano» (Ga 2, 2), le pidieron que no se olvidase de los pobres (cf. Ga 2, 10). Por esta razón, organizó varias colectas para ayudar a las comunidades necesitadas. Entre las motivaciones que ofrece para este gesto se debe resaltar la siguiente: «Dios ama al que da con alegría» (2Co 9, 7). A aquellos entre nosotros que somos poco propensos a gestos gratuitos, sin ningún interés, la Palabra de Dios nos indica que la generosidad para con los pobres es un verdadero bien para quien la practica; de hecho, comportándonos así, somos amados por Dios de modo especial. En efecto, las promesas bíblicas dirigidas a quien da con generosidad son muchas: «El que se apiada del pobre presta al Señor, y él le devolverá el bien

que hizo» (*Pr* 19, 17). «Den, y se les dará. [...] Porque la medida con que ustedes midan también se usará para ustedes» (*Lc* 6, 38). «Entonces despuntará tu luz como la aurora y tu llaga no tardará en cicatrizar» (*Is* 58, 8). Los primeros cristianos estaban convencidos de ello.

34. La vida de las primeras comunidades eclesiales, narrada en el canon bíblico y que ha llegado a nosotros como Palabra revelada, se nos ofrece como ejemplo a imitar y como testimonio de la fe que obra por medio de la caridad, y que continúa como exhortación permanente para las generaciones venideras. A lo largo de los siglos, estas páginas han interpelado los corazones de los cristianos a amar y a realizar obras de caridad, como semillas fecundas que no cesan de producir fruto.

CAPÍTULO TERCERO UNA IGLESIA PARA LOS POBRES

35. Tres días después de su elección, mi predecesor expresó a los representantes de los medios de comunicación su deseo de que la Iglesia mostrara más claramente su cuidado y atención hacia los pobres: «¡Ah, cómo quisiera una Iglesia pobre y para los pobres!». [19]

36. Este deseo refleja la conciencia de que la Iglesia «reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente, se esfuerza en remediar sus necesidades y procura servir en ellos a Cristo». [20] En efecto, habiendo sido llamada a configurarse con los últimos, en ella «no deben quedar dudas ni caben explicaciones que debiliten este mensaje tan claro [...]». Hay que decir sin vueltas que existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres». [21] A este respecto, tenemos abundantes testimonios a lo largo de los casi dos mil años de historia de los discípulos de Jesús. [22]

La verdadera riqueza de la Iglesia

37. San Pablo refiere que entre los fieles de la naciente comunidad cristiana no había «muchos sabios, ni muchos poderosos, ni muchos nobles» (*1Co* 1, 26). Sin embargo, a pesar de su propia pobreza, los primeros cristianos tienen clara conciencia de la necesidad de acudir a aquellos que sufren mayo-

res privaciones. Ya en los albores del cristianismo los apóstoles impusieron las manos sobre siete hombres elegidos por la comunidad y, en cierta medida, los integraron en su propio ministerio, instituyéndolos para el servicio —en griego, *diakonía*— de los más pobres (cf. *Hch* 6, 1-5). Es significativo que el primer discípulo en dar testimonio de su fe en Cristo con el derramamiento de su propia sangre fuera san Esteban, que formaba parte de este grupo. En él se unen el testimonio de vida en la atención a los necesitados y el martirio.

38. Poco más de dos siglos después, otro diácono manifestará su adhesión a Jesucristo en modo semejante, uniendo en su vida el servicio a los pobres y el martirio: san Lorenzo. [23] Del relato de san Ambrosio comprendemos que Lorenzo, diácono en Roma en el pontificado del Papa Sixto II, al ser obligado por las autoridades romanas a entregar los tesoros de la Iglesia, «al día siguiente traje consigo a los pobres. Cuando le preguntaron dónde estaban los tesoros que había prometido, les mostró a los pobres, diciendo: “Estos son los tesoros de la Iglesia”». [24] Al narrar este episodio, Ambrosio pregunta: «¿Qué mejores tesoros tendría Cristo que aquellos en los que él mismo dijo que estaba?». [25] Y, recordando que los ministros de la Iglesia nunca deben descuidar el cuidado de los pobres y, menos aún, acumular bienes en beneficio propio, afirma: «Es necesario que cada uno de nosotros cumpla con esta obligación con fe sincera y providencia perspicaz. Sin duda, si alguien desvía algo para su propio beneficio, eso es un delito; pero si lo da a los pobres, si rescata al cautivo, eso es misericordia». [26]

Los Padres de la Iglesia y los pobres

39. Desde los primeros siglos, los Padres de la Iglesia reconocieron en el pobre un acceso privilegiado a Dios, un modo especial para encontrarlo. La caridad hacia los necesitados no se entendía como una simple virtud moral, sino como expresión concreta de la fe en el Verbo encarnado. La comunidad de fieles, sostenida por la fuerza del Espíritu Santo, se encuentra arraigada en la cercanía a los pobres, que en ella no son un apéndice, sino parte esencial de su cuerpo vivo. San Ignacio de Antioquía, por ejemplo, camino del martirio, exhortaba a los fieles de la comunidad de Esmirna a no descuidar el deber de la caridad para con los más necesitados, advirtiéndoles que no procedieran como los que se oponían a Dios: «Considerad a los que tienen una opinión

diferente sobre la gracia de Jesucristo, que vino a nosotros: ¡cómo se oponen al pensamiento de Dios! No se preocupan por el amor, ni por la viuda, ni por el huérfano, ni por el oprimido, ni por el prisionero o el libertado, ni por el hambriento o el sediento». [27] El obispo de Esmirna, Policarpo, recomendaba precisamente a los ministros de la Iglesia que cuidaran de los pobres: «Los presbíteros también sean compasivos, misericordiosos con todos. Traigan de vuelta a los descarriados, visiten a todos los enfermos, no descuiden a la viuda, al huérfano y al pobre, sino que sean siempre solícitos en el bien ante Dios y los hombres». [28] A partir de estos dos testimonios, constatamos que la Iglesia aparece como madre de los pobres, lugar de acogida y de justicia.

40. San Justino, por su parte, en su primera Apología, dirigida al emperador Adriano, al Senado y al pueblo romano, explicaba que los cristianos llevaban a los necesitados todo lo que podían, porque veían en ellos hermanos y hermanas en Cristo. Al escribir sobre la asamblea de oración del primer día de la semana, destacaba que, en el centro de la liturgia cristiana, no se puede separar el culto a Dios de la atención a los pobres. En efecto, en un momento determinado de la celebración, «los que tienen algo y quieren, cada uno según su libre voluntad, dan lo que les parece bien, y lo que se ha recogido se entrega al presidente. Él lo distribuye a los huérfanos y viudas, a los que por enfermedad u otra causa están necesitados, a los que están en las cárceles, a los extranjeros de paso, en una palabra, se convierte en el proveedor de todos los que se encuentran indigentes». [29] Así, se da testimonio de que la Iglesia naciente no separaba el creer de la acción social: la fe que no iba acompañada del testimonio de las obras, como había enseñado Santiago, se consideraba muerta (cf. *St 2*, 17).

San Juan Crisóstomo

41. Entre los Padres orientales, quizá el predicador más ardiente de la justicia social sea san Juan Crisóstomo, arzobispo de Constantinopla entre los siglos IV y V. En sus homilías, exhortaba a los fieles a reconocer a Cristo en los necesitados: «¿Quieres honrar el Cuerpo de Cristo? No permitas que sea despreciado en sus miembros, es decir, en los pobres que no tienen qué vestir, ni lo honres aquí en el templo con vestiduras de seda, mientras fuera lo abandonas al frío y a la desnudez [...]. En el templo, el Cuerpo de Cristo

no necesita mantos, sino almas puras; pero en la persona de los pobres, Él necesita todo nuestro cuidado. Aprendamos, pues, a reflexionar y a honrar a Cristo como Él quiere. Cuando queremos honrar a alguien, debemos prestarle el honor que él prefiere y no el que más nos gusta [...]. Así también tú debes prestarle el honor que Él mismo ha ordenado, distribuyendo tus riquezas entre los pobres. Dios no necesita vasos de oro, sino almas de oro». [30] Afirmando con claridad meridiana que si los fieles no encuentran a Cristo en los pobres a su puerta, tampoco lo encontrarán en el altar, continúa: «¿De qué serviría, al fin y al cabo, adornar la mesa de Cristo con vasos de oro, si Él muere de hambre en la persona de los pobres? Primero da de comer al que tiene hambre y luego adorna su mesa con lo que sobra». [31] Entendía la Eucaristía, por tanto, también como una expresión sacramental de la caridad y la justicia que la precedían, la acompañaban y debían darle continuidad en el amor y la atención a los pobres.

42. Así pues, la caridad no es una vía opcional, sino el criterio del verdadero culto. Crisóstomo denunciaba con vehemencia el lujo exacerbado, que convivía con la indiferencia hacia los pobres. La atención que se les debe prestar, más que una mera exigencia social, es una condición para la salvación, lo que atribuye a la riqueza injusta un peso de condena: «Hace mucho frío y el pobre yace en harapos, moribundo y helado, castañeteando los dientes, con un aspecto y un atuendo que deberían conmoverte. Tú, sin embargo, calentito y ebrio, pasas de largo. ¿Y cómo quieres que Dios te libre de la infelicidad? [...] A menudo adornas con muchas vestiduras variadas y doradas un cadáver insensible, que ya no percibe el honor. Sin embargo, desprecias a aquel que siente dolor, que está desgarrado, torturado, atormentado por el hambre y el frío, y te preocupa más la vanagloria que el temor de Dios». [32] Este profundo sentido de la justicia social le lleva a afirmar que «no dar a los pobres es robarles, es defraudarles la vida, porque lo que poseemos les pertenece». [33]

San Agustín

43. Agustín tuvo como maestro espiritual a san Ambrosio, que insistía en la exigencia ética de compartir los bienes: «Lo que das al pobre no es tuyo, es suyo. Porque te has apropiado de lo que fue dado para uso común». [34] Para el obispo de Milán, la limosna es justicia restaurada, no un gesto paternalista.

En sus sermones, la misericordia adquiere un carácter profético: denuncia las estructuras de acumulación y reafirma la comunión como vocación eclesial.

44. Formado en esta tradición, el santo obispo de Hipona enseñó a su vez el amor preferencial por los pobres. Pastor vigilante y teólogo de rara clarividencia, comprendió que la verdadera comunión eclesial se expresa también en la comunión de los bienes. En sus Comentarios a los Salmos, recuerda que los verdaderos cristianos no dejan de lado el amor a los más necesitados: «Atended a vuestros hermanos, si necesitan algo; dad, si Cristo está en vosotros, incluso a los extranjeros». [35] Este compartir los bienes brota, por tanto, de la caridad teologal y tiene como fin último el amor a Cristo. Para Agustín, el pobre no es sólo alguien a quien se ayuda, sino la presencia sacramental del Señor.

45. El Doctor de la Gracia veía en el cuidado a los pobres una prueba concreta de la sinceridad de la fe. Quien dice amar a Dios y no se compadece de los necesitados, miente (cf. *1Jn* 4, 20). Al comentar el encuentro de Jesús con el joven rico y el «tesoro en el cielo» que está reservado a quienes dan sus bienes a los pobres (cf. *Mt* 19, 21), Agustín pone en boca del Señor las siguientes palabras: «Recibí tierra y daré el cielo. Recibí cosas temporales y daré a cambio bienes eternos. Recibí pan, daré la vida. [...] He recibido alojamiento y daré una casa. He sido visitado en la enfermedad y daré salud. Fui visitado en la cárcel y daré libertad. El pan que se dio a mis pobres se consumió; el pan que yo daré restaura las fuerzas, sin acabarse nunca». [36] El Altísimo no se deja vencer en generosidad por aquellos que le sirven en los más necesitados; cuanto mayor es el amor a los pobres, mayor es la recompensa por parte de Dios.

46. Esta mirada cristocéntrica y profundamente eclesial lleva a sostener que las ofrendas, cuando nacen del amor, no sólo alivian la necesidad del hermano, sino que también purifican el corazón de quien da y está dispuesto a la conversión, «pues las limosnas pueden servirte para redimir los pecados de la vida pasada, si cambias de vida». [37] Son, por así decirlo, el camino ordinario de conversión de quien desea seguir a Cristo con corazón indiviso.

47. En una Iglesia que reconoce en los pobres el rostro de Cristo y en los bienes el instrumento de la caridad, el pensamiento agustiniano sigue siendo una luz segura. Hoy, la fidelidad a las enseñanzas de Agustín exige no sólo el estudio de sus obras, sino la disposición a vivir con radicalidad su llamada a la conversión, que incluye necesariamente el servicio de la caridad.

48. Muchos otros Padres de la Iglesia, tanto orientales como occidentales, se pronunciaron sobre la primacía de la atención a los pobres en la vida y misión de cada fiel cristiano. Sobre este aspecto, en resumen, se puede afirmar que la teología patristica fue práctica, apuntando a una Iglesia pobre y para los pobres, recordando que el Evangelio sólo se anuncia bien cuando llega a tocar la carne de los últimos, y advirtiendo que el rigor doctrinal sin misericordia es una palabra vacía.

Cuidar a los enfermos

49. La compasión cristiana se ha manifestado de manera peculiar en el cuidado de los enfermos y los que sufren. A partir de los signos presentes en el ministerio público de Jesús —que curaba a ciegos, leprosos y paralíticos—, la Iglesia entiende como parte importante de su misión el cuidado de los enfermos, en los que con facilidad reconoce al Señor crucificado. San Cipriano, durante una peste en la ciudad de Cartago, donde era obispo, recordaba a los cristianos la importancia del cuidado de los infectados al afirmar: «Esta epidemia que parece tan horrible y funesta pone a prueba la justicia de cada uno y examina el espíritu de los hombres, verificando si los sanos sirven a los enfermos, si los parientes se aman sinceramente, si los señores tienen piedad de los siervos enfermos, si los médicos no abandonan a los enfermos que imploran». [38] La tradición cristiana de visitar a los enfermos, de lavar sus heridas, de consolar a los afligidos no se reduce a una mera obra de filantropía, sino que es una acción eclesial a través de la cual, en los enfermos, los miembros de la Iglesia «tocan la carne sufriente de Cristo». [39]

50. En el siglo XVI, san Juan de Dios, al fundar la Orden Hospitalaria que lleva su nombre, creó hospitales modelo que acogían a todos, independientemente de su condición social o económica. Su famosa expresión “¡Haced el bien, hermanos!” se convirtió en el lema de la caridad activa con los enfermos. Contemporáneamente, san Camilo de Lellis fundó la Orden de los Ministros de los Enfermos —los camilos—, asumiendo como misión servir a los enfermos con total dedicación. Su regla ordena que «cada uno solicite al Señor la gracia de tener un afecto maternal hacia su prójimo para poderlo servir con todo amor caritativo, en el alma y el cuerpo; porque deseamos —con la gracia de Dios— servir a todos los enfermos con el mismo afecto que una

madre amorosa suele asistir a su único hijo enfermo». [40] En hospitales, campos de batalla, prisiones y calles, los camilos encarnaron la misericordia de Cristo Médico.

51. Cuidando a los enfermos con cariño maternal, como una madre cuida de su hijo, muchas mujeres consagradas desempeñaron un papel aún más difundido en la atención sanitaria de los pobres. Las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, las Hermanas Hospitalarias, las Pequeñas Siervas de la Divina Providencia y tantas otras Congregaciones femeninas se convirtieron en una presencia maternal y discreta en los hospitales, asilos y residencias de ancianos. Llevaban medicinas, escucha, presencia y, sobre todo, ternura. Construyeron, a menudo con sus propias manos, estructuras sanitarias en zonas sin asistencia médica. Enseñaban higiene, atendían partos, medicaban con sabiduría natural y fe profunda. Sus casas se convertían en oasis de dignidad donde nadie era excluido. El toque de la compasión era el primer remedio. Santa Luisa de Marillac escribía a sus hermanas, las Hijas de la Caridad, recordándoles que habían «recibido una bendición especial de Dios para servir a los pobres enfermos en los hospitales». [41]

52. Hoy, ese legado continúa en los hospitales católicos, los puestos de salud en las regiones periféricas, las misiones sanitarias en las selvas, los centros de acogida para toxicómanos y los hospitales de campaña en las zonas de guerra. La presencia cristiana junto a los enfermos revela que la salvación no es una idea abstracta, sino una acción concreta. En el gesto de limpiar una herida, la Iglesia proclama que el Reino de Dios comienza entre los más vulnerables. Y, al hacerlo, permanece fiel a Aquel que dijo: «Estaba [...] enfermo, y me visitaron» (*Mt 25, 35.36*). Cuando la Iglesia se arrodilla junto a un leproso, a un niño desnutrido o a un moribundo anónimo, realiza su vocación más profunda: amar al Señor allí donde Él está más desfigurado.

El cuidado de los pobres en la vida monástica

53. La vida monástica, nacida en el silencio de los desiertos, fue desde sus inicios un testimonio de solidaridad. Los monjes lo dejaban todo —riqueza, prestigio, familia— no sólo por despreciar las riquezas del mundo —*contemptus mundi*—, sino para encontrar, en este despojo radical, al Cristo pobre. San Basilio Magno, en su Regla, no veía contradicción entre la vida de oración

y recogimiento de los monjes y la acción en favor de los pobres. Para él, la hospitalidad y el cuidado de los necesitados eran parte integrante de la espiritualidad monástica, y los monjes, incluso después de haberlo dejado todo para abrazar la pobreza, debían ayudar a los más pobres con su trabajo, ya que «para poder socorrer a los necesitados, es evidente que debemos trabajar con diligencia [...]. Este modo de vida es provechoso no sólo para someter el cuerpo, sino también por la caridad hacia el prójimo, para que, por medio de nosotros, Dios provea lo suficiente a los hermanos más débiles». [42]

54. Construyó en Cesarea, donde era obispo, un lugar conocido como Basiliades, que incluía alojamientos, hospitales y escuelas para los pobres y los enfermos. El monje, por lo tanto, no era sólo un asceta, sino un servidor. Basilio demostraba así que para estar cerca de Dios hay que estar cerca de los pobres. El amor concreto era criterio de santidad. Orar y cuidar, contemplar y curar, escribir y acoger: todo era expresión del mismo amor a Cristo.

55. En Occidente, san Benito de Nursia elaboró una Regla que se convertiría en la columna vertebral de la espiritualidad monástica europea. En ella, la acogida de los pobres y los peregrinos ocupa un lugar de honor: «Mostrad sobre todo un cuidado solícito en la recepción de los pobres y los peregrinos, porque sobre todo en ellos se recibe a Cristo». [43] No se trataba sólo de palabras: los monasterios benedictinos fueron, durante siglos, lugares de refugio para viudas, niños abandonados, peregrinos y mendigos. Para Benito, la vida comunitaria era una escuela de caridad. El trabajo manual no sólo tenía una función práctica, sino que también formaba el corazón para el servicio. El compartir entre los monjes, la atención a los enfermos y la escucha de los más frágiles preparaban para acoger a Cristo, que llega en la persona del pobre y el extranjero. La hospitalidad monástica benedictina permanece hasta hoy como signo de una Iglesia que abre las puertas, que acoge sin preguntar, que cura sin exigir nada a cambio.

56. Los monasterios benedictinos, con el tiempo, se convirtieron en lugares que contrastaban la cultura de la exclusión. Los monjes cultivaban la tierra, producían alimentos, preparaban medicinas y los ofrecían, con sencillez, a los más necesitados. Su trabajo silencioso fue fermento de una nueva civilización, donde los pobres no eran un problema que resolver, sino hermanos y hermanas que acoger. La regla del compartir, del trabajo común y de la asis-

tencia a los vulnerables estructuraba una economía solidaria, en contraste con la lógica de la acumulación. El testimonio de los monjes mostraba que la pobreza voluntaria, lejos de ser miseria, es camino de libertad y comunión. No sólo ayudaban a los pobres: se hacían cercanos a ellos, hermanos en el mismo Señor. En las celdas y claustros se formaba una mística de la presencia de Dios en los pequeños.

57. Además de la asistencia material, los monasterios desempeñaron un papel fundamental en la formación cultural y espiritual de los más humildes. En tiempos de peste, guerra o hambre, eran lugares donde el necesitado encontraba pan y remedios, pero también dignidad y palabra. Allí se educaba a los huérfanos, se formaba a los aprendices y se instruía a los campesinos en técnicas agrícolas y en la lectura. El saber se compartía como don y responsabilidad. El abad era a la vez maestro y padre, y la escuela monástica era un lugar de liberación por la verdad. Porque, como escribe Juan Casiano, el monje debe caracterizarse por «la humildad de corazón [...], que no conduce a la ciencia que hincha, sino a la que ilumina por medio de la plenitud de la caridad». [44] Al formar conciencias y transmitir sabiduría, los monjes contribuyeron a una pedagogía cristiana de inclusión. La cultura, marcada por la fe, se compartía con sencillez. El saber, cuando está iluminado por la caridad, se convierte en servicio. De ese modo, la vida monástica se revelaba como un estilo de santidad y una forma concreta de transformación de la sociedad.

58. La tradición monástica enseña, por tanto, que la oración y la caridad, el silencio y el servicio, las celdas y los hospitales, forman un único tejido espiritual. El monasterio es lugar de escucha y de acción, de adoración y de compartir. San Bernardo de Claraval, gran reformador de la Orden Cisterciense, «reclamó con decisión la necesidad de una vida sobria y moderada, tanto en la mesa como en la indumentaria y en los edificios monásticos, recomendando la sustentación y la solicitud por los pobres». [45] Para él, la compasión no era una opción accesoria, sino el camino real para seguir a Cristo. La vida monástica, por lo tanto, cuando es fiel a su vocación original, muestra que la Iglesia sólo será plenamente esposa del Señor cuando sea también hermana de los pobres. El claustro no es un mero refugio del mundo, sino una escuela en la que se aprende a servirlo mejor. Allí donde los monjes abrieron sus puertas a los pobres, la Iglesia reveló con humildad y firmeza que la contemplación no excluye la misericordia, sino que la exige como su fruto más puro.

Liberar a los cautivos

59. Desde los tiempos apostólicos, la Iglesia ha visto en la liberación de los oprimidos un signo del Reino de Dios. Jesús mismo, al iniciar su misión pública, proclamó: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado por la unción. Él me envió a llevar la Buena Noticia a los pobres, a anunciar la liberación a los cautivos» (Lc 4, 18). Los primeros cristianos, incluso en condiciones precarias, rezaban y asistían a los hermanos y hermanas encarcelados, como atestiguan los Hechos de los Apóstoles (cf. 12, 5; 24, 23) y diversos escritos de los Padres. Esta misión liberadora se prolongó a lo largo de los siglos mediante acciones concretas, especialmente cuando el drama de la esclavitud y el cautiverio marcó sociedades enteras.

60. Entre finales del siglo XII y principios del XIII, cuando muchos cristianos eran capturados en el Mediterráneo o esclavizados en las guerras, surgieron dos Órdenes religiosos: la Orden de la Santísima Trinidad, Redención de Cautivos (trinitarios), fundada por san Juan de Mata y san Félix de Valois, y la Orden de la Bienaventurada Virgen María de la Merced (mercedarios), fundada por san Pedro Nolasco con el apoyo de san Raimundo de Peñafort, dominico. Estas comunidades de consagrados nacieron con el carisma específico de liberar a los cristianos esclavizados, poniendo a disposición sus bienes [46] y a menudo ofreciendo su propia vida a cambio. Los trinitarios, con el lema *Gloria Tibi Trinitas et captivis libertas* (Gloria a Ti, Trinidad, y a los cautivos libertad), y los mercedarios, que añaden un cuarto voto [47] a los votos religiosos de pobreza, obediencia y castidad, dieron testimonio de que la caridad puede ser heroica. La liberación de los cautivos era expresión del amor trinitario: un Dios que libera no sólo de la esclavitud espiritual, sino también de la opresión concreta. El gesto de rescatar de la esclavitud y de la prisión se considera una prolongación del sacrificio redentor de Cristo, cuya sangre es el precio de nuestro rescate (cf. 1Co 6, 20).

61. La espiritualidad original de estas Órdenes estaba profundamente arraigada en la contemplación de la cruz. Cristo es el Redentor de los cautivos por excelencia, y la Iglesia, su cuerpo, prolonga este misterio en el tiempo. [48] Los religiosos no veían en el rescate una acción política o económica, sino un acto casi litúrgico, una ofrenda sacramental de sí mismos. Muchos entregaron sus propios cuerpos para sustituir a los prisioneros, cumpliendo literalmente

el mandamiento: «No hay amor más grande que dar la vida por los amigos» (*Jn* 15, 13). La tradición de estas Órdenes no cesó. Al contrario, inspiró nuevas formas de acción frente a las esclavitudes modernas: la trata de personas, el trabajo forzoso, la explotación sexual, las distintas adicciones. [49] La caridad cristiana, cuando se encarna, se convierte en liberadora. Y la misión de la Iglesia, cuando es fiel a su Señor, es siempre proclamar la liberación. Aún en nuestros días, en los que existen «millones de personas —niños, hombres y mujeres de todas las edades— privados de su libertad y obligados a vivir en condiciones similares a la esclavitud», [50] dicha herencia es continuada por estas Órdenes y por otras Instituciones y Congregaciones que actúan en las periferias urbanas, las zonas de conflicto y los corredores migratorios. Cuando la Iglesia se arrodilla para romper las nuevas cadenas que aprisionan a los pobres, se convierte en signo de la Pascua.

62. No se puede concluir esta reflexión sobre las personas privadas de libertad sin mencionar a los reclusos que se encuentran en los distintos centros penitenciarios de preventivos y de penados. A este respecto, cabe recordar las palabras que el Papa Francisco dirigió a un grupo de ellos: «Para mí, entrar en una cárcel es siempre un momento importante, porque la cárcel es un lugar de gran humanidad [...]. De humanidad probada, a veces fatigada por dificultades, sentimientos de culpa, juicios, incomprensiones, sufrimientos, pero al mismo tiempo cargada de fuerza, de deseo de perdón, de deseo de rescate». [51] Este deseo, entre otros, también fue asumido por las Órdenes redentoras como un servicio preferencial a la Iglesia. Como proclamaba san Pablo: «Esta es la libertad que nos ha dado Cristo» (*Ga* 5, 1). Y esa libertad no es sólo interior: se manifiesta en la historia como amor que cuida y libera de todas las ataduras.

Testigos de la pobreza evangélica

63. En el siglo XIII, ante el crecimiento de las ciudades, la concentración de riquezas y la aparición de nuevas formas de pobreza, el Espíritu Santo suscitó en la Iglesia un nuevo tipo de consagración: las Órdenes mendicantes. A diferencia del modelo monástico estable, los mendicantes adoptaron una vida itinerante, sin propiedades personales ni comunitarias, confiando plenamente en la Providencia. No sólo servían a los pobres: se hacían pobres con

ellos. Consideraban la ciudad como un nuevo desierto y a los marginados como nuevos maestros espirituales. Estas Órdenes, como los franciscanos, los dominicos, los agustinos y los carmelitas, representaron una revolución evangélica, en la que el estilo de vida sencillo y pobre se convierte en un signo profético para la misión, reviviendo la experiencia de la primera comunidad cristiana (cf. *Hch* 4, 32). El testimonio de los mendicantes desafiaba tanto la opulencia clerical como la frialdad de la sociedad urbana.

64. San Francisco de Asís se convirtió en el icono de esta primavera espiritual. Tomando la pobreza como esposa, quiso imitar al Cristo pobre, desnudo y crucificado. En su Regla, pide a los hermanos que de «nada se apropien, ni casa, ni lugar, ni cosa alguna. Y como peregrinos y forasteros en este siglo, sirviendo al Señor en pobreza y humildad, vayan por limosna confiadamente, y no deben avergonzarse, porque el Señor se hizo pobre por nosotros en este mundo». [52] Su vida fue un continuo despojarse: del palacio al leproso, de la elocuencia al silencio, de la posesión al don total. Francisco no fundó un servicio social, sino una fraternidad evangélica. Entre los pobres veía hermanos e imágenes vivas del Señor. Su misión era estar con ellos, por una solidaridad que superaba las distancias, por un amor compasivo. Su pobreza era relacional: lo llevaba a hacerse cercano, igual, más aún, menor. Su santidad brotaba de la convicción de que sólo se recibe verdaderamente a Cristo en la entrega generosa de sí mismo a los hermanos.

65. Santa Clara de Asís, inspirada por Francisco, fundó la Orden de las Damas Pobres, más tarde llamadas clarisas. Su lucha espiritual consistió en mantener fielmente el ideal de la pobreza radical. Rechazó los privilegios pontificios que podrían garantizar la seguridad material de su monasterio y, con firmeza, obtuvo del Papa Gregorio IX el llamado *Privilegium Paupertatis*, que garantizaba el derecho a vivir sin poseer ningún bien material. [53] Esta opción expresaba la confianza total en Dios y la conciencia de que la pobreza voluntaria era una forma de libertad y de profecía. Clara enseñaba a sus hermanas que Cristo era su única herencia y que nada debía oscurecer la comunión con Él. Su vida orante y oculta fue un grito contra la mundanidad y una defensa silenciosa de los pobres y olvidados.

66. Santo Domingo de Guzmán, contemporáneo de Francisco, fundó la Orden de Predicadores con otro carisma, pero con la misma radicalidad.

Deseaba anunciar el Evangelio con la autoridad que brota de una vida pobre, convencido de que la Verdad necesita testigos coherentes. El ejemplo de la pobreza de vida acompañaba la Palabra predicada. Libres del peso de los bienes terrenos, los frailes dominicos podían dedicarse mejor a la obra principal, es decir, a la predicación. Iban a las ciudades, sobre todo a aquellas universitarias, para enseñar la verdad de Dios. [54] Al depender de los demás, demostraban que la fe no se impone, sino que se ofrece. Y, al vivir entre los pobres, aprendían la verdad del Evangelio «desde abajo», como discípulos del Cristo humillado.

67. Las Órdenes mendicantes fueron, así, una respuesta viva a la exclusión y la indiferencia. No propusieron expresamente reformas sociales, sino una conversión personal y comunitaria a la lógica del Reino. La pobreza, en ellos, no era consecuencia de la escasez de bienes, sino una elección libre: hacerse pequeños para acoger a los pequeños. Como dijo Tomás de Celano sobre Francisco: «Se deja ver en él el primer amador de los pobres, [...] despojándose de sus vestidos, viste con ellos a los pobres, a quienes, si no todavía de hecho, sí de todo corazón intenta asemejarse». [55] Los mendicantes se han convertido en un signo de una Iglesia peregrina, humilde y fraterna, que vive entre los pobres no por estrategia proselitista, sino por identidad. Enseñan que la Iglesia es luz sólo cuando se despoja de todo, y que la santidad pasa por un corazón humilde y volcado en los pequeños.

La Iglesia y la educación de los pobres

68. Dirigiéndose a algunos educadores, el Papa Francisco recordó que la educación ha sido siempre una de las expresiones más altas de la caridad cristiana: «La vuestra es una misión llena de obstáculos pero también de alegrías. [...] Una misión de amor, porque no se puede enseñar sin amar». [56] En este sentido, desde los primeros tiempos, los cristianos se dieron cuenta de que el saber libera, dignifica y acerca a la verdad. Para la Iglesia, enseñar a los pobres era un acto de justicia y de fe. Inspirada en el ejemplo del Maestro, que enseñaba a la gente las verdades divinas y humanas, la Iglesia asumió la misión de formar a los niños y a los jóvenes, especialmente a los más pobres, en la verdad y el amor. Esta misión tomó forma con la fundación de Congregaciones dedicadas a la educación popular.

69. En el siglo XVI, san José de Calasanz, impresionado por la falta de instrucción y formación de los jóvenes pobres de la ciudad de Roma, en unas salas anejas a la iglesia de Santa Dorotea en el Trastevere, creó la primera escuela pública popular gratuita de Europa. Era la simiente de la que después se desarrollaría, no sin dificultades, la Orden de Clérigos Regulares Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, llamados escolapios, con el fin de transmitir a los jóvenes «la ciencia profana, al igual que la sabiduría del Evangelio, enseñándoles a descubrir en sus acontecimientos personales y en la historia la acción amorosa de Dios creador y redentor». [57] De hecho, podemos considerar a este valiente sacerdote como «el verdadero fundador de la escuela católica moderna, que busca la formación integral del hombre y está abierta a todos». [58] Animado por la misma sensibilidad, en el siglo XVII san Juan Bautista de La Salle, dándose cuenta de la injusticia causada por la exclusión de los hijos de obreros y campesinos del sistema educativo de Francia en aquel tiempo, fundó los Hermanos de las Escuelas Cristianas, con el ideal de ofrecerles educación gratuita, una sólida formación y un ambiente fraternal. La Salle veía el aula como un lugar para el desarrollo humano, pero también para la conversión. Sus escuelas combinaban la oración, el método, la disciplina y el compartir. Cada niño era considerado un don único de Dios y el acto de enseñar un servicio al Reino de Dios.

70. Ya en el siglo XIX, también en Francia, san Marcelino Champagnat fundó el Instituto de los Hermanos Maristas de las Escuelas, «sensible a las necesidades espirituales y educativas de su época, especialmente a la ignorancia religiosa y a las situaciones de abandono que vivía particularmente la juventud», [59] dedicándose de lleno, en una época en la que el acceso a la educación era todavía privilegio de unos pocos, a la misión de educar y evangelizar a los niños y jóvenes, sobre todo a los más necesitados. Con el mismo espíritu, en Turín, san Juan Bosco inició la obra salesiana, basada en los tres principios del “sistema preventivo” —razón, religión y amor— [60] y el beato Antonio Rosmini fundó el Instituto de la Caridad, en el que la “caridad intelectual” —junto con la “material” y, en la cúspide, la “espiritual-pastoral”— se presentaba como una dimensión indispensable para cualquier acción caritativa que mirase al bien y al desarrollo integral de la persona. [61]

71. Muchas Congregaciones femeninas fueron también protagonistas de esta revolución pedagógica. Las ursulinas, las monjas de la Orden de la Compañía

de María Nuestra Señora, las Maestras Pías y muchas otras fundadas especialmente en los siglos XVIII y XIX ocuparon espacios donde el Estado estaba ausente. Crearon escuelas en pequeños pueblos, en los suburbios y en los barrios obreros. La educación de las niñas, en particular, se convirtió en una prioridad. Las religiosas alfabetizaban, evangelizaban, trataban de cuestiones prácticas de la vida cotidiana, elevaban el espíritu a través del cultivo de las artes y, sobre todo, formaban conciencias. Su pedagogía era sencilla: cercanía, paciencia, dulzura. Enseñaban a través de la vida, antes que con palabras. En tiempos de analfabetismo generalizado y de exclusión estructural, estas mujeres consagradas eran faros de esperanza. Su misión era formar el corazón, enseñar a pensar, promover la dignidad. Combinando una vida de piedad y dedicación al prójimo, combatieron el abandono con la ternura de quien educa en nombre de Cristo.

72. Para la fe cristiana, la educación de los pobres no es un favor, sino un deber. Los pequeños tienen derecho a la sabiduría, como exigencia básica para el reconocimiento de la dignidad humana. Enseñarles es afirmar su valor, darles las herramientas para transformar su realidad. La tradición cristiana entiende que el conocimiento es un don de Dios y una responsabilidad comunitaria. La educación cristiana forma no sólo profesionales, sino personas abiertas al bien, a la belleza y a la verdad. Por eso, la escuela católica, cuando es fiel a su nombre, se convierte en un espacio de inclusión, formación integral y promoción humana. Así, conjugando fe y cultura, se siembra futuro, se honra la imagen de Dios y se construye una sociedad mejor.

Acompañar a los migrantes

73. La experiencia de la migración acompaña la historia del pueblo de Dios. Abraham parte sin saber adónde va; Moisés conduce a un pueblo peregrino por el desierto; María y José huyen con el Niño a Egipto. El mismo Cristo, que «vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron» (Jn 1, 11), vivió entre nosotros como extranjero. Por eso, la Iglesia siempre ha reconocido en los migrantes una presencia viva del Señor, que en el día del juicio dirá a los que estén a su derecha: «Estaba de paso, y me alojaron» (Mt 25, 35).

74. En el siglo XIX, cuando millones de europeos emigraban en busca de mejores condiciones de vida, dos grandes santos se destacaron en la aten-

ción pastoral de los migrantes: san Juan Bautista Scalabrini y santa Francisca Javier Cabrini. Scalabrini, obispo de Piacenza, fundó los Misioneros de San Carlos para acompañar a los migrantes en sus comunidades de destino, ofreciéndoles asistencia espiritual, jurídica y material. Veía en los migrantes destinatarios de una nueva evangelización, alertando sobre los riesgos de la explotación y la pérdida de la fe en tierra extranjera. Respondiendo con generosidad al carisma que el Señor le había concedido, «Scalabrini miraba más allá, miraba hacia el futuro, hacia un mundo y una Iglesia sin barreras, sin extranjeros». [62] Santa Francisca Cabrini, nacida en Italia y naturalizada estadounidense, se convirtió en la primera ciudadana de los Estados Unidos en ser canonizada. Para cumplir su misión de atender a los emigrantes, cruzó el Atlántico varias veces e impulsada por una singular audacia, empezó de la nada la construcción de escuelas, hospitales y orfanatos para multitud de desheredados que se aventuraban a buscar trabajo en el nuevo mundo, sin conocer la lengua y sin medios que les permitieran una inserción digna en la sociedad norteamericana, en la que a menudo eran víctimas de personas sin escrúpulos. Su corazón materno, que no se resignaba jamás, llegaba a ellos dondequiera que se encontraran: en los tugurios, en las cárceles y en las minas». [63] En el Año Santo de 1950, el Papa Pío XII la proclamó patrona de todos los migrantes. [64]

75. La tradición de la actividad de la Iglesia con y para los migrantes continúa y hoy ese servicio se expresa en iniciativas como los centros de acogida para refugiados, las misiones en las fronteras y los esfuerzos de Cáritas Internacional y otras instituciones. El Magisterio contemporáneo reafirma claramente este compromiso. El Papa Francisco recordaba que la misión de la Iglesia junto a los migrantes y refugiados es aún más amplia, insistiendo en que «la respuesta al desafío planteado por las migraciones contemporáneas se puede resumir en cuatro verbos: acoger, proteger, promover e integrar. Pero estos verbos no se aplican sólo a los migrantes y a los refugiados. Expresan la misión de la Iglesia en relación a todos los habitantes de las periferias existenciales, que deben ser acogidos, protegidos, promovidos e integrados». [65] Y añadía: «Cada ser humano es hijo de Dios. En él está impresa la imagen de Cristo. Se trata, entonces, de que nosotros seamos los primeros en verlo y así podamos ayudar a los otros a ver en el emigrante y en el refugiado no sólo un problema que debe ser afrontado, sino un hermano y una hermana que

deben ser acogidos, respetados y amados, una ocasión que la Providencia nos ofrece para contribuir a la construcción de una sociedad más justa, una democracia más plena, un país más solidario, un mundo más fraterno y una comunidad cristiana más abierta, de acuerdo con el Evangelio». [66] La Iglesia, como madre, camina con los que caminan. Donde el mundo ve una amenaza, ella ve hijos; donde se levantan muros, ella construye puentes. Sabe que el anuncio del Evangelio sólo es creíble cuando se traduce en gestos de cercanía y de acogida; y que en cada migrante rechazado, es Cristo mismo quien llama a las puertas de la comunidad.

Al lado de los últimos

76. La santidad cristiana florece, con frecuencia, en los lugares más olvidados y heridos de la humanidad. Los más pobres entre los pobres —los que no sólo carecen de bienes, sino también de voz y de reconocimiento de su dignidad— ocupan un lugar especial en el corazón de Dios. Son los preferidos del Evangelio, los herederos del Reino (cf. *Lc 6, 20*). Es en ellos donde Cristo sigue sufriendo y resucitando. Es en ellos donde la Iglesia redescubre la llamada a mostrar su realidad más auténtica.

77. Santa Teresa de Calcuta, canonizada en 2016, se convirtió en un icono universal de la caridad vivida hasta el extremo en favor de los más indigentes, descartados por la sociedad. Fundadora de las Misioneras de la Caridad, dedicó su vida a los moribundos abandonados en las calles de la India. Recolectaba a los rechazados, lavaba sus heridas y los acompañaba hasta el momento de la muerte con una ternura que era oración. Su amor por los más pobres entre los pobres la llevaba no sólo a atender sus necesidades materiales, sino también a anunciarles la buena noticia del Evangelio: «Queremos proclamar la buena nueva a los pobres de que Dios les ama, de que nosotros les amamos, de que ellos son alguien para nosotros, de que ellos también han sido creados por la misma mano amorosa de Dios, para amar y ser amados. Nuestros pobres son grandes personas, son personas muy queribles, no necesitan nuestra lástima y simpatía, necesitan nuestro amor comprensivo. Necesitan nuestro respeto, necesitan que les tratemos con dignidad». [67] Todo esto nacía de una profunda espiritualidad que veía el servicio a los más pobres como fruto de la oración y del amor, que generan la verdadera paz,

como recordaba el Papa Juan Pablo II a los peregrinos que habían acudido a Roma para su beatificación: «¿Dónde encontró la madre Teresa la fuerza para ponerse completamente al servicio de los demás? La encontró en la oración y en la contemplación silenciosa de Jesucristo, de su santo Rostro y de su Sagrado Corazón. Lo dijo ella misma: “El fruto del silencio es la oración; el fruto de la oración es la fe; el fruto de la fe es el amor; el fruto del amor es el servicio; y el fruto del servicio es la paz” [...]. La oración colmó su corazón de la paz de Cristo y le permitió irradiarla a los demás». [68] Teresa no se consideraba una filántropa ni una activista, sino esposa de Cristo crucificado, a quien servía con amor total en los hermanos que sufrían.

78. En Brasil, santa Dulce de los Pobres, conocida como “el ángel bueno de Bahía”, encarnó el mismo espíritu evangélico con rasgos brasileños. Refiriéndose a ella y a otras dos religiosas canonizadas en la misma celebración, el Papa Francisco recordó el amor que profesaban a los más marginados de la sociedad y afirmó que las nuevas santas «nos muestran que la vida consagrada es un camino de amor en las periferias existenciales del mundo». [69] La hermana Dulce enfrentó la precariedad con creatividad, los obstáculos con ternura, la carencia con fe inquebrantable. Comenzó acogiendo a enfermos en un gallinero, y desde allí fundó una de las mayores obras sociales del país. Attendía a miles de personas al día, sin perder nunca su dulzura. Se hizo pobre con los pobres por amor al sumamente Pobre. Vivía con poco, rezaba con fervor y servía con alegría. Su fe no la alejaba del mundo, sino que la sumía aún más profundamente en los dolores de los últimos.

79. Se podría recordar también a san Benito Menni y las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús, junto a las personas con discapacidades; a san Carlos de Foucauld entre las comunidades del Sahara; a santa Katharine Drexel, junto a los grupos más desfavorecidos de Norteamérica; a la hermana Emmanuelle con los recolectores de basura en el barrio de Ezbet El Nakhl, en la ciudad de El Cairo; y a muchísimos más. Cada uno a su manera descubrió que los más pobres no son meros objetos de compasión, sino maestros del Evangelio. No se trata de “llevarles a Dios”, sino de encontrarlo entre ellos. Todos estos ejemplos enseñan que servir a los pobres no es un gesto de arriba hacia abajo, sino un encuentro entre iguales, donde Cristo se revela y es adorado. San Juan Pablo II nos recordaba que «en la persona de los pobres

hay una presencia especial [de Cristo], que impone a la Iglesia una opción preferencial por ellos». [70] Por lo tanto, cuando la Iglesia se inclina hasta el suelo para cuidar de los pobres, asume su postura más elevada.

Movimientos populares

80. Debemos reconocer también que, a lo largo de la historia cristiana, la ayuda a los pobres y la lucha por sus derechos no han implicado sólo a los individuos, a algunas familias, a las instituciones o a las comunidades religiosas. Han existido, y existen, varios movimientos populares, integrados por laicos y guiados por líderes populares, muchas veces bajo sospecha o incluso perseguidos. Me refiero a un «conjunto de personas que no caminan como individuos sino como el entramado de una comunidad de todos y para todos, que no puede dejar que los más pobres y débiles se queden atrás. [...] Los líderes populares, entonces, son aquellos que tienen la capacidad de incorporar a todos. [...] No les tienen asco ni miedo a los jóvenes lastimados y crucificados». [71]

81. Estos líderes populares saben que la solidaridad «también es luchar contra las causas estructurales de la pobreza, la desigualdad, la falta de trabajo, la tierra y la vivienda, la negación de los derechos sociales y laborales. Es enfrentar los destructores efectos del imperio del dinero [...]. La solidaridad, entendida en su sentido más hondo, es un modo de hacer historia y eso es lo que hacen los movimientos populares». [72] Por esta razón, cuando las distintas instituciones piensan en las necesidades de los pobres se requiere «que incluyan a los movimientos populares y animen las estructuras de gobierno locales, nacionales e internacionales con ese torrente de energía moral que surge de la incorporación de los excluidos en la construcción del destino común». [73] Los movimientos populares, efectivamente, nos invitan a superar «esa idea de las políticas sociales concebidas como una política *hacia* los pobres pero nunca *con* los pobres, nunca *de* los pobres y mucho menos inserta en un proyecto que reunifique a los pueblos». [74] Si los políticos y los profesionales no los escuchan, «la democracia se atrofia, se convierte en un nominalismo, una formalidad, pierde representatividad, se va desencarnando porque deja afuera al pueblo en su lucha cotidiana por la dignidad, en la construcción de su destino». [75] Lo mismo se debe decir de las instituciones de la Iglesia.

CAPÍTULO CUARTO UNA HISTORIA QUE CONTINÚA

El siglo de la Doctrina Social de la Iglesia

82. La aceleración de las transformaciones tecnológicas y sociales de los últimos dos siglos, llena de trágicas contradicciones, no sólo ha sido sufrida, sino también afrontada y pensada por los pobres. Los movimientos de trabajadores, de mujeres y de jóvenes, así como la lucha contra la discriminación racial, han dado lugar a una nueva conciencia de la dignidad de los marginados. También el aporte de la Doctrina Social de la Iglesia tiene en sí esta raíz popular que no se debe olvidar; sería inimaginable su relectura de la revelación cristiana en las modernas circunstancias sociales, laborales, económicas y culturales sin los laicos cristianos lidiando con los desafíos de su tiempo. A su lado trabajaron religiosas y religiosos, testigos de una Iglesia en salida de los caminos ya recorridos. El cambio de época que estamos afrontando hace hoy aún más necesaria la continua interacción entre los bautizados y el Magisterio, entre los ciudadanos y los expertos, entre el pueblo y las instituciones. En particular, se reconoce nuevamente que la realidad se ve mejor desde los márgenes y que los pobres son sujetos de una inteligencia específica, indispensable para la Iglesia y la humanidad.

83. El Magisterio de los últimos ciento cincuenta años ofrece una auténtica fuente de enseñanzas referidas a los pobres. De ese modo, los Obispos de Roma se han hecho voz de nuevas conciencias, tomadas en consideración para el discernimiento eclesial. Por ejemplo, en la carta encíclica *Rerum novarum* (1891), León XIII afrontó la cuestión del trabajo, poniendo al descubierto la situación intolerable de muchos obreros de la industria, proponiendo la instauración de un orden social justo. Otros pontífices también se han expresado en esta misma línea. Con la encíclica *Mater et Magistra* (1961) san Juan XXIII se hizo promotor de una justicia de dimensiones mundiales: los países ricos no podían permanecer indiferentes ante los países oprimidos por el hambre y la miseria, sino que estaban llamados a socorrerlos generosamente con todos sus recursos.

84. El Concilio Vaticano II representa una etapa fundamental en el discernimiento eclesial en relación a los pobres, a la luz de la Revelación. Si bien en

los documentos preparatorios este tema fue marginal, desde el radiomensaje del 11 de septiembre de 1962, a un mes de la apertura del Concilio, san Juan XXIII centró la atención sobre el mismo con palabras inolvidables: «La Iglesia se presenta como es y como quiere ser, como Iglesia de todos, en particular como la Iglesia de los pobres». [76] Fue pues el gran trabajo de obispos, teólogos y expertos preocupados por la renovación de la Iglesia —con el apoyo del mismo san Juan XXIII— lo que reorientó el Concilio. Es fundamental la naturaleza cristocéntrica, es decir, doctrinal y no sólo social, de tal fermento. Numerosos padres conciliares, en efecto, favorecieron la consolidación de la conciencia, bien expresada por el cardenal Lercaro en su memorable intervención del 6 de diciembre de 1962, de que «el misterio de Cristo en la Iglesia es siempre, pero sobre todo hoy, el misterio de Cristo en los pobres», [77] y de que «no se trata de un tema más, sino que en cierto sentido es el único tema de todo el Vaticano II». [78] El arzobispo de Bolonia, preparando el texto de esta intervención, anotaba: «Esta es la hora de los pobres, de los millones de pobres que están en toda la tierra, esta es la hora del misterio de la Iglesia madre de los pobres, esta es la hora del misterio de Cristo sobre todo en el pobre». [79] Se perfilaba de ese modo la necesidad de una nueva forma eclesial, más sencilla y sobria, que implicase a todo el pueblo de Dios y a su figura histórica. Una Iglesia más semejante a su Señor que a las potencias mundanas, dirigida a estimular en toda la humanidad un compromiso concreto para resolver el gran problema de la pobreza en el mundo.

85. San Pablo VI, con ocasión de la apertura de la segunda sesión del Concilio, retomó el tema planteado por su predecesor respecto a la Iglesia que mira con particular interés «a los pobres, a los necesitados, a los afligidos, a los hambrientos, a los enfermos, a los encarcelados, es decir, mira a toda la humanidad que sufre y que llora; ésta le pertenece por derecho evangélico». [80] En la Audiencia general del 11 de noviembre de 1964, subrayó que «el pobre es representante de Cristo» y, acercando la imagen del Señor en los últimos a la que se manifiesta en el Papa, afirmó: «La representación de Cristo en el pobre es universal, todo pobre refleja a Cristo; la del Papa es personal. [...] El pobre y Pedro pueden coincidir, pueden ser la misma persona, revestida de una doble representación: la de la pobreza y la de la autoridad». [81] De ese modo, el vínculo intrínseco entre la Iglesia y los pobres era expresado simbólicamente con una original claridad.

86. En la constitución pastoral *Gaudium et spes*, actualizando la herencia de los Padres de la Iglesia, el Concilio afirmó con fuerza el destino universal de los bienes de la tierra y la función social de la propiedad que deriva de ello: «Dios ha destinado la tierra y cuanto ella contiene para uso de todos los hombres y pueblos. En consecuencia, los bienes creados deben llegar a todos [...]. Por tanto, el hombre, al usarlos, no debe tener las cosas exteriores que legítimamente posee como exclusivamente suyas, sino también como comunes, en el sentido de que no le aprovechen a él solamente, sino también a los demás. Por lo demás, el derecho a poseer una parte de bienes suficiente para sí mismos y para sus familias es un derecho que a todos corresponde. [...] Quien se halla en situación de necesidad extrema tiene derecho a tomar de la riqueza ajena lo necesario para sí. [...] La misma propiedad privada tiene también, por su misma naturaleza, una índole social, cuyo fundamento reside en el destino común de los bienes. Cuando esta índole social es descuidada, la propiedad muchas veces se convierte en ocasión de ambiciones y graves desórdenes». [82] Esta convicción fue impulsada nuevamente por san Pablo VI en la encíclica *Populorum progressio*, donde leemos que nadie puede considerarse autorizado a «reservarse en uso exclusivo lo que supera a la propia necesidad cuando a los demás les falta lo necesario». [83] En su intervención en las Naciones Unidas, el Papa Montini se presentó como el abogado de los pueblos pobres, [84] solicitando a la comunidad internacional la edificación de un mundo solidario.

87. Con san Juan Pablo II se consolida, al menos en el ámbito doctrinal, la relación preferencial de la Iglesia con los pobres. Su magisterio ha reconocido, en efecto, que la opción por los pobres es una «forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia». [85] En la encíclica *Sollicitudo rei socialis* escribe también que hoy, vista la dimensión mundial que ha adquirido la cuestión social, «este amor preferencial, con las decisiones que nos inspira, no puede dejar de abarcar a las inmensas muchedumbres de hambrientos, mendigos, sin techo, sin cuidados médicos y, sobre todo, sin esperanza de un futuro mejor: no se puede olvidar la existencia de esta realidad. Ignorarlo significaría parecernos al “rico epulón” que fingía no conocer al mendigo Lázaro, postrado a su puerta (cf. *Lc* 16, 19-31)». [86] Su enseñanza sobre el trabajo adquiere importancia cuando queremos pensar en el rol activo de los pobres en la renovación de la

Iglesia y de la sociedad, dejando atrás el paternalismo de la mera asistencia de sus necesidades inmediatas. En la encíclica *Laborem exercens* afirma que «el trabajo humano es una clave, quizá la clave esencial, de toda la cuestión social». [87]

88. Frente a las múltiples crisis que han caracterizado el comienzo del tercer milenio, la lectura de Benedicto XVI se hace más marcadamente política. Así, en la carta encíclica *Caritas in veritate* afirma que «se ama al prójimo tanto más eficazmente, cuanto más se trabaja por un bien común que responda también a sus necesidades reales». [88] Además, observa que «el hambre no depende tanto de la escasez material, cuanto de la insuficiencia de recursos sociales, el más importante de los cuales es de tipo institucional. Es decir, falta un sistema de instituciones económicas capaces, tanto de asegurar que se tenga acceso al agua y a la comida de manera regular y adecuada desde el punto de vista nutricional, como de afrontar las exigencias relacionadas con las necesidades primarias y con las emergencias de crisis alimentarias reales, provocadas por causas naturales o por la irresponsabilidad política nacional e internacional». [89]

89. El Papa Francisco ha reconocido cómo, además del magisterio de los Obispos de Roma, en los últimos decenios se han hecho cada vez más frecuentes los posicionamientos adoptados por las Conferencias episcopales nacionales y regionales al respecto. Por ejemplo, él pudo testimoniar en primera persona el compromiso particular del episcopado latinoamericano al reflexionar sobre la relación de la Iglesia con los pobres. En el período post-conciliar, en casi todos los países de América Latina se sintió fuertemente la identificación de la Iglesia con los pobres y la participación activa en su rescate. Fue el corazón mismo de la Iglesia el que se conmovió ante tanta gente pobre que sufría desempleo, subempleo, salarios inicuos y estaba obligada a vivir en condiciones miserables. El martirio de san Óscar Romero, arzobispo de San Salvador, fue al mismo tiempo un testimonio y una exhortación viva para la Iglesia. Él sintió como propio el drama de la gran mayoría de sus fieles y los hizo el centro de su opción pastoral. Las Conferencias del Episcopado Latinoamericano en Medellín, Puebla, Santo Domingo y Aparecida constituyen etapas significativas también para toda la Iglesia. Yo mismo, misionero durante largos años en Perú, debo mucho a este camino de discernimiento

eclesial, que el Papa Francisco ha sabido unir sabiamente al de otras Iglesias particulares, especialmente las del Sur global. Ahora quisiera referirme a dos temas específicos de este magisterio episcopal.

Estructuras de pecado que causan pobreza y desigualdades extremas

90. En Medellín, los obispos se pronunciaron en favor de la opción preferencial por los pobres: «Cristo nuestro Salvador, no sólo amó a los pobres, sino que “siendo rico se hizo pobre”, vivió en la pobreza, centró su misión en el anuncio a los pobres de su liberación y fundó su Iglesia como signo de esa pobreza entre los hombres. [...] La pobreza de tantos hermanos clama justicia, solidaridad, testimonio, compromiso, esfuerzo y superación para el cumplimiento pleno de la misión salvífica encomendada por Cristo». [90] Los obispos afirmaron con fuerza que la Iglesia, para ser plenamente fiel a su vocación, no sólo debe compartir la condición de los pobres, sino también ponerse de su lado, comprometiéndose diligentemente en su promoción integral. La Conferencia de Puebla, ante el agravamiento de la pobreza en América Latina, confirmó la decisión de Medellín con una opción franca y profética en favor de los pobres, y calificó las estructuras de injusticia como “pecado social”.

91. La caridad es una fuerza que cambia la realidad, una auténtica potencia histórica de cambio. Es la fuente a la que debe hacer referencia todo compromiso para «resolver las causas estructurales de la pobreza», [91] y llevarlo a cabo urgentemente. Hago votos, por lo tanto, para «que crezca el número de políticos capaces de entrar en un auténtico diálogo que se oriente eficazmente a sanar las raíces profundas y no la apariencia de los males de nuestro mundo», [92] porque «se trata de escuchar el clamor de pueblos enteros, de los pueblos más pobres de la tierra». [93]

92. Por lo tanto, es preciso seguir denunciando la “dictadura de una economía que mata” y reconocer que «mientras las ganancias de unos pocos crecen exponencialmente, las de la mayoría se quedan cada vez más lejos del bienestar de esa minoría feliz. Este desequilibrio proviene de ideologías que defienden la autonomía absoluta de los mercados y la especulación financiera. De ahí que nieguen el derecho de control de los Estados, encargados de velar por el bien común. Se instaura una nueva tiranía invisible, a veces virtual, que impone, de forma unilateral e implacable, sus leyes y sus reglas». [94]

Aunque no faltan diferentes teorías que intentan justificar el estado actual de las cosas, o explicar que la racionalidad económica nos exige que esperemos a que las fuerzas invisibles del mercado resuelvan todo, la dignidad de cada persona humana debe ser respetada ahora, no mañana, y la situación de miseria de muchas personas a quienes esta dignidad se niega debe ser una llamada constante para nuestra conciencia.

93. En la encíclica *Dilexit nos*, el Papa Francisco ha recordado cómo el pecado social toma la forma de “estructura de pecado” en la sociedad, que «muchas veces [...] se inserta en una mentalidad dominante que considera normal o racional lo que no es más que egoísmo e indiferencia. Este fenómeno se puede definir “alienación social”». [95] Se vuelve normal ignorar a los pobres y vivir como si no existieran. Se presenta como elección racional organizar la economía pidiendo sacrificios al pueblo, para alcanzar ciertos objetivos que interesan a los poderosos; mientras que a los pobres sólo les quedan promesas de “gotas” que caerán, hasta que una nueva crisis global los lleve de regreso a la situación anterior. Es una auténtica alienación aquella que lleva sólo a encontrar excusas teóricas y no a tratar de resolver hoy los problemas concretos de los que sufren. Lo decía ya san Juan Pablo II: «Está alienada una sociedad que, en sus formas de organización social, de producción y consumo, hace más difícil la realización de esta donación y la formación de esa solidaridad interhumana». [96]

94. Debemos comprometernos cada vez más para resolver las causas estructurales de la pobreza. Es una urgencia que «no puede esperar, no sólo por una exigencia pragmática de obtener resultados y de ordenar la sociedad, sino para sanarla de una enfermedad que la vuelve frágil e indigna y que sólo podrá llevarla a nuevas crisis. Los planes asistenciales, que atienden ciertas urgencias, sólo deberían pensarse como respuestas pasajeras». [97] La falta de equidad «es raíz de los males sociales». [98] En efecto, «muchas veces se percibe que, de hecho, los derechos humanos no son iguales para todos». [99]

95. Resulta que «en el vigente modelo “exitista” y “privatista” no parece tener sentido invertir para que los lentos, débiles o menos dotados puedan abrirse camino en la vida». [100] La pregunta recurrente es siempre la misma: ¿los menos dotados no son personas humanas? ¿Los débiles no tienen nuestra

misma dignidad? ¿Los que nacieron con menos posibilidades valen menos como seres humanos, y sólo deben limitarse a sobrevivir? De nuestra respuesta a estos interrogantes depende el valor de nuestras sociedades y también nuestro futuro. O reconquistamos nuestra dignidad moral y espiritual, o caemos como en un pozo de suciedad. Si no nos detenemos a tomar las cosas en serio continuaremos así, de manera explícita o disimulada, legitimando «el modelo distributivo actual, donde una minoría se cree con el derecho de consumir en una proporción que sería imposible generalizar, porque el planeta no podría ni siquiera contener los residuos de semejante consumo». [101]

96. Entre las cuestiones estructurales —que no es posible imaginar que se resuelvan de lo alto y que requieren ser asumidas lo antes posible— está el tema de los lugares, los espacios, las casas y las ciudades donde los pobres viven y transitan. Lo sabemos, «¡qué hermosas son las ciudades que superan la desconfianza enfermiza e integran a los diferentes, y que hacen de esa integración un nuevo factor de desarrollo! ¡Qué lindas son las ciudades que, aun en su diseño arquitectónico, están llenas de espacios que conectan, relacionan, favorecen el reconocimiento del otro!». [102] Al mismo tiempo, «no podemos dejar de considerar los efectos de la degradación ambiental, del actual modelo de desarrollo y de la cultura del descarte en la vida de las personas». [103] De hecho, «el deterioro del ambiente y el de la sociedad afectan de un modo especial a los más débiles del planeta». [104]

97. Por consiguiente, es responsabilidad de todos los miembros del pueblo de Dios hacer oír, de diferentes maneras, una voz que despierte, que denuncie y que se exponga, aun a costo de parecer “estúpidos”. Las estructuras de injusticia deben ser reconocidas y destruidas con la fuerza del bien, a través de un cambio de mentalidad, pero también con la ayuda de las ciencias y la técnica, mediante el desarrollo de políticas eficaces en la transformación de la sociedad. Siempre debe recordarse que la propuesta del Evangelio no es sólo la de una relación individual e íntima con el Señor. La propuesta es más amplia: «es el Reino de Dios (cf. *Lc* 4, 43); se trata de amar a Dios que reina en el mundo. En la medida en que Él logre reinar entre nosotros, la vida social será ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad para todos. Entonces, tanto el anuncio como la experiencia cristiana tienden a provocar consecuencias sociales. Buscamos su Reino». [105]

98. En fin, un documento que al principio no fue bien acogido por algunos, nos ofrece una reflexión siempre actual: «A los defensores de “la ortodoxia”, se dirige a veces el reproche de pasividad, de indulgencia o de complicidad culpables respecto a situaciones de injusticia intolerables y de los regímenes políticos que las mantienen. La conversión espiritual, la intensidad del amor a Dios y al prójimo, el celo por la justicia y la paz, el sentido evangélico de los pobres y de la pobreza, son requeridos a todos, y especialmente a los pastores y a los responsables. La preocupación por la pureza de la fe ha de ir unida a la preocupación por aportar, con una vida teologal integral, la respuesta de un testimonio eficaz de servicio al prójimo, y particularmente al pobre y al oprimido». [106]

Los pobres como sujetos

99. Un don fundamental para el camino de la Iglesia universal está representado por el discernimiento de la Conferencia de Aparecida, donde los obispos latinoamericanos explicitaron que la opción preferencial de la Iglesia por los pobres «está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza». [107] En el documento se contextualiza la misión en la actual situación del mundo globalizado, con sus nuevos y dramáticos desequilibrios, [108] y los obispos, en el mensaje final, escriben: «Las agudas diferencias entre ricos y pobres nos invitan a trabajar con mayor empeño en ser discípulos que saben compartir la mesa de la vida, mesa de todos los hijos e hijas del Padre, mesa abierta, incluyente, en la que no falte nadie. Por eso reafirmamos nuestra opción preferencial y evangélica por los pobres». [109]

100. Al mismo tiempo, el documento —profundizando un tema ya presente en las Conferencias precedentes del episcopado de América Latina— insiste en la necesidad de considerar a las comunidades marginadas como *sujetos* capaces de crear su propia cultura, más que como *objetos* de beneficencia. Esto implica que dichas comunidades tienen el derecho de vivir el Evangelio, de celebrar y comunicar la fe según los valores presentes en su cultura. La experiencia de la pobreza les da la capacidad para reconocer aspectos de la realidad que otros no son capaces de ver, y por esta razón la sociedad necesita escucharlos. Lo mismo vale para la Iglesia, que debe valorizar positiva-

mente la manera “popular” que ellos tienen de vivir la fe. Un hermoso texto del documento final de Aparecida nos ayuda a reflexionar sobre este punto, para encontrar la actitud correcta: «Sólo la cercanía que nos hace amigos nos permite apreciar profundamente los valores de los pobres de hoy, sus legítimos anhelos y su modo propio de vivir la fe. [...] Día a día, los pobres se hacen sujetos de la evangelización y de la promoción humana integral: educan a sus hijos en la fe, viven una constante solidaridad entre parientes y vecinos, buscan constantemente a Dios y dan vida al peregrinar de la Iglesia. A la luz del Evangelio reconocemos su inmensa dignidad y su valor sagrado a los ojos de Cristo, pobre como ellos y excluido entre ellos. Desde esta experiencia creyente, compartiremos con ellos la defensa de sus derechos». [110]

101. Todo esto comporta la presencia de un aspecto en la opción por los pobres que debemos recordar constantemente: esta opción, en efecto, exige de nuestra parte «una atención puesta en el otro [...]. Esta atención amante es el inicio de una verdadera preocupación por su persona, a partir de la cual deseo buscar efectivamente su bien. Esto implica valorar al pobre en su bondad propia, con su forma de ser, con su cultura, con su modo de vivir la fe. El verdadero amor siempre es contemplativo, nos permite servir al otro no por necesidad o por vanidad, sino porque él es bello, más allá de su apariencia. [...] Sólo desde esta cercanía real y cordial podemos acompañarlos adecuadamente en su camino de liberación». [111] Por esta razón, dirijo un sincero agradecimiento a todos los que han escogido vivir entre los pobres; es decir, a aquellos que no van a visitarlos de vez en cuando, sino que viven con ellos y como ellos. Esta es una opción que debe encontrar lugar entre las formas más altas de vida evangélica.

102. En esta perspectiva, aparece claramente la necesidad de que «todos nos dejemos evangelizar» [112] por los pobres, y que todos reconozcamos «la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos». [113] Crecidos en la extrema precariedad, aprendiendo a sobrevivir en medio de las condiciones más difíciles, confiando en Dios con la certeza de que nadie más los toma en serio, ayudándose mutuamente en los momentos más oscuros, los pobres han aprendido muchas cosas que conservan en el misterio de su corazón. Aquellos entre nosotros que no han experimentado situaciones similares, de una vida vivida en el límite, seguramente tienen mucho que recibir

de esa fuente de sabiduría que constituye la experiencia de los pobres. Sólo comparando nuestras quejas con sus sufrimientos y privaciones, es posible recibir un reproche que nos invite a simplificar nuestra vida.

CAPÍTULO QUINTO UN DESAFÍO PERMANENTE

103. He decidido recordar esta bimilenaria historia de atención eclesial a los pobres y con los pobres para mostrar que ésta forma parte esencial del camino ininterrumpido de la Iglesia. El cuidado de los pobres forma parte de la gran Tradición de la Iglesia, como un faro de luz que, desde el Evangelio, ha iluminado los corazones y los pasos de los cristianos de todos los tiempos. Por tanto, debemos sentir la urgencia de invitar a todos a sumergirse en este río de luz y de vida que proviene del reconocimiento de Cristo en el rostro de los necesitados y de los que sufren. El amor a los pobres es un elemento esencial de la historia de Dios con nosotros y, desde el corazón de la Iglesia, prorrumpe como una llamada continua en los corazones de los creyentes, tanto en las comunidades como en cada uno de los fieles. La Iglesia, en cuanto Cuerpo de Cristo, siente como su propia “carne” la vida de los pobres, que son parte privilegiada del pueblo que va en camino. Por esta razón, el amor a los que son pobres —en cualquier modo en que se manifieste dicha pobreza— es la garantía evangélica de una Iglesia fiel al corazón de Dios. De hecho, cada renovación eclesial ha tenido siempre como prioridad la atención preferencial por los pobres, que se diferencia, tanto en las motivaciones como en el estilo, de las actividades de cualquier otra organización humanitaria.

104. El cristiano no puede considerar a los pobres sólo como un problema social; estos son una “cuestión familiar”, son “de los nuestros”. Nuestra relación con ellos no se puede reducir a una actividad o a una oficina de la Iglesia. Como enseña la Conferencia de Aparecida, «se nos pide dedicar tiempo a los pobres, prestarles una amable atención, escucharlos con interés, acompañarlos en los momentos más difíciles, eligiéndolos para compartir horas, semanas o años de nuestra vida, y buscando, desde ellos, la transformación de su situación. No podemos olvidar que el mismo Jesús lo propuso con su modo de actuar y con sus palabras». [114]

El buen samaritano de nuevo

105. La cultura dominante de los inicios de este milenio instiga a abandonar a los pobres a su propio destino, a no juzgarlos dignos de atención y mucho menos de aprecio. En la encíclica *Fratelli tutti* el Papa Francisco nos invitaba a reflexionar sobre la parábola del buen samaritano (cf. *Lc* 10, 25-37), precisamente para profundizar en este punto. En dicha parábola vemos que, frente a aquel hombre herido y abandonado en el camino, las actitudes de aquellos que pasan son distintas. Sólo el buen samaritano se ocupa de cuidarlo. Entonces vuelve la pregunta que interpela a cada uno en primera persona: «¿Con quién te identificas? Esta pregunta es cruda, directa y determinante. ¿A cuál de ellos te pareces? Nos hace falta reconocer la tentación que nos circunda de desentendernos de los demás; especialmente de los más débiles. Digámoslo, hemos crecido en muchos aspectos, aunque somos analfabetos en acompañar, cuidar y sostener a los más frágiles y débiles de nuestras sociedades desarrolladas. Nos acostumbramos a mirar para el costado, a pasar de lado, a ignorar las situaciones hasta que estas nos golpean directamente». [115]

106. Y nos hace mucho bien descubrir que aquella escena del buen samaritano se repite también hoy. Recordemos esta situación de nuestros días: «Cuando encuentro a una persona durmiendo a la intemperie, en una noche fría, puedo sentir que ese bulto es un imprevisto que me interrumpe, un delincuente ocioso, un estorbo en mi camino, un agujón molesto para mi conciencia, un problema que deben resolver los políticos, y quizá hasta una basura que ensucia el espacio público. O puedo reaccionar desde la fe y la caridad, y reconocer en él a un ser humano con mi misma dignidad, a una criatura infinitamente amada por el Padre, a una imagen de Dios, a un hermano redimido por Jesucristo. ¡Eso es ser cristianos! ¿O acaso puede entenderse la santidad al margen de este reconocimiento vivo de la dignidad de todo ser humano?». [116] ¿Qué hizo el buen samaritano?

107. La pregunta se vuelve urgente, porque nos ayuda a darnos cuenta de una grave falta en nuestras sociedades y también en nuestras comunidades cristianas. El hecho es que muchas formas de indiferencia que hoy encontramos «son signos de un estilo de vida generalizado, que se manifiesta de diversas maneras, quizás más sutiles. Además, como todos estamos muy concentrados en nuestras propias necesidades, ver a alguien sufriendo nos

molesta, nos perturba, porque no queremos perder nuestro tiempo por culpa de los problemas ajenos. Estos son síntomas de una sociedad enferma, porque busca construirse de espaldas al dolor. Mejor no caer en esa miseria. Miremos el modelo del buen samaritano». [117] Las últimas palabras de la parábola evangélica —«Ve, y procede tú de la misma manera» (Lc 10, 37)— son un mandamiento que un cristiano debe oír resonar cada día en su corazón.

Un desafío ineludible para la Iglesia de hoy

108. En una época particularmente difícil para la Iglesia de Roma, cuando las instituciones imperiales estaban colapsando bajo la presión de los bárbaros, san Gregorio Magno amonestaba a sus fieles de este modo: «Todos los días, si lo buscamos, hallamos a Lázaro, y, aunque no lo busquemos, le tenemos a la vista. Ved que a todas horas se presentan los pobres y que ahora nos piden ellos, que luego vendrán como intercesores nuestros. [...] No perdáis el tiempo de la misericordia; no hagáis caso omiso de los remedios que habéis recibido». [118] No sin valentía, él desafiaba los prejuicios generalizados hacia los pobres, como los de quienes los consideraban responsables de su propia miseria: «Cuando veis que algunos pobres hacen algunas cosas reprobables: no los despreciéis, no desconfiéis, porque tal vez la fragua de la pobreza purifica el exceso de alguna maldad pequeñísima que los mancha». [119] No pocas veces, la riqueza nos vuelve ciegos, hasta el punto de pensar que nuestra felicidad sólo puede realizarse si logramos prescindir de los demás. En esto, los pobres pueden ser para nosotros como maestros silenciosos, devolviendo nuestro orgullo y arrogancia a una justa humildad.

109. Si es verdad que los pobres son sostenidos por quienes tienen medios económicos, también se puede afirmar con certeza lo contrario. Esta es una sorprendente experiencia corroborada por la misma tradición cristiana y que se vuelve un verdadero punto de inflexión en nuestra vida personal, cuando caemos en la cuenta de que justamente los pobres son quienes nos evangelizan. ¿De qué manera? Los pobres, en el silencio de su misma condición, nos colocan frente a la realidad de nuestra debilidad. El anciano, por ejemplo, con la debilidad de su cuerpo, nos recuerda nuestra vulnerabilidad, aun cuando buscamos esconderla detrás del bienestar o de la apariencia. Además, los pobres nos hacen reflexionar sobre la precariedad de aquel orgullo agresivo

con el que frecuentemente afrontamos las dificultades de la vida. En esencia, ellos revelan nuestra fragilidad y el vacío de una vida aparentemente protegida y segura. Al respecto, volvemos a escuchar estas palabras de san Gregorio Magno: «Nadie, pues, se cuente seguro diciendo: Ea, yo no robo lo ajeno, sino que disfruto buenamente de los bienes que he recibido; porque este rico no fue castigado precisamente por robar lo ajeno, sino porque malamente reservó para sí solo los bienes que había recibido. También le llevó al infierno esto: el no vivir temeroso en medio de su felicidad, el hacer servir a su arrogancia los dones recibidos, el no tener entrañas de caridad». [120]

110. Para nosotros cristianos, la cuestión de los pobres conduce a lo esencial de nuestra fe. La opción preferencial por los pobres, es decir, el amor de la Iglesia hacia ellos, como enseñaba san Juan Pablo II, «es determinante y pertenece a su constante tradición, la impulsa a dirigirse al mundo en el cual, no obstante el progreso técnico-económico, la pobreza amenaza con alcanzar formas gigantescas». [121] La realidad es que los pobres para los cristianos no son una categoría sociológica, sino la misma carne de Cristo. En efecto, no es suficiente limitarse a enunciar en modo general la doctrina de la encarnación de Dios; para adentrarse en serio en este misterio, en cambio, es necesario especificar que el Señor se hace carne, carne que tiene hambre, que tiene sed, que está enferma, encarcelada. «Una Iglesia pobre para los pobres empieza con ir hacia la carne de Cristo. Si vamos hacia la carne de Cristo, comenzamos a entender algo, a entender qué es esta pobreza, la pobreza del Señor. Y esto no es fácil». [122]

111. El corazón de la Iglesia, por su misma naturaleza, es solidario con aquellos que son pobres, excluidos y marginados, con aquellos que son considerados un “descarte” de la sociedad. Los pobres están en el centro de la Iglesia, porque es desde la «fe en Cristo hecho pobre, y siempre cercano a los pobres y excluidos, [que] brota la preocupación por el desarrollo integral de los más abandonados de la sociedad». [123] En el corazón de cada fiel se encuentra «la exigencia de escuchar este clamor [que] brota de la misma obra liberadora de la gracia en cada uno de nosotros, por lo cual no se trata de una misión reservada sólo a algunos». [124]

112. A veces se percibe en algunos movimientos o grupos cristianos la carencia o incluso la ausencia del compromiso por el bien común de la sociedad y,

en particular, por la defensa y la promoción de los más débiles y desfavorecidos. A este respecto, es necesario recordar que la religión, especialmente la cristiana, no puede limitarse al ámbito privado, como si los fieles no tuvieran que preocuparse también de los problemas relativos a la sociedad civil y de los acontecimientos que afectan a los ciudadanos. [125]

113. En realidad, «cualquier comunidad de la Iglesia, en la medida en que pretenda subsistir tranquila sin ocuparse creativamente y cooperar con eficiencia para que los pobres vivan con dignidad y para incluir a todos, también correrá el riesgo de la disolución, aunque hable de temas sociales o critique a los gobiernos. Fácilmente terminará sumida en la mundanidad espiritual, disimulada con prácticas religiosas, con reuniones infecundas o con discursos vacíos». [126]

114. No estamos hablando sólo de la asistencia y del necesario compromiso por la justicia. Los creyentes deben darse cuenta de otra forma de incoherencia respecto a los pobres. En verdad, «la peor discriminación que sufren los pobres es la falta de atención espiritual [...]. La opción preferencial por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria». [127] No obstante, esta atención espiritual hacia los pobres es puesta en discusión por ciertos prejuicios, también por parte de cristianos, porque nos sentimos más a gusto sin los pobres. Hay quienes siguen diciendo: “Nuestra tarea es rezar y enseñar la verdadera doctrina”. Pero, desvinculando este aspecto religioso de la promoción integral, agregan que sólo el gobierno debería encargarse de ellos, o que sería mejor dejarlos en la miseria, para que aprendan a trabajar. A veces, sin embargo, se asumen criterios pseudocientíficos para decir que la libertad de mercado traerá espontáneamente la solución al problema de la pobreza. O incluso, se opta por una pastoral de las llamadas élites, argumentando que, en vez de perder el tiempo con los pobres, es mejor ocuparse de los ricos, de los poderosos y de los profesionales, para que, por medio de ellos, se puedan alcanzar soluciones más eficaces. Es fácil percibir la mundanidad que se esconde detrás de estas opiniones; estas nos llevan a observar la realidad con criterios superficiales y desprovistos de cualquier luz sobrenatural, prefiriendo círculos sociales que nos tranquilizan o buscando privilegios que nos acomodan.

Aún hoy, dar

115. Es bueno dedicar una última palabra a la limosna, que hoy no goza de buena fama, a menudo incluso entre los creyentes. No sólo no se practica, sino que además se desprecia. Por un lado, confirmo que la ayuda más importante para una persona pobre es promoverla a tener un buen trabajo, para que pueda ganarse una vida más acorde a su dignidad, desarrollando sus capacidades y ofreciendo su esfuerzo personal. El hecho es que «la falta de trabajo es mucho más que la falta de una fuente de ingresos para poder vivir. El trabajo es también esto, pero es mucho, mucho más. Trabajando nosotros nos hacemos más persona, nuestra humanidad florece, los jóvenes se convierten en adultos solamente trabajando. La Doctrina Social de la Iglesia ha visto siempre el trabajo humano como participación en la creación que continúa cada día, también gracias a las manos, a la mente y al corazón de los trabajadores». [128] Por otro lado, si aún no existe esta posibilidad concreta, no podemos correr el riesgo de dejar a una persona abandonada a su suerte, sin lo indispensable para vivir dignamente. Y, por tanto, la limosna sigue siendo un momento necesario de contacto, de encuentro y de identificación con la situación de los demás.

116. Es evidente, para quien ama de verdad, que la limosna no exime de sus responsabilidades a las autoridades competentes, ni elimina el compromiso organizado de las instituciones, y mucho menos sustituye la lucha legítima por la justicia. Sin embargo, invita al menos a detenerse y a mirar al pobre a la cara, a tocarle y compartir con él algo de lo suyo. De cualquier manera, la limosna, por pequeña que sea, infunde *pietas* en una vida social en la que todos se preocupan de su propio interés personal. Dice el libro de los Proverbios: «El hombre generoso será bendecido, porque comparte su pan con el pobre» (*Pr* 22, 9).

117. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento contienen auténticos himnos a la limosna: «Pero tú sé indulgente con el humilde y no le hagas esperar tu limosna, [...] que el tesoro encerrado en tus graneros sea la limosna, y ella te preservará de todo mal» (*Si* 29, 8.12). Y Jesús retoma esta enseñanza: «Vendan sus bienes y denlos como limosna. Háganse bolsas que no se desgasten y acumulen un tesoro inagotable en el cielo» (*Lc* 12, 33).

118. A san Juan Crisóstomo se le atribuía esta exhortación: «La limosna es el ala de la oración; si no le das alas a la oración, no volará». [129] Y san Grego-

rio Nacienceno concluía una de sus célebres oraciones con estas palabras: «En verdad, si en algo confiáis en mí, siervos de Cristo, hermanos y coherederos, mientras llega el momento, visitemos a Cristo, curemos a Cristo, alimentemos a Cristo, vistamos a Cristo, hospedemos a Cristo, honremos a Cristo; no sólo en la mesa, como algunos; ni con perfumes, como María; no sólo en el sepulcro, como José de Arimatea; ni con lo relativo a la sepultura, como Nicodemo, que amaba a Cristo a medias; ni con oro, incienso y mirra, como los Magos, anteriores a los mencionados; sino puesto que el Señor del universo quiere misericordia y no sacrificio [...], ofrezcámosle esa compasión por medio de los necesitados y de los que ahora se encuentran arrojados por tierra, para que, cuando salgamos de aquí abajo, seamos recibidos en las moradas eternas». [130]

119. Hay que alimentar el amor y las convicciones más profundas, y eso se hace con gestos. Permanecer en el mundo de las ideas y las discusiones, sin gestos personales, asiduos y sinceros, sería la perdición de nuestros sueños más preciados. Por esta sencilla razón, como cristianos, no renunciamos a la limosna. Es un gesto que se puede hacer de diferentes formas, y que podemos intentar hacer de la manera más eficaz, pero es preciso hacerlo. Y siempre será mejor hacer algo que no hacer nada. En todo caso nos llegará al corazón. No será la solución a la pobreza mundial, que hay que buscar con inteligencia, tenacidad y compromiso social. Pero necesitamos practicar la limosna para tocar la carne sufriente de los pobres.

120. El amor cristiano supera cualquier barrera, acerca a los lejanos, reúne a los extraños, familiariza a los enemigos, atraviesa abismos humanamente insuperables, penetra en los rincones más ocultos de la sociedad. Por su naturaleza, el amor cristiano es profético, hace milagros, no tiene límites: es para lo imposible. El amor es ante todo un modo de concebir la vida, un modo de vivirla. Pues bien, una Iglesia que no pone límites al amor, que no conoce enemigos a los que combatir, sino sólo hombres y mujeres a los que amar, es la Iglesia que el mundo necesita hoy.

121. Ya sea a través del trabajo que ustedes realizan, o de su compromiso por cambiar las estructuras sociales injustas, o por medio de esos gestos sencillos de ayuda, muy cercanos y personales, será posible para aquel pobre sentir que las palabras de Jesús son para él: «Yo te he amado» (Ap 3, 9).

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 4 de octubre, memoria de san Francisco de Asís, del año 2025, primero de mi Pontificado.

León PP. XIV

[1] Francisco, Carta enc. *Dilexit nos* (24 octubre 2024), 170: AAS 116 (2024), 1422.

[2] *Ibíd.*, 171: AAS 116 (2024), 1422-1423.

[3] *Id.*, Exhort. ap. *Gaudete et exsultate* (19 marzo 2018), 96: AAS 110 (2018), 1137.

[4] Francisco, Encuentro con los representantes de los medios de comunicación (16 marzo 2013): AAS 105 (2013), 381.

[5] J. Bergoglio - A. Skorka, *Sobre el cielo y la tierra*, Buenos Aires 2013, 214.

[6] S. Pablo VI, *Homilía en la Santa Misa concelebrada durante la última sesión pública del Concilio Ecu-
ménico Vaticano II* (7 diciembre 1965): AAS 58 (1966), 55-56.

[7] Cf. Francisco, Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 187: AAS 105 (2013), 1098.

[8] *Ibíd.*, 212: AAS 105 (2013), 1108.

[9] *Id.*, Carta. enc. *Fratelli tutti* (3 octubre 2020), 23: AAS 112 (2020), 977.

[10] *Ibíd.*, 21: AAS 112 (2020), 976.

[11] Consejo de las Comunidades Europeas, *Decisión (85/8/CEE) relativa a una acción comunitaria espe-
cífica de lucha contra la pobreza* (19 diciembre 1984), art. 1, par. 2: *Diario Oficial de las Comunidades
Europeas*, N. L 2/24.

[12] Cf. S. Juan Pablo II, Catequesis (27 octubre 1999): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua
española, 29 octubre 1999, 3.

[13] Francisco, Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 197: AAS 105 (2013), 1102.

[14] Cf. *id.*, Mensaje para la V Jornada Mundial de los Pobres (13 junio 2021), 3: AAS 113 (2021), 691:
«Jesús no sólo está de parte de los pobres, sino que comparte con ellos la misma suerte. Esta es una
importante lección también para sus discípulos de todos los tiempos».

[15] *Id.*, Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 186: AAS 105 (2013), 1098.

[16] *Id.*, Exhort. ap. *Gaudete et exsultate* (19 marzo 2018), 95: AAS 110 (2018), 1137.

[17] *Ibíd.*, 97: AAS 110 (2018), 1137.

[18] *Id.*, Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 194: AAS 105 (2013), 1101.

[19] Francisco, Encuentro con los representantes de los medios de comunicación (16 marzo 2013): AAS
105 (2013), 381.

[20] Conc. Ecum. Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 8.

[21] Francisco, Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 48: AAS 105 (2013), 1040.

[22] En este capítulo propondremos algunos de estos ejemplos de santidad, que no pretenden ser exhaustivos, sino indicativos del cuidado de los pobres que siempre ha caracterizado la presencia de la Iglesia en el mundo. Una reflexión detallada sobre la historia de esta atención eclesial a los más pobres se encuentra en el libro de V. Paglia, *Storia della povertà*, Milán 2014.

[23] Cf. S. Ambrosio, *De officiis ministrorum* I, cap. 41, 205-206: CCSL 15, Turnhout 2000, 76-77; II, cap. 28, 140-143: CCSL 15, 148-149.

[24] *Ibid.* II, cap. 28, 140: CCSL 15, 148.

[25] *Ibid.*

[26] *Ibid.* II, cap. 28, 142: CCSL 15, 148.

[27] S. Ignacio de Antioquía, *Epistula ad Smyrnaeos*, 6, 2: *SCh* 10bis, París 2007, 136-138. [28] S. Policarpo, *Epistula ad Philippenses*, 6, 1: *SCh* 10bis, 186.

[29] S. Justino, *Apologia prima*, 67, 6-7: *SCh* 507, París 2006, 310.

[30] S. Juan Crisóstomo, *Homiliae in Matthaem*, 50, 3: *PG* 58, París 1862, 508.

[31] *Ibid.*, 50, 4: *PG* 58, 509.

[32] *Id.*, *Homilia in Epistula ad Hebraeos*, 11, 3: *PG* 63, París 1862, 94.

[33] *Id.*, *Homilia II De Lazaro*, 6: *PG* 48, París 1862, 992.

[34] S. Ambrosio, *De Nabuthae*, 12, 53: *CSEL* 32/2, Praga-Viena-Leipzig 1897, 498.

[35] S. Agustín, *Enarrationes in Psalmos*, 125, 12: *CSEL* 95/3, Viena 2001, 181.

[36] *Id.*, *Sermo LXXXVI*, 5: CCSL 41Ab, Turnhout 2019, 411-412.

[37] Pseudoagustín, *Sermo CCCLXXXVIII*, 2: *PL* 39, París 1862, 1700.

[38] S. Cipriano, *De mortalitate*, 16: CCSL 3A, Turnhout 1976, 25.

[39] Francisco, Mensaje para la XXX Jornada Mundial del Enfermo (10 diciembre 2021), 3: AAS 114 (2022), 51.

[40] S. Camilo de Lellis, *Reglas de la Compañía de los Ministros de los Enfermos*, 27: M. Vanti (ed.), *Scritti di San Camillo de Lellis*, Milán 1965, 67.

[41] Sta. Luisa de Marillac, *Carta a las Hermanas Claude Carré y Marie Gaudoin* (28 noviembre 1657): E. Charpy (ed.), *Sainte Louise de Marillac. Écrits*, París 1983, 576.

[42] S. Basilio Magno, *Regulae fusius tractatae*, 37, 1: *PG* 31, París 1857, 1009 C-D.

[43] *Regula Benedicti*, 53, 15: *SCh* 182, París 1972, 614.

[44] S. Juan Casiano, *Collationes* XIV, 10: *CSEL* 13, Viena 2004, 410.

[45] Benedicto XVI, Catequesis (21 octubre 2009): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 23 octubre 2009, 32.

[46] Cf. Inocencio III, Bula *Operante divinae dispositionis - Regla Primitiva de los Trinitarios* (17 diciembre 1198), 2: J. L. Aurrecoechea - A. Moldón (eds.), *Fuentes históricas de la Orden Trinitaria (s. XII- XV)*, Córdoba 2003, 6-7: «Todos los bienes, de dondequiera que lícitamente provengan, los dividan en tres partes iguales; y en la medida en que dos partes sean suficientes, se lleven a cabo con ellas obras de misericordia, junto con un moderado sustento de sí mismos y de los que por necesidad están a su servicio. En cambio, la tercera parte se reserve para la redención de los cautivos a causa de su fe en Cristo».

[47] Cf. *Constituciones de la Orden de los Mercedarios*, n. 14: Orden de la Bienaventurada Virgen María de la Merced, *Regla y Constituciones*, Roma 2014, 53: «Para cumplir esta misión, impulsados por la caridad, nos consagramos a Dios con un voto particular, llamado de Redención, en virtud del cual prometemos dar la vida como Cristo la dio por nosotros, si fuere necesario, para salvar a los cristianos que se encuentran en extremo peligro de perder su fe, en las nuevas formas de cautividad».

[48] Cf. S. Juan Bautista de la Concepción, *La regla de la Orden de la Santísima Trinidad*, XX, 1: *BAC Maior* 60, Madrid 1999, 90: «Y en esto son los pobres y cautivos semejantes a Cristo, en quien el mundo arroja sus penas [...]. A éstos esta santa Religión de la Santísima Trinidad llama y convida que vengan a beber del agua del Salvador, que es decir que, por haberse Cristo puesto en la cruz a ser salud y salvador de los hombres, ella ha cogido de aquella salud y la quiere dar y repartir a los pobres y salvar y librar a los cautivos».

[49] Cf. id., *El recogimiento interior*, XL, 4: *BAC Maior* 48, Madrid 1995, 689: «El libre albedrío al hombre le hace señor y libre entre todas las criaturas, pero ¡ay, buen Dios!, cuántos más son los que por ese camino son esclavos y cautivos del demonio, presos y aherrojados de sus pasiones y apetitos desordenados».

[50] Francisco, Mensaje para la XLVIII Jornada Mundial de la Paz (8 diciembre 2014), 3: *AAS* 107 (2015), 69.

[51] Id., Encuentro con los agentes de la policía penitenciaria, los detenidos y los voluntarios de la cárcel de Montorio (Verona, 18 de mayo de 2024): *AAS* 116 (2024), 766.

[52] Honorio III, Bula *Solet annuere - Regla bulada* (29 noviembre 1223), cap. VI: *SCh* 285, París 1981, 192.

[53] Cf. Gregorio IX, Bula *Sicut manifestum est* (17 septiembre 1228), 7: *SCh* 325, París 1985, 200: «Sicut igitur supplicastis, altissimae paupertatis propositum vestrum favore apostolico roboramus, auctoritate vobis praesentium indulgentes, ut recipere possessiones a nullo compelli possitis».

[54] Cf. S. C. Tugwell (ed.), *Early Dominicans. Selected Writings*, Mahwah 1982, 16-19.

[55] Tomás de Celano, *Vita Secunda - pars prima*, cap. IV, 8: *AnalFranc* 10, Florencia 1941, 135.

[56] Francisco, Discurso después de la visita a la tumba de don Lorenzo Milani (Barbiana, 20 de junio de 2017), 2: *AAS* 109 (2017), 745.

[57] S. Juan Pablo II, Discurso a los participantes en el Capítulo General de los Clérigos Regulares Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías - Escolapios (5 julio 1997), 2: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 11 julio 1997, 2.

[58] *Ibid.*

[59] Id., Homilía durante la Santa Misa de canonización (18 abril 1999): *AAS* 91 (1999), 930.

[60] Cf. id., Carta *Iuvenum Patris* (31 enero 1988), 9: *AAS* 80 (1988), 976.

[61] Cf. Francisco, Discurso a los participantes en el Capítulo General del Instituto de la Caridad - Rosminianos (1 octubre 2018): *L'Osservatore Romano*, 1-2 octubre 2018, 7.

[62] Id., Homilía durante la Santa Misa de canonización (9 octubre 2022): *AAS* 114 (2022), 1338.

[63] S. Juan Pablo II, Mensaje a la Congregación de Misioneras del Sagrado Corazón (31 mayo 2000), 3: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 28 julio 2000, 5.

[64] Cf. Pío XII, Breve ap. *Superiore iam aetate* (8 septiembre 1950): *AAS* 43 (1951), 455-456.

- [65] Francisco, Mensaje para la CV Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado (27 mayo 2019): AAS 111 (2019), 911.
- [66] Id., Mensaje para la C Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado (5 agosto 2013): AAS 105 (2013), 930.
- [67] Sta. Teresa de Calcuta, *Discurso al recibir el Premio Nobel de la Paz* (Oslo, 10 de diciembre de 1979): Id., *Aimer jusqu'à en avoir mal*, Lyon 2017, 19-20.
- [68] S. Juan Pablo II, Discurso a los peregrinos venidos a Roma para la beatificación de la Madre Teresa de Calcuta (20 octubre 2003), 3: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 31 octubre 2003, 7.
- [69] Francisco, Homilía durante la Santa Misa de canonización (13 octubre 2019): AAS 111 (2019), 1712.
- [70] S. Juan Pablo II, Carta ap. *Novo millennio ineunte* (6 enero 2001), 49: AAS 93 (2001), 302.
- [71] Francisco, Exhort. ap. *Christus vivit* (25 marzo 2019), 231: AAS 111 (2019), 458.
- [72] Id., Discurso a los participantes en el Encuentro mundial de los movimientos populares (28 octubre 2014): AAS 106 (2014), 851-852.
- [73] *Ibid.*: AAS 106 (2014), 859.
- [74] Id., Discurso a los participantes en el Encuentro mundial de los movimientos populares (5 noviembre 2016): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 11 noviembre 2016, 8.
- [75] *Ibid.*
- [76] S. Juan XXIII, Radiomensaje a todos los fieles del mundo un mes antes de la apertura del Concilio Ecuménico Vaticano II (11 septiembre 1962): AAS 54 (1962), 682.
- [77] G. Lercaro, *Intervención en la XXXV Congregación general del Concilio Ecuménico Vaticano II* (6 diciembre 1962), 2: AS I/IV, 327-328.
- [78] *Ibid.*, 4: AS I/IV, 329.
- [79] Istituto per le Scienze Religiose (ed.), *Per la forza dello Spirito. Discorsi conciliari del Card. Giacomo Lercaro*, Bolonia 1984, 115.
- [80] S. Pablo VI, Alocución en la solemne apertura de la segunda sesión del Concilio Ecuménico Vaticano II (29 septiembre 1963): AAS 55 (1963), 857.
- [81] Id., Catequesis (11 noviembre 1964): *Insegnamenti di Paolo VI*, II (1964), 984.
- [82] Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 69. 71.
- [83] S. Pablo VI, Carta enc. *Populorum progressio* (26 marzo 1967), 23: AAS 59 (1967), 269.
- [84] Cf. *ibid.*, 4: AAS 59 (1967), 259.
- [85] S. Juan Pablo II, Carta enc. *Sollicitudo rei socialis* (30 diciembre 1987), 42: AAS 80 (1988), 572.
- [86] *Ibid.*: AAS 80 (1988), 573.
- [87] Id., Carta enc. *Laborem exercens* (14 septiembre 1981), 3: AAS 73 (1981), 584.
- [88] Benedicto XVI, Carta enc. *Caritas in veritate* (29 junio 2009), 7: AAS 101 (2009), 645.
- [89] *Ibid.*, 27: AAS 101 (2009), 661.

- [90] II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, *Documento de Medellín* (24 octubre 1968), 14, n. 7: CELAM, *Medellín. Conclusiones*, Lima 2005, 131-132.
- [91] Francisco, Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 202: AAS 105 (2013), 1105.
- [92] *Ibid.*, 205: AAS 105 (2013), 1106.
- [93] *Ibid.*, 190: AAS 105 (2013), 1099.
- [94] *Ibid.*, 56: AAS 105 (2013), 1043.
- [95] Id., Carta enc. *Dilexit nos* (24 octubre 2024), 183: AAS 116 (2024), 1427.
- [96] S. Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus* (1 mayo 1991), 41: AAS 83 (1991), 844-845.
- [97] Francisco, Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 202: AAS 105 (2013), 1105. [98] *Ibid.*
- [99] Id., Carta enc. *Fratelli tutti* (3 octubre 2020), 22: AAS 112 (2020), 976.
- [100] Id., Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 209: AAS 105 (2013), 1107.
- [101] Id., Carta enc. *Laudato si'* (24 mayo 2015), 50: AAS 107 (2015), 866.
- [102] Id., Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 210: AAS 105 (2013), 1107.
- [103] Id., Carta enc. *Laudato si'* (24 mayo 2015), 43: AAS 107 (2015), 863.
- [104] *Ibid.*, 48: AAS 107 (2015), 865.
- [105] Id., Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 180: AAS 105 (2013), 1095.
- [106] Congregación para la Doctrina de la Fe, Instrucción sobre algunos aspectos de la "Teología de la liberación" (6 agosto 1984), XI, 18: AAS 76 (1984), 907-908.
- [107] V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, *Documento de Aparecida* (29 junio 2007), n. 392, Bogotá 2007, pp. 179-180. Cf. Benedicto XVI, Discurso en la sesión inaugural de los trabajos de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (13 mayo 2007), 3: AAS 99 (2007), 450.
- [108] Cf. V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, *Documento de Aparecida* (29 junio 2007), nn. 43-87, pp. 31-47.
- [109] Id., *Mensaje final* (29 mayo 2007), n. 4, Bogotá 2007, p. 275.
- [110] Id., *Documento de Aparecida* (29 junio 2007), n. 398, p. 182.
- [111] Francisco, Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 199: AAS 105 (2013), 1103-1104.
- [112] *Ibid.*, 198: AAS 105 (2013), 1103.
- [113] *Ibid.*
- [114] V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, *Documento de Aparecida* (29 junio 2007), n. 397, p. 182.
- [115] Francisco, Carta enc. *Fratelli tutti* (3 octubre 2020), 64: AAS 112 (2020), 992.
- [116] Id., Exhort. ap. *Gaudete et exsultate* (19 marzo 2018), 98: AAS 110 (2018), 1137.
- [117] Id., Carta enc. *Fratelli tutti* (3 octubre 2020), 65-66: AAS 112 (2020), 992.
- [118] S. Gregorio Magno, *Homilía* 40, 10: *SCh* 522, París 2008, 552-554.

[119] *Ibid.*, 6: *SCh* 522, 546.

[120] *Ibid.*, 3: *SCh* 522, 536.

[121] S. Juan Pablo II, Carta enc. Centesimus annus (1 mayo 1991), 57: *AAS* 83 (1991) 862-863.

[122] Francisco, Vigilia de Pentecostés con los movimientos eclesiales (18 mayo 2013): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 24 mayo 2013, 6.

[123] Id., Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 186: *AAS* 105 (2013), 1098.

[124] *Ibid.*, 188: *AAS* 105 (2013), 1099.

[125] Cf. *ibid.*, 182-183: *AAS* 105 (2013), 1096-1097.

[126] *Ibid.*, 207: *AAS* 105 (2013), 1107.

[127] *Ibid.*, 200: *AAS* 105 (2013), 1104.

[128] Id., Discurso en ocasión del encuentro con el mundo del trabajo en el establecimiento siderúrgico ILVA en Génova (27 mayo 2017): *AAS* 109 (2017), 613.

[129] Pseudocrisóstomo, *Homilia de jejunio et eleemosyna*: *PG* 48, 1060.

[130] S. Gregorio Nacianceno, *Oratio* XIV, 40: *PG* 35, París 1886, 910.

Carta Apostólica *In Unitate Fidei* en el 1700 Aniversario del Concilio de Nicea

1. En la unidad de la fe, proclamada desde los orígenes de la Iglesia, los cristianos están llamados a caminar concordados, custodiando y transmitiendo con amor y con alegría el don recibido. Esto se expresa en las palabras del Credo: «Creemos en Jesucristo, Hijo único de Dios, que por nuestra salvación bajó del cielo», formuladas por el Concilio de Nicea, el primer acontecimiento ecuménico de la historia del cristianismo, hace 1700 años.

Mientras me dispongo a realizar el Viaje Apostólico a Turquía, con esta carta deseo alentar en toda la Iglesia un renovado impulso en la profesión de la fe, cuya verdad, que desde hace siglos constituye el patrimonio compartido entre los cristianos, merece ser confesada y profundizada de manera siempre nueva y actual. Al respecto, ha sido aprobado un rico documento de la Comisión Teológica Internacional: *Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador. El 1700 aniversario del Concilio Ecuménico de Nicea*. A él remito, porque ofrece útiles perspectivas para profundizar en la importancia y actualidad no sólo teológica y eclesial, sino también cultural y social del Concilio de Nicea.

2. «Comienzo del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios»: así san Marcos titula su Evangelio, resumiendo todo su mensaje precisamente en el signo de la filiación divina de Jesucristo. Del mismo modo, el apóstol Pablo sabe que está llamado a anunciar el Evangelio de Dios sobre su Hijo muerto y resucitado por nosotros (cf. Rm 1,9), que es el “sí” definitivo de Dios a las promesas de los profetas (cf. 2Co 1, 19-20). En Jesucristo, el Verbo que era Dios antes de los tiempos y por medio del cual todo fue hecho —recita el prólogo del Evangelio

de san Juan—, «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1, 14). En Él, Dios se ha hecho nuestro prójimo, de modo que todo lo que hagamos a cada uno de nuestros hermanos, a Él se lo hacemos (cf. Mt 25, 40).

En este Año Santo dedicado a Cristo, quien es nuestra esperanza, es una coincidencia providencial que se celebre también el 1700 aniversario del primer Concilio Ecuménico de Nicea, que en el 325 proclamó la profesión de fe en Jesucristo, Hijo de Dios. Este es el corazón de la fe cristiana. Aún hoy, en la celebración eucarística dominical pronunciamos el Símbolo Niceno-constantinopolitano, profesión de fe que une a todos los cristianos. Ella nos da esperanza en los tiempos difíciles que vivimos, en medio de muchas preocupaciones y temores, amenazas de guerra y violencia, desastres naturales, graves injusticias y desequilibrios, hambre y miseria sufrida por millones de hermanos y hermanas nuestros.

3. Los tiempos del Concilio de Nicea no eran menos turbulentos. Cuando comenzó, en el 325, aún estaban abiertas las heridas de las persecuciones contra los cristianos. El Edicto de tolerancia de Milán (313), promulgado por los emperadores Constantino y Licinio, parecía anunciar el amanecer de una nueva era de paz. Sin embargo, tras las amenazas externas, pronto surgieron disputas y conflictos en la Iglesia.

Arrio, un presbítero de Alejandría de Egipto, enseñaba que Jesús no es verdaderamente el Hijo de Dios; aunque tampoco una simple criatura, sería un ser intermedio entre el Dios inalcanzablemente lejano y nosotros. Además, habría habido un tiempo en el que el Hijo “no era”. Esto concordaba con la mentalidad de la época y por ello resultaba plausible.

Pero Dios no abandona a su Iglesia, suscitando siempre hombres y mujeres valientes, testigos de la fe y pastores que guían a su pueblo e indican el camino del Evangelio. El obispo Alejandro de Alejandría se dio cuenta de que las enseñanzas de Arrio no eran coherentes con la Sagrada Escritura. Como Arrio no se mostraba conciliador, Alejandro convocó a los obispos de Egipto y Libia a un sínodo, que condenó la enseñanza de Arrio; luego envió una carta a los demás obispos de Oriente para informarlos detalladamente. En Occidente se activó el obispo Osio de Córdoba, en España, ya probado como ferviente confesor de la fe durante la persecución bajo el emperador Maximiano y que gozaba de la confianza del obispo de Roma, el Papa Silvestre.

También los seguidores de Arrio se compactaron. Esto llevó a una de las mayores crisis en la historia de la Iglesia del primer milenio. El motivo de la disputa no era un detalle secundario. Se trataba del centro de la fe cristiana, es decir, de la respuesta a la pregunta decisiva que Jesús había planteado a los discípulos en Cesarea de Filipo: «Y ustedes, ¿quién dicen que soy?» (cf. Mt 16, 15).

4. Mientras la controversia se intensificaba, el emperador Constantino se dio cuenta de que, junto con la unidad de la Iglesia, también estaba amenazada la unidad del Imperio. Convocó entonces a todos los obispos a un concilio ecuménico, es decir, universal, en Nicea, para restablecer la unidad. El sínodo, llamado de los “318 Padres”, se desarrolló bajo la presidencia del emperador: el número de obispos reunidos era sin precedentes. Algunos de ellos llevaban aún las marcas de las torturas sufridas durante la persecución. La gran mayoría provenía de Oriente, mientras que, al parecer, sólo cinco eran occidentales. El Papa Silvestre se apoyó en la figura, teológicamente autorizada, del obispo Osio de Córdoba y envió a dos presbíteros romanos.

5. Los Padres del Concilio dieron testimonio de su fidelidad a la Sagrada Escritura y a la Tradición apostólica, tal como se profesaba durante el bautismo según el mandato de Jesús: «Vayan, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28, 19). En Occidente existían diversas fórmulas, entre ellas el llamado Credo de los Apóstoles. [1] También en Oriente existían muchas profesiones bautismales, semejantes entre sí en su estructura. No se trataba de un lenguaje erudito y complicado, sino más bien —como se dijo después— del lenguaje sencillo comprendido por los pescadores del mar de Galilea.

Sobre esta base, el Credo niceno comienza profesando: «Creemos en un *solo* Dios Padre Todopoderoso, creador de todas las cosas, de las visibles y de las invisibles». [2] Con ello los Padres conciliares expresaron la fe en el Dios uno y único. En el Concilio no hubo controversia al respecto. Se debatió, en cambio, un segundo artículo, que utiliza también el lenguaje de la Biblia para profesar la fe en «un *solo* Señor Jesucristo Hijo de Dios». El debate se debía a la necesidad de responder a la cuestión planteada por Arrio acerca de cómo debía entenderse la afirmación “Hijo de Dios” y cómo podía conciliarse con el monoteísmo bíblico. El Concilio estaba llamado, por tanto, a definir el significado correcto de la fe en Jesús como “el Hijo de Dios”.

Los Padres confesaron que Jesús es el Hijo de Dios en cuanto es «*de la misma sustancia (ousia) del Padre* [...] generado, no creado, de la misma sustancia (homooúsios) del Padre». Con esta definición se rechazaba radicalmente la tesis de Arrio. [3] Para expresar la verdad de la fe, el Concilio usó dos palabras, “sustancia” (*ousia*) y “de la misma sustancia” (*homooúsios*), que no se encuentran en la Escritura. Al hacerlo no quiso sustituir las afirmaciones bíblicas por la filosofía griega. Al contrario, el Concilio empleó estos términos para afirmar con claridad la fe bíblica, distinguiéndola del error helenizante de Arrio. La acusación de helenización no se aplica, pues, a los Padres de Nicea, sino a la falsa doctrina de Arrio y sus seguidores.

En positivo, los Padres de Nicea quisieron permanecer firmemente fieles al monoteísmo bíblico y al realismo de la encarnación. Quisieron reafirmar que el único y verdadero Dios no es inalcanzablemente lejano a nosotros, sino que, por el contrario, se ha hecho cercano y ha salido a nuestro encuentro en Jesucristo.

6. Para expresar su mensaje en el lenguaje sencillo de la Biblia y de la liturgia familiar a todo el Pueblo de Dios, el Concilio retoma algunas formulaciones de la profesión bautismal: «Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero». El Concilio adopta luego la metáfora bíblica de la luz: «Dios es luz» (1Jn 1, 5; cf. Jn 1, 4-5). Como la luz que irradia y se comunica a sí misma sin disminuir, así el Hijo es el reflejo (*apaugasma*) de la gloria de Dios y la imagen (*character*) de su ser (*hipóstasis*) (cf. Hb 1, 3; 2Co 4, 4). El Hijo encarnado, Jesús, es por ello la luz del mundo y de la vida (cf. Jn 8, 12). Por el bautismo, los ojos de nuestro corazón son iluminados (cf. Ef 1, 18), para que también nosotros podamos ser luz en el mundo (cf. Mt 5, 14).

Finalmente, el Credo afirma que el Hijo es «Dios verdadero de Dios verdadero». En muchos pasajes, la Biblia distingue a los ídolos muertos del Dios verdadero y viviente. El Dios verdadero es el Dios que habla y actúa en la historia de la salvación: el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, que se reveló a Moisés en la zarza ardiente (cf. Ex 3, 14), el Dios que ve la miseria del pueblo, escucha su clamor, lo guía y lo acompaña a través del desierto con la columna de fuego (cf. Ex 13, 21), le habla con voz de trueno (cf. Dt 5, 26) y tiene compasión de él (cf. Os 11, 8-9). El cristiano es llamado, por tanto, a convertirse de los ídolos muertos al Dios vivo y verdadero (cf. Hch 12, 25; 1Ts 1, 9). En

este sentido, Simón Pedro confiesa en Cesarea de Filipo: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16, 16).

7. El Credo de Nicea no formula una teoría filosófica. Profesa la fe en el Dios que nos ha redimido por medio de Jesucristo. Se trata del Dios viviente: Él quiere que tengamos vida y que la tengamos en abundancia (cf. Jn 10, 10). Por eso el Credo continúa con las palabras de la profesión bautismal: el Hijo de Dios «que por nosotros lo hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo, y se encarnó y se hizo hombre; murió y resucitó al tercer día, y subió al cielo, y vendrá para juzgar a vivos y muertos». Esto deja claro que las afirmaciones cristológicas de fe del Concilio están insertas en la historia de salvación entre Dios y sus criaturas.

San Atanasio, que había participado en el Concilio como diácono del obispo Alejandro y le sucedió en la sede de Alejandría de Egipto, subrayó repetidamente y con eficacia la dimensión soteriológica que el Credo niceno expresa. Escribe en efecto que el Hijo, que descendió del cielo, «nos hizo hijos para el Padre y, habiendo llegado Él mismo a ser hombre, divinizó a los hombres. No se trata de que siendo hombre posteriormente haya llegado a ser Dios, sino que siendo Dios se hizo hombre para divinizarlos a nosotros». [4] Sólo si el Hijo es verdaderamente Dios esto es posible: ningún ser mortal, de hecho, puede vencer a la muerte y salvarnos; sólo Dios puede hacerlo. Él nos ha liberado en su Hijo hecho hombre para que fuésemos libres (cf. Ga 5,).

Merece ser resaltado, en el Credo de Nicea, el verbo *descendit*, «descendió». San Pablo describe con expresiones fuertes este movimiento: «[Cristo] se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor y haciéndose semejante a los hombres» (Flp 2, 7), así como afirma el prólogo del Evangelio de san Juan: «Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1, 14). Por eso —enseña la Carta a los Hebreos— «no tenemos un Sumo Sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades; al contrario, él fue sometido a las mismas pruebas que nosotros, a excepción del pecado» (Hb 4, 15). La tarde antes de su muerte se inclinó como un esclavo para lavar los pies a los discípulos (cf. Jn 13, 1-17). Y el apóstol Tomás, sólo cuando pudo poner los dedos en la herida del costado del Señor resucitado, confesó: «¡Señor mío y Dios mío!» (Jn 20, 28).

Es precisamente en virtud de su encarnación que encontramos al Señor en nuestros hermanos y hermanas necesitados: «Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo» (Mt 25, 40). El Credo niceno no nos habla, por tanto, de un Dios lejano, inalcanzable, inmóvil, que descansa en sí mismo, sino de un Dios que está cerca de nosotros, que nos acompaña en nuestro camino por las sendas del mundo y en los lugares más oscuros de la tierra. Su inmensidad se manifiesta en el hecho de que se hace pequeño, se despoja de su infinita majestad haciéndose nuestro prójimo en los pequeños y en los pobres. Esto revoluciona las concepciones paganas y filosóficas de Dios.

Otra palabra del Credo niceno es para nosotros hoy particularmente reveladora. La afirmación bíblica «se hizo carne», precisada añadiendo la palabra «hombre» después de la palabra «encarnado». Nicea toma así distancia de la falsa doctrina según la cual el *Logos* habría asumido sólo un cuerpo como revestimiento exterior, pero no el alma humana, dotada de entendimiento y libre albedrío. Al contrario, quiere afirmar lo que el Concilio de Calcedonia (451) declararía explícitamente: en Cristo, Dios ha asumido y redimido al ser humano entero, con cuerpo y alma. El Hijo de Dios se hizo hombre —explica san Atanasio— para que nosotros, los hombres, pudiéramos ser divinizados. [5] Esta luminosa inteligencia de la Revelación divina había sido preparada por san Ireneo de Lyon y por Orígenes, y se desarrolló luego con gran riqueza en la espiritualidad oriental.

La divinización no tiene nada que ver con la auto-deificación del hombre. Por el contrario, la divinización nos protege de la tentación primordial de querer ser como Dios (cf. Gn 3, 5). Aquello que Cristo es por naturaleza, nosotros lo llegamos a ser por gracia. Por la obra de la redención, Dios no sólo ha restaurado nuestra dignidad humana como imagen de Dios, sino que Aquel que nos creó de modo maravilloso nos ha hecho partícipes, de modo más admirable aún, de su naturaleza divina (cf. 2P 1, 4).

La divinización es, por tanto, la verdadera humanización. He aquí por qué la existencia del hombre apunta más allá de sí misma, busca más allá de sí misma, desea más allá de sí misma y está inquieta hasta que reposa en Dios: [6] *Deus enim solus satiat*, ¡Sólo Dios satisface al hombre! [7] Sólo Dios, en su infinitud, puede saciar el deseo infinito del corazón humano, y por eso el Hijo de Dios ha querido hacerse nuestro hermano y redentor.

8. Hemos dicho que Nicea rechazó claramente las enseñanzas de Arrio. Pero Arrio y sus seguidores no se rindieron. El mismo emperador Constantino y sus sucesores se alinearon cada vez más con los arrianos. El término *homooúsios* se convirtió en la manzana de la discordia entre nicenos y anti-nicenos, desencadenando así otros graves conflictos. San Basilio de Cesarea describe la confusión que se produjo con imágenes elocuentes, comparándola con una batalla naval nocturna en medio de una violenta tempestad, [8] mientras que san Hilario da testimonio de la ortodoxia de los laicos frente al arrianismo de muchos obispos, reconociendo que «los oídos del pueblo son más santos que los corazones de los sacerdotes». [9]

La roca del Credo niceno fue san Atanasio, irreductible y firme en la fe. Aunque fue depuesto y expulsado hasta cinco veces de la sede episcopal de Alejandría, cada vez regresó a ella como obispo. Incluso desde el exilio continuó guiando al Pueblo de Dios mediante sus escritos y sus cartas. Como Moisés, Atanasio no pudo entrar en la tierra prometida de la paz eclesial. Esta gracia estaba reservada a una nueva generación, conocida como los “jóvenes nicenos”: en Oriente, los tres Padres capadocios, san Basilio de Cesarea (hacia 330-379), a quien se dio el título de “el Grande”, su hermano san Gregorio de Nisa (335-394) y el más grande amigo de Basilio, san Gregorio Nacianceno (329/30-390). En Occidente fueron importantes san Hilario de Poitiers (hacia 315-367) y su discípulo san Martín de Tours (hacia 316-397). Luego, sobre todo, san Ambrosio de Milán (333-397) y san Agustín de Hipona (354-430).

El mérito de los tres Capadocios, en particular, fue llevar a término la formulación del Credo niceno, mostrando que la Unidad y la Trinidad en Dios no están en absoluto en contradicción. En este contexto se formuló el artículo de fe sobre el Espíritu Santo en el primer Concilio de Constantinopla del año 381. Así, el Credo, que desde entonces se llamó Niceno-Constantinopolitano, dice: «Creemos en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre. Con el Padre y el Hijo es adorado y glorificado, y ha hablado por medio de los profetas». [10]

Desde el Concilio de Calcedonia, en 451, el Concilio de Constantinopla fue reconocido como ecuménico y el Credo niceno-constantinopolitano fue declarado universalmente vinculante. [11] De este modo, llegó a ser un vínculo de unidad entre Oriente y Occidente. En el siglo XVI lo mantuvieron también las

Comunidades eclesiales nacidas de la Reforma. El Credo niceno-constantinopolitano resulta así la profesión común de todas las tradiciones cristianas.

9. Ha sido largo y lineal el camino que ha llevado desde la Sagrada Escritura a la profesión de fe de Nicea, después a su recepción por parte de Constantinopla y Calcedonia, y de nuevo hasta el siglo XVI y nuestro siglo XXI. Todos nosotros, como discípulos de Jesucristo, «en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo» somos bautizados, nos hacemos la señal de la cruz y somos bendecidos. Concluimos la oración de los salmos en la Liturgia de las Horas con «Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo». La liturgia y la vida cristiana están, por tanto, firmemente ancladas en el Credo de Nicea y Constantinopla: lo que decimos con la boca debe venir del corazón, de modo que sea testimoniado en la vida. Debemos preguntarnos, por tanto: ¿qué ha sido de la recepción interior del Credo hoy? ¿Sentimos que concierne también a nuestra situación actual? ¿Comprendemos y vivimos lo que decimos cada domingo, y lo que eso significa para nuestra vida?

10. El Credo de Nicea comienza profesando la fe en Dios, Omnipotente, Creador del cielo y de la tierra. Hoy, para muchos, Dios y la cuestión de Dios casi ya no tienen significado en la vida. El Concilio Vaticano II recalcó que los cristianos son al menos en parte responsables de esta situación, porque no dan testimonio de la verdadera fe y ocultan el auténtico rostro de Dios con estilos de vida y acciones alejadas del Evangelio. [12] En nombre de Dios se han librado guerras, se ha matado, perseguido y discriminado. En lugar de anunciar a un Dios misericordioso, se ha hablado de un Dios vengador que infunde terror y castiga.

El Credo de Nicea nos invita entonces a un examen de conciencia. ¿Qué significa Dios para mí y cómo doy testimonio de la fe en Él? ¿Es el único y solo Dios realmente el Señor de la vida, o hay ídolos más importantes que Dios y sus mandamientos? ¿Es Dios para mí el Dios viviente, cercano en toda situación, el Padre al que me dirijo con confianza filial? ¿Es el Creador a quien debo todo lo que soy y lo que tengo, cuyas huellas puedo encontrar en cada criatura? ¿Estoy dispuesto a compartir los bienes de la tierra, que pertenecen a todos, de manera justa y equitativa? ¿Cómo trato la creación, que es obra de sus manos? ¿La uso con reverencia y gratitud, o la exploto, la destruyo, en lugar de custodiarla y cultivarla como casa común de la humanidad? [13]

11. En el centro del Credo niceno-constantinopolitano destaca la profesión de fe en Jesucristo, nuestro Señor y Dios. Este es el corazón de nuestra vida cristiana. Por eso nos comprometemos a seguir a Jesús como Maestro, compañero, hermano y amigo. Pero el Credo niceno pide más: nos recuerda de hecho que no hemos de olvidar que Jesucristo es el Señor (*Kyrios*), el Hijo del Dios viviente, que «por nuestra salvación bajó del cielo» y murió «por nosotros» en la cruz, abriéndonos el camino de la vida nueva con su resurrección y ascensión.

Ciertamente, el seguimiento de Jesucristo no es un camino ancho y cómodo, pero este sendero, a menudo exigente o incluso doloroso, conduce siempre a la vida y a la salvación (cf. Mt 7, 13-14). Los Hechos de los Apóstoles hablan del camino nuevo (cf. Hch 19, 9.23; 22, 4.14-15.22), que es Jesucristo (cf. Jn 14, 6): seguir al Señor compromete nuestros pasos en el camino de la cruz, que por medio de la conversión nos conduce a la santificación y a la divinización. [14]

Si Dios nos ama con todo su ser, entonces también nosotros debemos amarlos unos a otros. No podemos amar a Dios, a quien no vemos, sin amar también al hermano y a la hermana que vemos (cf. 1Jn 4, 20). El amor a Dios sin el amor al prójimo es hipocresía; el amor radical al prójimo, sobre todo el amor a los enemigos sin el amor a Dios, es un heroísmo que nos supera y oprime. En el seguimiento de Jesús, la subida a Dios pasa por el abajamiento y la entrega a los hermanos y hermanas, sobre todo a los últimos, a los más pobres, a los abandonados y marginados. Lo que hayamos hecho al más pequeño de estos, se lo hemos hecho a Cristo (cf. Mt 25, 31-46). Ante las catástrofes, las guerras y la miseria, podemos testimoniar la misericordia de Dios a las personas que dudan de Él sólo cuando ellas experimentan su misericordia a través de nosotros. [15]

12. Finalmente, el Concilio de Nicea es actual por su altísimo valor ecuménico. A este propósito, la consecución de la unidad de todos los cristianos fue uno de los objetivos principales del último Concilio, el Vaticano II. [16] Treinta años atrás exactamente, san Juan Pablo II prosiguió y promovió el mensaje conciliar en la Encíclica *Ut unum sint* (25 de mayo de 1995). Así, con la gran conmemoración del primer Concilio de Nicea, celebramos también el aniversario de la primera encíclica ecuménica. Ella puede considerarse como un manifiesto que ha actualizado aquellas mismas bases ecuménicas puestas por el Concilio de Nicea.

Gracias a Dios el movimiento ecuménico ha alcanzado bastantes resultados en los últimos sesenta años. Aunque la plena unidad visible con las Iglesias ortodoxas y ortodoxas orientales y con las Comunidades eclesiales nacidas de la Reforma aún no nos ha sido dada, el diálogo ecuménico nos ha llevado, sobre la base del único bautismo y del Credo niceno-constantinopolitano, a reconocer a nuestros hermanos y hermanas en Jesucristo en los hermanos y hermanas de las otras Iglesias y Comunidades eclesiales y a redescubrir la única y universal Comunidad de los discípulos de Cristo en todo el mundo. Compartimos de hecho la fe en el único y solo Dios, Padre de todos los hombres, confesamos juntos al único Señor y verdadero Hijo de Dios Jesucristo y al único Espíritu Santo, que nos inspira y nos impulsa a la plena unidad y al testimonio común del Evangelio. ¡Realmente lo que nos une es mucho más de lo que nos divide! [17] De este modo, en un mundo dividido y desgarrado por muchos conflictos, la única Comunidad cristiana universal puede ser signo de paz e instrumento de reconciliación, contribuyendo de modo decisivo a un compromiso mundial por la paz. San Juan Pablo II nos ha recordado, en particular, el testimonio de los numerosos mártires cristianos procedentes de todas las Iglesias y Comunidades eclesiales: su memoria nos une y nos impulsa a ser testigos y artífices de paz en el mundo.

Para poder ejercer este ministerio de modo creíble, debemos caminar juntos para alcanzar la unidad y la reconciliación entre todos los cristianos. El Credo de Nicea puede ser la base y el criterio de referencia de este camino. Nos propone, de hecho, un modelo de verdadera unidad en la legítima diversidad. Unidad en la Trinidad, Trinidad en la Unidad, porque la unidad sin multiplicidad es tiranía, la multiplicidad sin unidad es desintegración. La dinámica trinitaria no es dualista, como un excluyente aut-aut, sino un vínculo que implica, un et-et: el Espíritu Santo es el vínculo de unidad que adoramos junto con el Padre y el Hijo. Por tanto, debemos dejar atrás controversias teológicas que han perdido su razón de ser para adquirir un pensamiento común y, más aún, una oración común al Espíritu Santo, para que nos reúna a todos en una sola fe y un solo amor.

Esto no significa un ecumenismo de retorno al estado anterior a las divisiones, ni un reconocimiento recíproco del actual statu quo de la diversidad de las Iglesias y Comunidades eclesiales, sino más bien un ecumenismo orientado al

futuro, de reconciliación en el camino del diálogo, de intercambio de nuestros dones y patrimonios espirituales. El restablecimiento de la unidad entre los cristianos no nos empobrece, al contrario, nos enriquece. Como en Nicea, este propósito sólo será posible mediante un camino paciente, largo y a veces difícil de escucha y acogida recíproca. Se trata de un desafío teológico y, aún más, de un desafío espiritual, que requiere arrepentimiento y conversión por parte de todos. Por ello necesitamos un ecumenismo espiritual de oración, alabanza y culto, como sucedió en el Credo de Nicea y Constantinopla.

Invoquemos, pues, al Espíritu Santo, para que nos acompañe y nos guíe en esta obra.

Santo Espíritu de Dios, tú guías a los creyentes en el camino de la historia.

Te damos gracias porque has inspirado los Símbolos de la fe y porque suscitas en el corazón la alegría de profesar nuestra salvación en Jesucristo, Hijo de Dios, consubstancial al Padre. Sin Él nada podemos.

Tú, Espíritu eterno de Dios, de época en época rejuveneces la fe de la Iglesia. Ayúdanos a profundizarla y a volver siempre a lo esencial para anunciarla.

Para que nuestro testimonio en el mundo no sea inerte, ven, Espíritu Santo, con tu fuego de gracia, a reavivar nuestra fe, a encendernos de esperanza, a inflamarnos de caridad.

Ven, divino Consolador, Tú que eres la armonía, a unir los corazones y las mentes de los creyentes. Ven y danos a gustar la belleza de la comunión.

Ven, Amor del Padre y del Hijo, a reunirnos en el único rebaño de Cristo.

Indícanos los caminos que hay que recorrer, para que con tu sabiduría volvamos a ser lo que somos en Cristo: una sola cosa, para que el mundo crea. Amén.

Vaticano, 23 de noviembre de 2025, solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del universo.

- [1] L. H. Westra, *The Apostles' Creed. Origin, History and Some Early Commentaries*, Turnhout 2002 (= *Instrumenta patristica et mediaevalia*, 43).
- [2] Primer Concilio de Nicea, *Expositio fidei*: CC COGD 1, Turnhout 2006, 19 6-8.
- [3] Por las afirmaciones de san Atanasio en *Contra Arianos*, I, 9, 2 (ed. Metzler, *Athanasius Werke*, I/1,2, Berlín - Nueva York 1998, 117-118), queda claro que *homooúsios* no significa «de igual sustancia», sino «de la misma sustancia» que el Padre; por tanto, no se trata de una igualdad de sustancia, sino de una identidad de sustancia entre el Padre y el Hijo. La traducción latina de *homooúsios* habla, con razón, de *unius substantiae cum Patre*.
- [4] S. Atanasio, *Contra arianos*, I, 38, 7-39, 1: ed. Metzler, *Athanasius Werke*, I/1, 2, 148-149.
- [5] Cf. Id., *De incarnatione Verbi*, 54, 3: SCh 199, París 2000, 458; *Contra arianos*, I, 39; 42; 45; II, 59ss.: ed. Metzler, *Athanasius Werke*, I/1, 2, 149; 152, 154-155 y 235ss.
- [6] Cf. S. Agustín, *Confesiones*, I, 1: CCSL 27, Turnhout 1981, 1.
- [7] Sto. Tomás de Aquino, *In Symbolum Apostolorum*, art. 12: ed. Spiazzi, *Thomae Aquinatis, Opuscula theologica*, II, Turín - Roma 1954, 217.
- [8] Cf. S. Basilio, *De Spiritu Sancto*, 30, 76: SCh 17bis, París 2002 2, 520-522.
- [9] S. Hilario, *Contra arianos seu contra Auxentium*, 6: PL 10, 613. Recordando las voces de los Padres, el erudito teólogo —luego cardenal y hoy un santo doctor de la Iglesia— John Henry Newman (1801-1890) investigó sobre esta disputa y llegó a la conclusión de que el Credo de Nicea fue custodiado sobre todo por el *sensus fidei* del Pueblo de Dios. Cf. *On Consulting the Faithful in Matters of Doctrine* (1859).
- [10] Primer Concilio Constantinopolitano, *Expositio fidei*: CC, COGD 1, 57 20-24. La afirmación «y procede del Padre y del Hijo (Filioque)» no se encuentra en el texto de Constantinopla; fue incorporada al Credo latino por el Papa Benedicto VIII en 1014 y es objeto del diálogo ortodoxo-católico.
- [11] Concilio de Calcedonia, *Definitio fidei*: CC, COGD 1, 137 393-138 411.
- [12] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 19: AAS 58 (1966), 1039.
- [13] Cf. Francisco, Carta. enc. *Laudato si'* (24 mayo 2015), 67; 78; 124: AAS 107 (2015), 873-874; 878; 897.
- [14] Cf. Id., Exhort. ap. *Gaudete et exsultate* (19 marzo 2018), 92: AAS 110 (2018), 1136.
- [15] Cf. Id., Carta. enc. *Fratelli tutti* (3 octubre 2020), 67; 254: AAS 112 (2020), 992-993; 1059.
- [16] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Unitatis redintegratio*, 1: AAS 57 (1965), 90-91.
- [17] Cf. S. Juan Pablo II, Carta. enc. *Ut unum sint* (25 mayo 1995), 20: AAS 87 (1995), 933.

Carta apostólica *Una fidelidad que genera futuro* del Santo Padre León XIV con motivo del LX Aniversario de los Decretos conciliares *Optatam totius* y *Presbyterorum ordinis*

1. Una fidelidad que genera futuro es a lo que los presbíteros están llamados también hoy, en la conciencia de que perseverar en la misión apostólica nos ofrece la posibilidad de interrogarnos sobre el futuro del ministerio y de ayudar a otros a percibir la alegría de la vocación presbiteral. El sexagésimo aniversario del Concilio Vaticano II, que se celebra en este Año jubilar, nos brinda la ocasión de contemplar nuevamente el don de esta fidelidad fecunda, recordando las enseñanzas de los Decretos *Optatam totius* y *Presbyterorum ordinis*, promulgados respectivamente el 28 de octubre y el 7 de diciembre de 1965. Son dos textos nacidos de una única inspiración de la Iglesia, que se siente llamada a ser signo e instrumento de unidad para todos los pueblos e interpelada a renovarse, consciente de que «la anhelada renovación de toda la Iglesia depende en gran parte del ministerio de los sacerdotes, animado por el espíritu de Cristo». [1]

2. ¡No celebramos un aniversario de papel! Ambos documentos, en efecto, se fundamentan sólidamente en la comprensión de la Iglesia como el Pueblo de Dios que peregrina en la historia y constituyen un hito fundamental de la reflexión acerca de la naturaleza y la misión del ministerio pastoral, así como de la preparación para el mismo, conservando con el paso del tiempo una gran frescura y actualidad. Invito, por tanto, a continuar la lectura de dichos

textos en el seno de las comunidades cristianas y a su estudio, particularmente en los Seminarios y en todos los ámbitos de preparación y formación para el ministerio ordenado.

3. Los Decretos *Optatam totius* y *Presbyterorum ordinis*, bien situados en el cauce de la Tradición doctrinal de la Iglesia sobre el sacramento del Orden, pusieron ante la atención del Concilio la reflexión sobre el sacerdocio ministerial y manifestaron la solicitud de la asamblea conciliar por los sacerdotes. El propósito era elaborar los presupuestos necesarios para formar a las futuras generaciones de presbíteros según la renovación promovida por el Concilio, manteniendo firme la identidad ministerial y, al mismo tiempo, evidenciando nuevas perspectivas que integraran la reflexión precedente, en la lógica de un sano desarrollo doctrinal. [2] Es necesario, por tanto, hacer de ellos una memoria viva, respondiendo a la llamada a acoger el mandato que estos Decretos han confiado a toda la Iglesia: revitalizar siempre y cada día el ministerio presbiteral, extrayendo fuerza de su raíz, que es el vínculo entre Cristo y la Iglesia, para ser, junto con todos los fieles y a su servicio, discípulos misioneros según su Corazón.

4. Al mismo tiempo, en los seis decenios transcurridos desde el Concilio, la humanidad ha vivido y sigue viviendo cambios que exigen una verificación constante del camino recorrido y una coherente actualización de las enseñanzas conciliares. Paralelamente, en estos años la Iglesia ha sido conducida por el Espíritu Santo a desarrollar la doctrina del Concilio sobre su naturaleza comunional según la forma sinodal y misionera. [3] Con este propósito dirijo la presente Carta apostólica a todo el Pueblo de Dios, para reconsiderar juntos la identidad y la función del ministerio ordenado a la luz de lo que el Señor pide hoy a la Iglesia, prolongando la gran obra de actualización del Concilio Vaticano II. Propongo hacerlo a través de la perspectiva de la *fidelidad*, que es a la vez *gracia* de Dios y camino constante de conversión, para corresponder con alegría a la llamada del Señor Jesús. Deseo comenzar expresando gratitud por el testimonio y la entrega de los sacerdotes que, en todas partes del mundo, ofrecen su vida, celebran el sacrificio de Cristo en la Eucaristía, anuncian la Palabra, absuelven los pecados y se dedican día tras día con generosidad a los hermanos y hermanas, sirviendo a la comunión y a la unidad, y cuidando, en particular, de quienes más sufren y pasan necesidad.

Fidelidad y servicio

5. Toda vocación en la Iglesia nace del encuentro personal con Cristo, «que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva». [4] Antes de todo compromiso, antes de toda buena aspiración personal, antes de todo servicio, está la voz del Maestro que llama: “Ven y sígueme” (cf. Mc 1, 17). El Señor de la vida nos conoce e ilumina nuestro corazón con su mirada de amor (cf. Mc 10, 21). No se trata sólo de una voz interior, sino de un impulso espiritual que con frecuencia nos llega a través del ejemplo de otros discípulos del Señor y que toma forma en una elección valiente de vida. La fidelidad a la vocación, especialmente en el tiempo de la prueba y de la tentación, se fortalece cuando no olvidamos esa voz, cuando somos capaces de recordar con pasión el sonido de la voz del Señor que nos ama, nos elige y nos llama, confiándonos también al indispensable acompañamiento de quienes son expertos en la vida del Espíritu. El eco de esa Palabra es, con el paso del tiempo, el principio de la unidad interior con Cristo, que resulta fundamental e ineludible en la vida apostólica.

6. La llamada al ministerio ordenado es un don libre y gratuito de Dios. Vocación, en efecto, no significa constricción por parte del Señor, sino propuesta amorosa de un proyecto de salvación y libertad para la propia existencia que recibimos cuando, con la gracia de Dios, reconocemos que en el centro de nuestra vida está Jesús, el Señor. Entonces la vocación al ministerio ordenado crece como donación de sí mismos a Dios y, por ello, a su Pueblo santo. Toda la Iglesia ora y se alegra por este don con el corazón lleno de esperanza y gratitud, como expresaba el Papa Benedicto XVI al concluir el Año sacerdotal: «Queríamos despertar la alegría de que Dios esté tan cerca de nosotros, y la gratitud por el hecho de que Él se confíe a nuestra debilidad; que Él nos guíe y nos ayude día tras día. Queríamos también, así, enseñar de nuevo a los jóvenes que esta vocación, esta comunión de servicio por Dios y con Dios, existe; más aún, que Dios está esperando nuestro “sí”». [5]

7. Toda vocación es un don del Padre que pide ser custodiado con fidelidad en una dinámica de conversión permanente. La obediencia a la propia llamada se construye cada día mediante la escucha de la Palabra de Dios, la celebración de los sacramentos —en particular en el Sacrificio Eucarístico—, la evangelización, la cercanía a los últimos y la fraternidad presbiteral,

bebiendo de la oración como lugar eminente de encuentro con el Señor. Es como si cada día el sacerdote regresara al lago de Galilea —allí donde Jesús preguntó a Pedro «¿me amas?» (Jn 21, 15)— para renovar su “sí”. [6] En este sentido se comprende lo que *Optatam totius* indica respecto a la formación sacerdotal, deseando que no se detenga en el tiempo del Seminario (cf. n. 22), abriendo el camino a una formación continua, permanente, de modo que constituya un dinamismo de constante renovación humana, espiritual, intelectual y pastoral.

8. Por tanto, todos los presbíteros están llamados a cuidar siempre de la propia formación, para mantener vivo el don de Dios recibido con el sacramento del Orden (cf. 2Tm 1, 6). La fidelidad a la llamada, pues, no es inmovilidad ni cierre, sino un camino de conversión cotidiana que confirma y hace madurar la vocación recibida. En esta perspectiva, es oportuno promover iniciativas como el Congreso para la formación permanente de los sacerdotes, celebrado en el Vaticano del 6 al 10 de febrero de 2024, con más de ochocientos responsables de la formación permanente provenientes de ochenta naciones. Antes de ser esfuerzo intelectual o actualización pastoral, la formación permanente sigue siendo memoria viva y actualización constante de la propia vocación en un camino compartido.

9. Desde el momento mismo de la llamada y desde la primera formación, la belleza y la constancia del camino están custodiadas por la *sequela Christi*. Todo pastor, en efecto, antes incluso de dedicarse a la guía del rebaño, debe recordar constantemente que él mismo es discípulo del Maestro, junto con los hermanos y hermanas, porque «a lo largo de la vida se es siempre “discípulo”, con el constante anhelo de “configurarse” con Cristo». [7] Sólo esta relación de seguimiento obediente y de discipulado fiel puede mantener la mente y el corazón en la dirección correcta, a pesar de las dificultades que la vida puede depararnos.

10. En estas últimas décadas, la crisis de confianza en la Iglesia provocada por los abusos cometidos por miembros del clero —que nos llenan de vergüenza y nos llaman a la humildad— nos ha hecho aún más conscientes de la urgencia de una formación integral que asegure el crecimiento y la madurez humana de los candidatos al presbiterado, junto con una rica y sólida vida espiritual.

11. El tema de la formación resulta central también para afrontar el fenómeno de quienes, después de algunos años o incluso decenios, abandonan el ministerio. Esta dolorosa realidad, en efecto, no debe interpretarse sólo en clave jurídica, sino que exige mirar con atención y compasión la historia de estos hermanos y las múltiples razones que pudieron conducirlos a tal decisión. Y la respuesta que se ha de dar es, ante todo, un renovado compromiso formativo, cuyo objetivo es «un camino de familiaridad con el Señor que involucra a toda la persona: el corazón, la inteligencia, la libertad, y la moldea a imagen del Buen Pastor». [8]

12. En consecuencia, «el seminario, sea cual sea su modalidad, debe ser una escuela de los afectos, [...] necesitamos aprender a amar y a hacerlo como Jesús». Por ello invito a los seminaristas a un trabajo interior sobre las motivaciones que abarque todos los aspectos de la vida: «no hay nada en ustedes que deba ser descartado, sino que todo debe ser asumido y transfigurado en la lógica del grano de trigo, con el fin de convertirse en personas y sacerdotes felices, “puentes” y no obstáculos para el encuentro con Cristo para todos aquellos que se acercan a ustedes». [9] Sólo presbíteros y consagrados humanamente maduros y espiritualmente sólidos —es decir, personas en las que la dimensión humana y la espiritual están bien integradas y que, por ello, son capaces de relaciones auténticas con todos— pueden asumir el compromiso del celibato y anunciar de modo creíble el Evangelio del Resucitado.

13. Se trata, por tanto, de *custodiar y hacer crecer la vocación* en un camino constante de conversión y de renovada fidelidad, que nunca es un recorrido meramente individual, sino que nos compromete a cuidarnos unos a otros. Esta dinámica es siempre, una vez más, obra de la gracia que abraza nuestra frágil humanidad, sanándola del narcisismo y del egocentrismo. Con fe, esperanza y caridad, estamos llamados a emprender cada día el seguimiento poniendo toda nuestra confianza en el Señor. Comunión, sinodalidad y misión no pueden realizarse, en efecto, si en el corazón de los sacerdotes la tentación de la autorreferencialidad no cede el paso a la lógica de la escucha y del servicio. Como subrayó Benedicto XVI, «el sacerdote es siervo de Cristo, en el sentido de que su existencia, configurada ontológicamente con Cristo, asume un carácter esencialmente relacional: está al servicio de los hombres

en Cristo, por Cristo y con Cristo. Precisamente porque pertenece a Cristo, el sacerdote está radicalmente al servicio de los hombres: es ministro de su salvación, de su felicidad, de su auténtica liberación, madurando, en esta aceptación progresiva de la voluntad de Cristo, en la oración, en el “estar unido de corazón” a Él». [10]

Fidelidad y fraternidad

14. El Concilio Vaticano II situó el servicio específico de los presbíteros dentro de la igual dignidad y fraternidad de todos los bautizados, como bien lo atestigua el Decreto *Presbyterorum ordinis*: «Los sacerdotes del Nuevo Testamento, aunque por razón del sacramento del Orden ejercen el ministerio de padre y de maestro, importantísimo y necesario en el pueblo y para el pueblo de Dios, sin embargo, son, juntamente con todos los fieles cristianos, discípulos del Señor, hechos partícipes de su Reino por la gracia de Dios que llama. Con todos los regenerados en la fuente del bautismo los presbíteros son hermanos entre los hermanos, puesto que son miembros de un mismo Cuerpo de Cristo, cuya edificación se exige a todos». [11] Dentro de esta fraternidad fundamental, que tiene su raíz en el Bautismo y une a todo el pueblo de Dios, el Concilio destaca el vínculo fraternal particular entre los ministros ordenados, fundado en el mismo sacramento del Orden: «Los presbíteros, constituidos por la Ordenación en el Orden del Presbiterado, están unidos todos entre sí por la íntima fraternidad sacramental, y forman un presbiterio especial en la diócesis a cuyo servicio se consagran bajo el obispo propio [...]. Cada uno está unido con los demás miembros de este presbiterio por vínculos especiales de caridad apostólica, de ministerio y de fraternidad». [12] La fraternidad presbiteral, por lo tanto, antes que ser una tarea que hay que realizar, es un don inherente a la gracia de la Ordenación. Hay que reconocer que este don nos precede: no se construye sólo con la buena voluntad y en virtud de un esfuerzo colectivo, sino que es un don de la Gracia, que nos hace partícipes del ministerio del obispo y se realiza en la comunión con él y con los hermanos.

15. Sin embargo, precisamente por eso, los presbíteros están llamados a *corresponder a la gracia de la fraternidad*, manifestando y ratificando con su vida lo que se estipula entre ellos no sólo por la gracia bautismal, sino también

por el sacramento del Orden. Ser fieles a la comunión significa, en primer lugar, superar la tentación del individualismo, que mal se compagina con la acción misionera y evangelizadora que siempre concierne a la Iglesia en su conjunto. No en vano, el Concilio Vaticano II se refirió a los presbíteros casi siempre en plural: ¡ningún pastor existe por sí solo! El mismo Señor «instituyó a doce para que estuvieran con él» (Mc 3, 14); esto significa que no puede existir un ministerio desvinculado de la comunión con Jesucristo y con su cuerpo, que es la Iglesia. Hacer cada vez más visible esta dimensión relacional y de comunión del ministerio ordenado, conscientes de que la unidad de la Iglesia deriva «de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»,^[13] es uno de los principales retos para el futuro, sobre todo en un mundo marcado por guerras, divisiones y discordias.

16. La fraternidad presbiteral debe considerarse, por lo tanto, como un elemento constitutivo de la identidad de los ministros,^[14] no sólo como un ideal o un eslogan, sino como un aspecto en el que comprometerse con renovado vigor. En este sentido, se ha hecho mucho aplicando las indicaciones de *Presbyterorum ordinis* (cf. n. 8), pero queda mucho por hacer, comenzando, por ejemplo, por la equiparación económica entre los que sirven en parroquias pobres y los que ejercen su ministerio en comunidades acomodadas. Además, hay que tener en cuenta que, en varios países y diócesis, aún no se garantiza la necesaria previsión para la enfermedad y la vejez. El cuidado recíproco, en particular la atención a los hermanos más solos y aislados, así como a los enfermos y ancianos, no puede considerarse menos importante que el cuidado del pueblo que se nos ha confiado. Esta es una de las instancias fundamentales que he recomendado a los sacerdotes con motivo de su reciente Jubileo. «¿Cómo podríamos nosotros, ministros, ser constructores de comunidades vivas, si no reinara ante todo entre nosotros una fraternidad efectiva y sincera?».^[15]

17. En muchos contextos, especialmente en los occidentales, se abren nuevos retos para la vida de los presbíteros, relacionados con la movilidad actual y la fragmentación del tejido social. Esto hace que los sacerdotes ya no estén insertados en un contexto cohesionado y creyente que apoyaba su ministerio en tiempos pasados. En consecuencia, están más expuestos a las derivas de la soledad, que apaga el impulso apostólico y puede provocar un triste

repliegue sobre sí mismos. También por esto, siguiendo las indicaciones de mis predecesores,[16] espero que en todas las Iglesias locales surja un compromiso renovado para invertir y promover *formas posibles de vida en común*, de modo que «los presbíteros encuentren mutua ayuda en el cultivo de la vida espiritual e intelectual, puedan cooperar mejor en el ministerio y se libren de los peligros que pueden sobrevenir por la soledad».[17]

18. Por otra parte, hay que recordar que la comunión presbiteral nunca puede determinarse como un aplanamiento de los individuos, de los carismas o de los talentos que el Señor ha derramado en la vida de cada uno. Es importante que, en los presbiterios diocesanos, gracias al discernimiento del obispo, se logre encontrar un punto de equilibrio entre la valorización de estos dones y la custodia de la comunión. La escuela de la sinodalidad, en esta perspectiva, puede ayudar a todos a madurar interiormente la acogida de los diferentes carismas en una síntesis que consolide la comunión del presbiterio, fiel al Evangelio y a las enseñanzas de la Iglesia. En un tiempo de gran fragilidad, todos los ministros ordenados están llamados a vivir la comunión volviendo a lo esencial y acercándose a las personas, para custodiar la esperanza que se hace realidad en el servicio humilde y concreto. En este horizonte, sobre todo el ministerio del diácono permanente, configurado con Cristo Siervo, es signo vivo de un amor que no se queda en la superficie, sino que se inclina, escucha y se entrega. La belleza de una Iglesia formada por presbíteros y diáconos que colaboran, unidos por la misma pasión por el Evangelio y atentos a los más pobres, se convierte en un testimonio luminoso de comunión. Según la palabra de Jesús (cf. Jn 13, 34-35), es de esta unidad, arraigada en el amor recíproco, de donde el anuncio cristiano recibe credibilidad y fuerza. Por eso, el ministerio diaconal, especialmente cuando se vive en comunión con la propia familia, es un don que hay que conocer, valorar y apoyar. El servicio, discreto pero esencial, de hombres dedicados a la caridad nos recuerda que la misión no se cumple con grandes gestos, sino unidos por la pasión por el Reino y con la fidelidad cotidiana al Evangelio.

19. Una imagen feliz y elocuente de la fidelidad a la comunión es sin duda la que presenta san Ignacio de Antioquía en la *Carta a los Efesios*: «También conviene caminar de acuerdo con el pensamiento de vuestro obispo, lo cual vosotros ya hacéis. Vuestro presbiterio, justamente reputado, digno

de Dios, está conforme con su obispo como las cuerdas a la cítara. Así en vuestro sinfónico y armonioso amor es Jesucristo quien canta [...]. Es, pues, provechoso para vosotros el ser una inseparable unidad, a fin de participar siempre de Dios».[18]

Fidelidad y sinodalidad

20. Llego a un punto que me interesa especialmente. Al hablar de la identidad de los sacerdotes, el Decreto *Presbyterorum ordinis* destaca ante todo el vínculo con el sacerdocio y la misión de Jesucristo (cf. n. 2) y señala luego tres coordenadas fundamentales: la relación con el obispo, que encuentra en los presbíteros «colaboradores y consejeros necesarios», con los que mantiene una relación fraterna y amistosa (cf. n. 7); la comunión sacramental y la *fraternidad con los demás presbíteros*, de modo que juntos contribuyan «a una misma obra» y ejerzan «un único ministerio», trabajando todos «por la misma causa», aunque se ocupen de tareas diferentes (n. 8); la *relación con los fieles laicos*, entre los cuales los presbíteros, con su tarea específica, son hermanos entre hermanos, compartiendo la misma dignidad bautismal, uniendo «sus esfuerzos a los de los fieles laicos» y aprovechando «su experiencia y competencia en los diversos campos de la actividad humana, para poder reconocer juntos los signos de los tiempos». En lugar de destacar o concentrar todas las tareas en sí mismos, «descubran con el sentido de la fe los multiformes carismas de los seglares, tanto los humildes como los más elevados» (n. 9).

21. En este campo aún queda mucho por hacer. El impulso del proceso sinodal es una fuerte invitación del Espíritu Santo a dar pasos decididos en esta dirección. Por eso reitero mi deseo de «invitar a los sacerdotes [...] a abrir de alguna manera su corazón y a participar en estos procesos» [19] que estamos viviendo. En este sentido, la segunda sesión de la XVI Asamblea sinodal, en su *Documento final*, [20] propuso una conversión de las relaciones y los procesos. Parece fundamental que, en todas las Iglesias particulares, se emprendan iniciativas adecuadas para que los presbíteros puedan familiarizarse con las directrices de este Documento y experimentar la fecundidad de un estilo sinodal de Iglesia.

22. Todo ello requiere un compromiso formativo a todos los niveles, en particular en el ámbito de la formación inicial y permanente de los sacerdotes.

En una Iglesia cada vez más sinodal y misionera, el ministerio sacerdotal no pierde nada de su importancia y actualidad, sino que, por el contrario, podrá centrarse más en sus tareas propias y específicas. El desafío de la sinodalidad —que no elimina las diferencias, sino que las valoriza— sigue siendo una de las principales oportunidades para los sacerdotes del futuro. Como recuerda el citado *Documento final*, «los presbíteros están llamados a vivir su servicio con una actitud de cercanía a las personas, de acogida y de escucha de todos, abriéndose a un estilo sinodal» (n. 72). Para implementar cada vez mejor una eclesiológica de comunión, es necesario que el ministerio del presbítero supere el modelo de un liderazgo exclusivo, que determina la centralización de la vida pastoral y la carga de todas las responsabilidades confiadas sólo a él, tendiendo hacia una *conducción cada vez más colegiada*, en la cooperación entre los presbíteros, los diáconos y todo el Pueblo de Dios, en ese enriquecimiento mutuo que es fruto de la variedad de carismas suscitados por el Espíritu Santo. Como nos recuerda *Evangelii gaudium*, el sacerdocio ministerial y la configuración con Cristo Esposo no deben llevarnos a identificar la potestad sacramental con el poder, ya que «la configuración del sacerdote con Cristo Cabeza —es decir, como fuente capital de la gracia— no implica una exaltación que lo coloque por encima del resto». [21]

Fidelidad y misión

23. La identidad de los presbíteros se constituye en torno a su ser para y es inseparable de su misión. De hecho, quien «pretende encontrar la identidad sacerdotal buceando introspectivamente en su interior quizá no encuentre otra cosa que señales que dicen “salida”: sal de ti mismo, sal en busca de Dios en la adoración, sal y dale a tu pueblo lo que te fue encomendado, que tu pueblo se encargará de hacerte sentir y gustar quién eres, cómo te llamas, cuál es tu identidad y te alegrará con el ciento por uno que el Señor prometió a sus servidores. Si no sales de ti mismo, el óleo se vuelve rancio y la unción no puede ser fecunda». [22] Como enseñaba san Juan Pablo II, «los presbíteros son, en la Iglesia y para la Iglesia, una representación sacramental de Jesucristo, Cabeza y Pastor, proclaman con autoridad su palabra; renuevan sus gestos de perdón y de ofrecimiento de la salvación, principalmente con el Bautismo, la Penitencia y la Eucaristía; ejercen, hasta el don total de sí

mismos, el cuidado amoroso del rebaño, al que congregan en la unidad y conducen al Padre por medio de Cristo en el Espíritu» [23]. Así, la vocación sacerdotal se desarrolla entre las alegrías y las fatigas de un servicio humilde a los hermanos, que el mundo a menudo desconoce, pero del que tiene una profunda sed: encontrar testigos creyentes y creíbles del Amor de Dios, fiel y misericordioso, constituye una vía primordial de evangelización.

24. En nuestro mundo contemporáneo, caracterizado por ritmos acelerados y por la ansiedad de estar hiperconectados, lo que a menudo nos vuelve frenéticos y nos induce al activismo, hay al menos dos tentaciones que se insinúan contra la fidelidad a esta misión. La primera consiste en una mentalidad eficientista según la cual el valor de cada uno se mide por el rendimiento, es decir, por la cantidad de actividades y proyectos realizados. Según esta forma de pensar, lo que haces está por encima de lo que eres, invirtiendo la verdadera jerarquía de la identidad espiritual. La segunda tentación, por el contrario, se califica como una especie de quietismo: asustados por el contexto, nos encerramos en nosotros mismos, rechazando el desafío de la evangelización y adoptando un enfoque perezoso y derrotista. Por el contrario, un ministerio gozoso y apasionado —a pesar de todas las debilidades humanas— puede y debe asumir con ardor la tarea de evangelizar todas las dimensiones de nuestra sociedad, en particular la cultura, la economía y la política, para que todo sea recapitulado en Cristo (cf. Ef 1,10). Para vencer estas dos tentaciones y vivir un ministerio gozoso y fecundo, cada sacerdote debe permanecer fiel a la misión que ha recibido, es decir, al don de la gracia transmitido por el obispo durante la Ordenación sacerdotal. La fidelidad a la misión significa asumir el paradigma que nos entregó san Juan Pablo II cuando recordó a todos que la caridad pastoral es el principio que unifica la vida del sacerdote. [24] Es precisamente manteniendo vivo el fuego de la caridad pastoral, es decir, el amor del Buen Pastor, como cada sacerdote puede encontrar el equilibrio en la vida cotidiana y saber discernir lo que es beneficioso y lo que es *proprium* del ministerio, según las indicaciones de la Iglesia.

25. La armonía entre la contemplación y la acción no debe buscarse mediante la adopción apresurada de esquemas operativos o mediante un simple equilibrio de actividades, sino asumiendo como central en el ministerio la *dimensión pascual*. Darse sin reservas, en cualquier caso, no puede ni debe implicar

la renuncia a la oración, al estudio, a la fraternidad sacerdotal, sino que, por el contrario, se convierte en el horizonte en el que todo se comprende en la medida en que se orienta al Señor Jesús, muerto y resucitado para la salvación del mundo. De este modo se cumplen también las promesas hechas en la Ordenación que, junto con el desapego de los bienes materiales, realizan en el corazón del presbítero una búsqueda perseverante y una adhesión a la voluntad de Dios, haciendo así que Cristo se manifieste en cada una de sus acciones. Esto ocurre, por ejemplo, cuando se huye de todo personalismo y de toda celebración de uno mismo, a pesar de la exposición pública a la que a veces obliga el cargo. Educado por el misterio que celebra en la santa liturgia, todo sacerdote debe «desaparecer para que permanezca Cristo, hacerse pequeño para que Él sea conocido y glorificado, gastándose hasta el final para que a nadie falte la oportunidad de conocerlo y amarlo». [25] Por eso, la exposición mediática, el uso de las redes sociales y de todos los instrumentos disponibles hoy en día debe evaluarse siempre con sabiduría, tomando como paradigma del discernimiento el del servicio a la evangelización. «Todo me está permitido, pero no todo es conveniente» (1Co 6, 12).

26. En cualquier situación, los presbíteros están llamados a dar una respuesta eficaz, mediante el testimonio de una vida sobria y casta, al gran anhelo de relaciones auténticas y sinceras que se encuentra en la sociedad contemporánea, dando testimonio de una Iglesia que sea «ser fermento eficaz de los vínculos, las relaciones y la fraternidad de la familia humana», «capaz de alimentar las relaciones: con el Señor, entre hombres y mujeres, en las familias, en las comunidades, entre todos los cristianos, entre los grupos sociales, entre las religiones». [26] Para ello es necesario que sacerdotes y laicos, todos juntos, realicen una verdadera *conversión misionera* que oriente a las comunidades cristianas, bajo la guía de sus pastores, «al servicio de la misión que los fieles llevan a cabo en la sociedad, en la vida familiar y laboral». Como observó el Sínodo, «de este modo, quedará más claro que la parroquia no está centrada en sí misma, sino orientada a la misión y llamada a apoyar el compromiso de tantas personas que, de diferentes maneras, viven y dan testimonio de su fe en su profesión y en las actividades sociales, culturales y políticas». [27]

Fidelidad y futuro

27. Espero que la celebración del aniversario de los dos Decretos conciliares y el camino que estamos llamados a compartir para concretarlos y actualizarlos se traduzcan en un renovado Pentecostés vocacional en la Iglesia, suscitando santas, numerosas y perseverantes vocaciones al sacerdocio ministerial, para que nunca falten obreros para la mies del Señor. Y que se despierte en todos nosotros la voluntad de comprometernos profundamente en la promoción vocacional y en la oración constante al Dueño de la mies (cf. Mt 9, 37-38).

28. Sin embargo, junto con la oración, la escasez de vocaciones al sacerdocio—especialmente en algunas regiones del mundo— exige que todos revise-mos la capacidad generativa de las prácticas pastorales de la Iglesia. Es cierto que a menudo los motivos de esta crisis pueden ser diversos y múltiples y, en particular, depender del contexto sociocultural, pero, al mismo tiempo, debemos tener el valor de hacer a los jóvenes propuestas fuertes y liberadoras y de que en las Iglesias particulares crezcan «los ambientes y las formas de pastoral juvenil impregnadas del Evangelio, donde puedan manifestarse y madurar las vocaciones a la entrega total de sí». [28] Con la certeza de que el Señor nunca deja de llamar (cf. Jn 11, 28), es necesario tener siempre presente la perspectiva vocacional en todos los ámbitos pastorales, en particular en los juveniles y familiares. Recordémoslo: ¡no hay futuro sin el cuidado de todas las vocaciones!

29. Para concluir, doy gracias al Señor, que siempre está cerca de su pueblo y camina con nosotros, llenando nuestros corazones de esperanza y paz, para llevarlas a todos. «Hermanos y hermanas, quisiera que este fuera nuestro primer gran deseo: una Iglesia unida, signo de unidad y comunión, que se convierta en fermento para un mundo reconciliado». [29] Y doy las gracias a todos ustedes, pastores y fieles laicos, que abren su mente y corazón al mensaje profético de los Decretos conciliares *Presbyterorum ordinis* y *Optatam totius* y se disponen, juntos, a nutrirse y estimularse mutuamente para el camino de la Iglesia. Encomiendo a todos los seminaristas, diáconos y presbíteros a la intercesión de la Virgen Inmaculada, Madre del Buen Consejo, y a san Juan María Vianney, patrono de los párrocos y modelo de todos los sacerdotes. Como solía decir el santo Cura de Ars: «El sacerdocio es el amor

del corazón de Jesús». [30] Un amor tan fuerte que disipa las nubes de la rutina, el desánimo y la soledad, un amor total que se nos da en plenitud en la Eucaristía. Amor eucarístico, amor sacerdotal.

Dado en Roma, junto a san Pedro, el 8 de diciembre, solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María, del Año jubilar 2025, primero de mi Pontificado.

León PP. XIV

[1] Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Optatam totius*, sobre la formación sacerdotal, Proemio.

[2] Cf. S. J. H. Newman, *An Essay on the Development of Christian Doctrine*, Notre Dame 2024. En este sentido, recuerdo el llamamiento de *Optatam totius* (n. 16) a la renovación y promoción de los estudios eclesiásticos, aún en curso.

[3] Cf. Sínodo de los Obispos, *Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión. Documento preparatorio (2021)*, 1; Francisco, *Discurso con motivo de la conmemoración del 50º aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos (17 octubre 2015)*.

[4] Benedicto XVI, Carta enc. *Deus caritas est* (25 diciembre 2005), 1.

[5] Id., *Homilía durante la Misa de clausura del Año sacerdotal* (11 junio 2010).

[6] «Preguntando a Pedro si lo amaba, no lo preguntaba porque necesitase saber el amor del discípulo, sino porque quería manifestar el exceso de su amor» (S. Juan Crisóstomo, *De sacerdotio* II, 1: SCh 272, París 1980, 104, 48-51).

[7] Congregación para el clero, *El Don de la vocación presbiteral. Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis* (8 diciembre 2016), 57.

[8] *Discurso a los participantes en el Encuentro Internacional «Sacerdotes felices - 'Yo los llamo amigos' (Jn 15, 15)»* promovido por el Dicasterio para el Clero con motivo del Jubileo de los sacerdotes y seminaristas (26 junio 2025).

[9] *Meditación con motivo del Jubileo de los seminaristas* (24 junio 2025).

[10] Benedicto XVI, *Catequesis* (24 junio 2009).

[11] Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Presbyterorum ordinis*, sobre el ministerio y la vida de los presbíteros (7 diciembre 1965), 9.

[12] *Ibid.*, 8.

[13] S. Cipriano, *De dominica oratione*, 23: CCSL 3 A, Turnhout 1976, 105.

[14] Cf. Congregación para el Clero, *El Don de la vocación presbiteral. Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis* (8 diciembre 2016), 87-88.

[15] *Discurso a los participantes en el Encuentro Internacional «Sacerdotes felices - ‘Yo los llamo amigos’ (Jn 15, 15)»* promovido por el Dicasterio para el Clero con motivo del Jubileo de los sacerdotes y seminaristas (26 junio 2025).

[16] Cf. S. Juan Pablo II, Exhort. ap. postsin. *Pastores dabo vobis* (25 marzo 1992), 61; Benedicto XVI, Carta ap. en forma de «Motu proprio» *Ministorum institutio* (16 enero 2013).

[17] Conc. Ecum. Vat. II, *Decr. Presbyterorum ordinis*, sobre el ministerio y la vida de los presbíteros (7 diciembre 1965), 8.

[18] S. Ignacio de Antioquía, *Ad Ephesios*, 4, 1-2: SCh 10, París 1969 4, 72.

[19] *A los participantes en el Jubileo de los equipos sinodales y de los organismos de participación* (24 octubre 2025).

[20] Cf. Sínodo de los Obispos, *Documento final de la Segunda Sesión de la XVI Asamblea General Ordinaria “Por una Iglesia sinodal: comunión participación y misión”* (26 octubre 2024).

[21] Francisco, Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 104.

[22] Id., *Homilía durante la Santa Misa crismal* (17 abril 2014).

[23] S. Juan Pablo II, Exhort. ap. postsin. *Pastores dabo vobis* (25 marzo 1992), 15.

[24] Cf. *ibíd.*, 23.

[25] *Homilía durante la Santa Misa pro Ecclesia* (9 mayo 2025).

[26] Sínodo de los Obispos, *Documento final de la Segunda Sesión de la XVI Asamblea General Ordinaria “Por una Iglesia sinodal: comunión participación y misión”* (26 octubre 2024), 20; 50.

[27] *Ibíd.*, 59; 117.

[28] *Discurso a los participantes en el Encuentro Internacional «Sacerdotes felices - ‘Yo los llamo amigos’ (Jn 15, 15)»* promovido por el Dicasterio para el Clero con motivo del Jubileo de los sacerdotes y seminaristas (26 junio 2025).

[29] *Homilía con motivo del inicio del Ministerio petrino del Obispo de Roma* (18 mayo 2025).

[30] «*Le Sacerdoce, c’est l’amour du cœur de Jésus*», en Bernard Nodet, *Le curé d’Ars. Sa pensée, son cœur*, París 1995, 98.



Conferencia Episcopal

- Piero Pioppo, nuevo Nuncio Apostólico en España
- Nota y rueda de prensa final de la 271ª Comisión Permanente
- Nota y rueda de prensa final de la 128ª Asamblea Plenaria

Piero Pioppo, nuevo Nuncio Apostólico en España

El Papa León XIV ha nombrado Nuncio Apostólico en España a Mons. Piero Pioppo, Arzobispo titular de Torcello y, hasta la fecha, Nuncio Apostólico en Indonesia y ante la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN). El nombramiento se hace público a las 12.00 horas de hoy, lunes 15 de septiembre, y así lo ha comunicado la Nunciatura Apostólica a la Conferencia Episcopal Española.

El nuevo Nuncio Apostólico en España nació el 29 de septiembre de 1960 en Savona (Italia). Fue ordenado sacerdote el 29 de junio de 1985, incardinándose en la diócesis italiana de Acqui Terme. Es doctor en Teología Dogmática.

Ingresó en el Servicio Diplomático de la Santa Sede el 1 de julio de 1993, prestando sus servicios en las Nunciaturas Apostólicas de Corea, Chile y en la Sección para los Asuntos Generales de la Secretaría de Estado.

Fue nombrado Prelado del Instituto para las Obras de Religión (IOR) el 7 de julio de 2006. Unos años más tarde, el 25 de enero de 2010, fue nombrado Nuncio Apostólico en Camerún y Guinea Ecuatorial y Arzobispo titular de Torcello. Recibió la ordenación episcopal el 18 de marzo de 2010.

En la actualidad era Nuncio Apostólico en Indonesia desde el 8 de septiembre de 2017 y ante la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN) desde el 19 de marzo de 2018.

Habla italiano, francés, inglés y español.

Nota y rueda de prensa final de la 271ª Comisión Permanente

La Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española (CEE) ha celebrado su 271 reunión los días 30 de septiembre y 1 de octubre en Madrid. El secretario general, Mons. Francisco César García Magán, informa en rueda de prensa, este jueves 2 de octubre, sobre el desarrollo de los trabajos durante estos días.

Líneas Pastorales de la CEE

En este encuentro se ha seguido trabajando sobre las Líneas Pastorales de la CEE para el cuatrienio 2026-2030. Los obispos han estudiado el borrador que ha presentado el presidente de la Conferencia Episcopal, Mons. Luis Argüello. A este texto se incorporaron las aportaciones de las Comisiones Episcopales y, ahora, las de los obispos de la Permanente para presentarlo de nuevo en la Asamblea Plenaria de noviembre.

Declaración sobre el 1.700 aniversario del Concilio de Nicea

Los obispos de la Comisión Permanente han aprobado el texto definitivo de la Declaración conjunta, con el resto de las confesiones cristianas en España, que se va a hacer público en el acto ecuménico con motivo del 1.700 aniversario del Concilio de Nicea, considerado como el primer Concilio ecuménico de la Iglesia Católica.

La Subcomisión Episcopal para las Relaciones Interconfesionales y el Diálogo Interreligioso, que preside Mons. Ramón Valdivia, ha sido la encargada de redactar y consensuar el texto y organizar el acto ecuménico que tendrá lugar en la catedral de la Almudena en el marco de la Plenaria de noviembre.

Aprobación del plan de ayudas a las diócesis en su misión educativa con los colegios diocesanos

La Asamblea Plenaria de noviembre de 2024 aprobó incluir en el fondo común interdiocesano una partida para los colegios diocesanos; así como, además, la posibilidad de ayudar a los obispos diocesanos en algún proyecto educativo concreto. El presidente de la Comisión Episcopal para la Educación y Cultura, Mons. Alfonso Carrasco, ha presentado los proyectos aprobados por la Comisión y la Permanente ha ratificado la decisión de esta Comisión.

El cuidado y el servicio de los obispos eméritos

La Asamblea Plenaria aprobó en su anterior reunión los criterios generales que se deben aplicar sobre el cuidado y el servicio que los obispos eméritos pueden prestar a las diócesis y a la Conferencia Episcopal. En aquel momento se encomendó a la Comisión del Clero, que preside Mons. Jesús Pulido, hacer unas orientaciones sobre su aplicación concreta y solicitar al Consejo Episcopal para Asuntos jurídicos su aportación sobre esa colaboración del obispo emérito. Con estas dos aportaciones se elaborará el texto para presentarlo en la Asamblea Plenaria.

Propuesta para la aplicación de la sinodalidad en las diócesis

Mons. Conesa, referente de la CEE para el Sínodo, ha presentado unas propuestas para la aplicación de la sinodalidad en las diócesis españolas, después de enviar a los obispos españoles una serie de indicaciones sobre la actual fase del Sínodo, en concreto, sobre la constitución de los equipos sinodales diocesanos y sobre la participación de los mismos en el Jubileo. Las propuestas han sido presentadas a la Comisión Permanente que ha dialogado sobre ellas y realizado algunas aportaciones. El texto pasa a la Plenaria de noviembre con un cronograma de presentación a las diócesis.

Plan de Comunicación y Universidad de Verano

El presidente de la Comisión Episcopal para las Comunicaciones Sociales, Mons. José Manuel Lorca Planes, ha llevado dos temas a esta reunión de la Comisión Permanente.

Por un lado, el Plan de Comunicación de la Conferencia Episcopal Española. La elaboración de este Plan, es una de las acciones incluidas en las Orientaciones pastorales vigentes de la CEE. Los obispos han propuesto algunas sugerencias y el documento también se dará a conocer a los obispos en la próxima Asamblea Plenaria.

Además, ha presentado una propuesta para la creación de un ámbito de encuentro y diálogo con la sociedad con un formato similar al de las universidades de verano, recogiendo las actividades formativas que ya realizan las Comisiones Episcopales y ampliándola a temas que puedan resultar de interés. Los obispos han pedido que las Comisiones profundicen en esta idea y que sea presentada en la próxima Asamblea Plenaria.

Propuesta sobre la presencia de los laicos en la vida pública

El presidente de la Comisión Episcopal para los Laicos, Familia y Vida, Mons. Carlos Escribano, ha presentado una propuesta sobre la presencia de los laicos en la vida pública. Esta iniciativa tiene su origen en las líneas de trabajo del Congreso de Laicos Pueblo de Dios en salida. Ha presentado a la valoración de los obispos el iter para la realización de esa presencia en las diócesis y en grupo parroquiales, con la idea de formar y acompañar a los fieles laicos para su presencia en la vida pública. Los miembros de la Comisión Permanente han realizado aportaciones y el texto pasa a la próxima Asamblea Plenaria.

Otros temas del orden del día

La Comisión Permanente ha aprobado el temario de la Asamblea Plenaria de noviembre. También han dedicado un tiempo a distintos temas de seguimiento y económicos; además del habitual capítulo de nombramientos.

Nombramientos

En la Conferencia Episcopal Española:

- Francisco Ramírez Mora, laico de la archidiócesis de Toledo, como nuevo director del secretariado de la Subcomisión Episcopal para la Juventud y la Infancia. Sustituye al sacerdote Raúl Tinajero Ramírez.
- José Benito Gallego Marchante, sacerdote de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos, como director del Servicio de Pastoral Vocacional.
- Antonio Roura Javier, director de la Comisión Episcopal para la Educación y Cultura, nuevo experto delegado de la Conferencia Episcopal Española en la Comisión de Educación y Cultura de la COMECE. Sustituye a Raquel Pérez Sanjuán.

La Comisión Permanente ha dado su autorización para que la Subcomisión Episcopal para las Relaciones Interconfesionales y el Diálogo Interreligioso nombre a Luis Santamaría del Río, laico de la diócesis de Zamora, como nuevo consultor de esta Subcomisión.

También ha dado su visto bueno para que la Subcomisión Episcopal para las Migraciones y Movilidad Humana proponga a la Conferencia Episcopal Alemana al P. Jorge Blanco Piñeros, OB, religioso benedictino, como delegado nacional de las Misiones Católicas de Lengua Española en Alemania.

Otros nombramientos

- María Paloma Becerra Montoya, laica de la archidiócesis de Madrid, como presidenta general del Movimiento de Acción Católica «Hermandad Obrera de Acción Católica» (HOAC).
- Juan Antonio Perteguer Muñoz, laico de la archidiócesis de Madrid, como presidente de la Asociación «Acción Social Empresarial» (ASE).
- P. Juan Javier Flores Arcas, OSB, como presidente de la Asociación Española de Profesores de Liturgia.

Nota y rueda de prensa final de la 128ª Asamblea Plenaria

Los obispos españoles celebran su 128ª Asamblea Plenaria del 18 al 21 de noviembre en la sede de la Conferencia Episcopal Española (CEE). El secretario general, Mons. Francisco César García Magán, informa en rueda de prensa, el viernes 21 de noviembre, de los trabajos que se realizan en este encuentro.

Nota de prensa final

El inicio de la Asamblea, en martes, ha estado marcado por la visita de la Comisión Ejecutiva al papa León XIV el lunes 17 de noviembre.

Una visita a la que dedicó el presidente de la CEE, Mons. Luis Argüello, las primeras palabras de su discurso inaugural. La Comisión Ejecutiva, destacó, tuvo la oportunidad de expresar al Santo Padre «nuestra obediencia y comunión»; además de invitarlo a visitar España. También tuvo un recuerdo para el papa Francisco resaltando la expresión que utilizó en la que fue su última homilía, el Domingo de Resurrección: «Apresurémonos, pues, a salir al encuentro de Cristo». «Pareciera —subrayó— que el papa ha querido responder a esta llamada y que Dios le ha permitido vivirla». Y musitó: «Gracias por traerme de nuevo a la plaza» en una «expresión que resume su afán por salir y acompañar».

El secretario de la Nunciatura, Mons. Giuseppe Commisso, en su saludo a la Asamblea, también hizo referencia al encuentro con León XIV que representa

«la búsqueda de una comunión que no sea solo teórica, sino efectiva y dinámica». Además, transmitió el saludo y la cercanía del nuevo nuncio apostólico, Mons. Piero Pioppo, que llegará a España el próximo 5 de diciembre.

Participantes en la Asamblea

La Asamblea ha reunido a los obispos miembros de pleno de derecho, excepto los obispos de Huelva, Vic, Cádiz y Ceuta, Mallorca y Jerez de la Frontera. También han participado como miembros los administradores diocesanos de Astorga, Francisco Javier Gay, Teruel y Albarracín, Alfonso Belenguer, y Osma-Soria, Gabriel-Ángel Rodríguez Millán. Además de varios obispos eméritos que tienen voz, pero no voto.

Han participado por primera vez en la Asamblea Mons. Eloy Alberto Santiago, obispo de San Cristóbal de La Laguna (Tenerife); Mons. Ángel Román, obispo de Albacete; Mons. Pedro Aguado, Sch.P., obispo de Jaca y de Huesca; y Mons. Daniel Palau, obispo de Lérida.

Mons. Santiago se ha incorporado a la Subcomisión Episcopal para las Relaciones interconfesionales y el Diálogo interreligioso; Mons. Román a la Comisión Episcopal para la Pastoral social y Promoción humana; Mons. Aguado, a la Comisión Episcopal para la Educación y Cultura; y Mons. Palau, a las Comisiones Episcopal para la Doctrina de la Fe y Medios de Comunicación Social.

Líneas pastorales para el cuatrienio 2026-2030

La Plenaria continua el estudio de las líneas pastorales que marcarán el trabajo de la CEE durante el cuatrienio 2026-2030. En la parte previa de su elaboración, se recabaron las contribuciones de los obispos en las distintas reuniones, las que se han aportado desde las Provincias Eclesiásticas y las de los directores de la CEE. En una fase posterior, un grupo de trabajo ha sintetizado todas las propuestas para la redacción del texto definitivo. Además de las líneas generales, en la IV parte, se incluyen las líneas de trabajo y acciones de las Comisiones Episcopales.

Aplicación de la sinodalidad en las diócesis

Otro de los temas del orden del día, ha sido estudiar las propuestas que ha presentado Mons. Francisco Conesa, referente sinodal de la CEE, para la aplicación de la sinodalidad en las diócesis. El objetivo es experimentar prácticas y estructuras renovadas para que la vida de la Iglesia en las diócesis sea más sinodal en línea con el documento final de la Asamblea sinodal que implica desarrollarla en las diócesis de manera coherente. En este sentido se propuso la creación de los equipos sinodales en las diócesis y de referentes sinodales que existen ya prácticamente en todas las diócesis.

Informe de la Comisión Asesora del Plan PRIVA

Los obispos han conocido el informe anual de la Comisión Asesora del Plan de Reparación Integral a los menores y personas equiparadas en derechos, víctimas de abusos sexuales (PRIVA). Han hecho la presentación la representante de la CEE en esta Comisión, Cristina Guzmán, y el director del Servicio de Coordinación y Asesoramiento de las Oficinas para la Protección de Menores, Jesús Rodríguez Torrente. Los obispos han valorado y agradecido el trabajo realizado. Hasta la fecha se han presentado en esta Comisión 101 casos, 58 ya están resueltos y comunicados y de los otros casos se ha solicitado ya la información necesaria para poder establecer el cauce de reparación.

El cuidado y el servicio de los obispos eméritos

La Plenaria ha aprobado unas Orientaciones sobre el acompañamiento y el servicio que pueden prestar los obispos eméritos en las diócesis y en la CEE. El documento aúna el estudio realizado por la Comisión Episcopal para el Clero y Seminarios, que preside Mons. Jesús Pulido, y el texto normativo del Consejo Episcopal para Asuntos jurídicos, que preside Mons. Casimiro López Llorente. También se ha contado con la colaboración de la Vicesecretaría para Asuntos económicos. Con estas orientaciones se concretan los criterios generales que aprobó la 127ª Asamblea Plenaria (31 de marzo-4 de abril de 2025).

Temas de las Comisiones Episcopales y otros organismos de la CEE

También se han abordado distintos documentos y proyectos en los que trabajan las Comisiones Episcopales y otros organismos de la CEE.

Situación de los Seminarios

Mons. Jesús Vidal, presidente de la Subcomisión Episcopal para los Seminarios, ha intervenido en la Plenaria con una reflexión sobre la situación actual de los seminarios en la que se han tocado aspectos como la realidad vocacional o los criterios de actualización formativa.

Situación de la Acción Católica y presencia de los laicos en la vida pública

El presidente de la Comisión Episcopal para los Laicos, Familia y Vida, Mons. Carlos Escribano y la presidenta de Acción Católica General Eva Fernández Mateo han informado sobre la situación actual de Acción Católica General y el nuevo proyecto evangelizador en el que están trabajando.

Mons. Escribano también ha presentado una propuesta sobre la presencia de los laicos en la vida pública.

Plan de Comunicación de la CEE y Escuela de Verano

Mons. José Manuel Lorca Planes presentará a la Plenaria el Plan de Comunicación de la CEE que ha redactado la Comisión Episcopal para las Comunicaciones Sociales, como se indicaba en las Orientaciones Pastorales vigentes.

También ha presentado la propuesta de esta Comisión para crear una Escuela de Verano de la CEE. Esta Escuela tendría como punto de partida los cursos que ya organizan las diversas Comisiones y se ampliaría con otros nuevos. La Asamblea ha encargado a la Secretaría general para que, junto con los directores de las distintas Comisiones, puedan ofrecer un plan detallado a los obispos en la próxima Comisión Permanente. Se trata de ofrecer formación sobre cuestiones que están en el interés de la Iglesia y de la sociedad y que puedan servir como lugar de diálogo y encuentro con la sociedad y un cauce de formación para laicos, religiosos, seminaristas y sacerdotes.

Regulación del Consejo General de la Iglesia en la Educación

La Plenaria ha dado el visto bueno al texto definitivo de la Regulación del «Consejo General de la Iglesia en la Educación». Este documento recoge las aportaciones de la 127ª Asamblea Plenaria, que ya aprobó la propuesta y el documento base, y las aportaciones de los miembros del Pleno y del Seminario Permanente de este Consejo.

La Comisión Episcopal para la Educación y Cultura, que preside Mons. Alfonso Carrasco, ha puesto en marcha este Consejo para dar continuidad al camino que se emprendió en el Congreso *La Iglesia en la Educación. Presencia y Compromiso*, de febrero de 2024. Entre sus objetivos está abordar de manera conjunta los grandes desafíos que las entidades educativas católicas afrontan en la actualidad.

Asuntos económicos

Fernando Giménez Barriocanal ha sido renovado en el cargo de vicesecretario para Asuntos Económicos de la CEE para los próximos cinco años. Según indica el Reglamento de Ordenación Económica, el vicesecretario para Asuntos Económicos «será nombrado por un quinquenio, renovable, por la Asamblea Plenaria de la Conferencia, a propuesta de la Comisión Permanente, oído el Consejo de Economía». Giménez Barriocanal fue nombrado por primera vez en noviembre de 2005.

Como es habitual en la Plenaria de noviembre, los obispos han dado su visto bueno al presupuesto del Fondo Común Interdiocesano y de la Conferencia Episcopal para 2026, que se presentarán próximamente.

Celebración ecuménica con motivo del 1700 aniversario del Concilio de Nicea

En el marco de la Plenaria, el jueves 20 de noviembre, a las 20.00 h., la catedral de La Almudena acogió una celebración ecuménica con motivo del 1700 aniversario del Concilio de Nicea, considerado el primer Concilio ecuménico de la Iglesia Católica. En el acto se hizo pública una Declaración conjunta con el resto de las confesiones cristianas en España.

La Subcomisión Episcopal para las Relaciones Interconfesionales y el Diálogo Interreligioso, que preside Mons. Ramón Valdivia, ha sido la encargada de redactar y consensuar el texto y organizar el acto ecuménico.

Otros asuntos del orden del día

La Plenaria ha aprobado la celebración de las II Jornadas de actualización para Obispos, que tendrá lugar los días del 12 al 15 de julio de 2026 en Covadonga (Asturias). También han conocido el nuevo informe sobre exclusión y desarrollo social en España, elaborado por la Fundación Foessa.

En el capítulo dedicado a las asociaciones nacionales, la Plenaria ha aprobado los estatutos y erección de la Fundación educativa pía autónoma privada de ámbito nacional «López Vicuña» y la modificación de los Estatutos de la Asociación de Ciegos Españoles Católicos (CECO).

Discurso inaugural

La sesión inaugural ha tenido lugar el martes 18 a las 10.00 horas con el discurso del presidente, Mons. Luis Argüello. Después ha intervenido Mons. Giuseppe Commisso, secretario de la Nunciatura en representación del nuncio apostólico en España, Mons. Piero Pioppo.

El presidente de la CEE, Mons. Luis Argüello, ha pronunciado el discurso inaugural de la 128ª Asamblea Plenaria que se celebra en Madrid del 18 al 21 de noviembre. La intervención ha comenzado con el saludo a todos los presentes y con un recuerdo especial a dos últimos obispos fallecidos, Mons. Esteban Escudero y Mons. José Antonio Álvarez.

Esta Asamblea Plenaria, la primera que se celebra durante el pontificado de León XIV, comienza un día después de la visita de la Comisión Ejecutiva al Santo Padre. En este contexto, ha subrayado la unidad con el nuevo pontífice, su obediencia y comunión, y expresando la invitación para que visite España. También ha tenido unas palabras de recuerdo para el papa Francisco, tras su fallecimiento el pasado 21 de abril, lunes de Pascua.

Reafirmar la fe que nos une

Precisamente, el presidente de la CEE ha destacado el seguimiento que tuvo por millones de personas la muerte del papa Francisco, las exequias, el cónclave y la elección del nuevo Papa. Unos acontecimientos, que, junto con el jubileo de los jóvenes o la posición de la Iglesia sobre asuntos de gran interés, entre otros, han llevado el debate «sobre Dios y ‘lo católico’ al debate mediático». Un debate, que se ha reavivado con *Lux*, el nuevo disco de Rosalía, el éxito de *Los Domingos* o el premio Princesa de Asturias al filósofo católico Byung-Chul Han. Señales que advierten de que «hay una vuelta a coordenadas espirituales que parecían proscritas».

El presidente también ha hecho referencia al acto ecuménico que va a tener lugar en la catedral de La Almudena este jueves 20 de noviembre, para conmemorar el 1700º aniversario del Concilio de Nicea con el que «deseamos reafirmar esta fe que nos une» junto a cristianos de otras de otras denominaciones.

Cercanía a los pobres

Mons. Argüello también se ha detenido en la primera exhortación apostólica de León XIV, *Dilexi te*, en la que establece la fuerte conexión entre el amor de Cristo y la cercanía a los pobres. «El papa nos vuelve a decir, como en el inicio de su pontificado, «es la hora del amor». La preocupación por la pureza de la fe ha de ir unida a la preocupación por aportar, con una vida teologal integral, la respuesta de un testimonio eficaz de servicio al prójimo, y particularmente al pobre y al oprimido, a los que se ha de ofrecer «una atención religiosa privilegiada y prioritaria», ha resaltado.

El presidente de la CEE ha continuado su discurso con una referencia al Informe FOESSA, que describe una sociedad con crisis demográfica, precariedad laboral, y la vivienda vista como inversión. A pesar de la bonanza económica, persiste la desigualdad, la pobreza se cronifica (especialmente en la infancia, con una tasa del 29 %) y España transita hacia una «sociedad del miedo» y un repliegue individualista. Ante esta situación, aboga por adoptar una ética de largo alcance que surja «desde la espiritualidad y la conversión» y ponga en el centro a la persona, la interdependencia y el cuidado. Además, destaca la necesidad de que los laicos cristianos crezcan en presencia pública «ejerciendo la caridad social o política».

La inhumanidad del aborto

El también arzobispo de Valladolid ha dedicado unas palabras en su intervención para referirse a la inhumanidad del aborto y cómo la polarización que se plantea en el debate impide «abordar el tema en todo su dramatismo» en el plano social y político. También ha señalado que el «atajo del aborto para solucionar problemas» es un síntoma del debilitamiento moral de la democracia y ha manifestado el compromiso de la Iglesia «para ayudar en esta situación». Este compromiso nace del reconocimiento de cada vida humana y pasa por abordar «todos los factores en juego».

Cincuenta años de la muerte de Franco y de la proclamación del rey

Otro de los temas que ha abordado ha sido la conmemoración de los cincuenta años de la muerte de Franco y la proclamación del Rey. Mons. Argüello ha rescatado las palabras de los cardenales Vicente Enrique y Tarancón (entonces presidente de la CEE) y Marcelo González Martín en los funerales de Francisco Franco, que «muestran el recorrido de la Iglesia española de la adhesión a Franco al distanciamiento crítico en la línea del Concilio Vaticano II y el pontificado del papa Pablo VI». Un recorrido en el que también se ha detenido en su discurso.

El presidente de la CEE ha señalado como «punto de inflexión» el documento de la Asamblea Plenaria, de 1973, *La Iglesia y la comunidad política*. También ha valorado que el papel de la Iglesia facilitó una Transición democrática fundada sobre el consenso y la reconciliación entre los españoles. Por último, ha propuesto que estos tres próximos años (en 2028 se celebran los 50 años de la constitución) sean un ejercicio de «purificación de la memoria» lejos de la polarización ideológica y ahondando en la reconciliación que se logró en los años de la Transición; además de abordar los nuevos desafíos.

Trabajos de la Asamblea Plenaria

El último apartado de la intervención ha estado dedicado a los trabajos que va a realizar esta Asamblea Plenaria. Entre ellos ha mencionado la aprobación de las líneas de acción pastoral para el periodo 2026-2030, la aplicación del documento final del Sínodo y la profundización en la presencia pública de los

laicos. También destacan el impulso al plan «Formar pastores misioneros» en los seminarios y la intensificación del trabajo del Plan PRIVA y la atención a las víctimas de abuso, buscando un «equilibrio justo entre la presunción de inocencia y el derecho a denunciar».

El presidente de la CEE ha concluido su discurso subrayando la necesidad de ir a la fuente de todo, de seguir a «Cristo vivo y salir con él y su cuerpo eclesial a la misión». «¡Esta es la hora del amor, acogamos el amor de su corazón, devolvamos amor por amor, para enamorar al mundo!, ha manifestado Mons. Luis Argüello.

Saludo del secretario de la Nunciatura

Seguidamente, el secretario de la Nunciatura, Mons. Giuseppe Commisso, ha dirigido un saludo a los obispos presentes y a todos los participantes. En su intervención, ha hecho «eco» del encuentro de la Comisión Ejecutiva de la CEE con León XIV. Este encuentro con el Santo Padre, representa «la búsqueda de una comunión que no sea solo teórica, sino efectiva y dinámica».

También ha transmitido «el saludo y la cercanía» del nuevo Nuncio Apostólico, Mons. Piero Pioppo. Además, ha compartido que, «en su estilo y ejemplo de Pastores», suponen un estímulo para afrontar las situaciones del presente desde el servicio y la dedicación.

Mons. Giuseppe Commisso ha concluido su saludo reafirmando la «plena y continua disponibilidad de la Nunciatura Apostólica», además de desear a todos los obispos que esta reunión de la Asamblea Plenaria sea fructífera.

